

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

JAZMIN®

360 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $10.00

Viaje al fondo del corazón

Barbara McMahon

Viaje al Fondo del Corazón

Barbara McMahon

Viaje al Fondo del Corazón (27.01.1999)
Título Original: Rent-a-Cowboy (1997)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1383
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Josh Randall y Becca Montgomery

Argumento:

Becca Montgomery siempre había querido viajar. Pero como se tuvo que quedar a cargo del rancho de su padre, se vio obligada a retrasar sus planes hasta que su hermanastro se graduara en la universidad.

Sin embargo, su hermanastro decidió no volver a casa y Becca no podía seguir esperando indefinidamente. Por eso, cuando Josh Randall se presentó buscando trabajo, ella creyó que era la respuesta a sus plegarias. Pero al contratar a Josh contrataba también al hombre perfecto. Alto, moreno y atractivo, Josh Randall cuidaba el rancho y a la propia Becca de maravilla.

¿Quién quería viajar cuando tenía a un vaquero a la medida en su propia casa?

Capítulo 1

Becca Montgomery entró con la camioneta en el solitario aparcamiento de gravilla, intentado evitar los charcos mayores y pasando por encima de los más pequeños. El sol abrasaba desde el claro cielo de Wyoming y el resplandor de los rayos sobre el agua del suelo la cegaba. Aparcó cerca del viejo almacén y apagó el motor: se puso un sombrero de ala ancha en la cabeza y salió de la camioneta. Había dejado de llover apenas hacía media hora, pero el sol ya había despejado los últimos retazos de nubes tormentosas. El aire, fresco sin ser frío, le llevó el olor a hierba recién cortada.

Era un viento tonificante.

—Ha llovido lo suficiente como para aguantar unos años más sin lluvia —murmuró mientras se apresuraba a entrar en el grande y tenebroso granero.

Llevaba tres días lloviendo. Todo estaba empapado después de las primeras lluvias de primavera y aquellos tres últimos días de agua no habían hecho más que empeorar la situación. El ganado se hundía en el barro hasta la rodilla, el agua había tirado parte de la valla, el heno estaba empapado y los caminos que daban a la pradera se habían convertido en un barrizal. En vez de poder cargar el ganado en los camiones en la misma pradera, tendría que conducirlo hasta una carretera pavimentada, para la venta de primavera. Claro está, pensaba Becca, una vez que dejara de llover y se secara todo un poco.

Una vez en el interior, aspiró profundamente el olor del granero de Bob Masón y sonrió; olía a heno y cuero, a grano y a madera y todos aquellos aromas mezclados perfumaban el aire. En el enorme local abierto, donde podían encontrarse todos los utensilios típicos de un granjero, el viento se arremolinaba a su antojo. Pero Becca no reparó en ello, acostumbrada como estaba. Recordó cuando siendo niña iba allí con su padre. Entonces aquel lugar le había parecido que estaba lleno de misterio En ese momento se le antojaba simplemente funcional, pero los olores le despertaban la imaginación y le traían bellos recuerdos.

Se dirigió al largo mostrador donde Bob Masón estaba con los codos apoyados y sonrió. El estaba hablando con un extraño: un

hombre alto, con el típico sombrero de vaquero, téjanos y botas. Becca se puso a mirar algunos artículos, felizmente entretenida hasta que terminara Bob.

—¿Necesitas algo? —preguntó Bob.

—Puedo esperar —contestó Becca, dirigiéndole una mirada de curiosidad al forastero.

—¿Cómo es que has venido hoy al pueblo? Se supone que va a empezar a llover dentro de un rato y después es peligroso conducir —comentó Bob.

—Un poco de lluvia no hace daño a nadie, aunque, sí no deja de llover pronto, es posible que se me ahoguen un par de terneras.

Estaba de frente a Bob, pero miraba al otro por el rabillo del ojo. Era alto, más del metro ochenta. El sombrero le cubría casi toda la cabeza, pero por la parte de atrás le salían unos mechones de cabello negro y ensortijado. Tenía los pómulos altos y la mandíbula fuerte, obstinada. Su cazadora estaba empapada, señal de que había estado fuera mientras llovía. Se puso de espaldas al mostrador sin haber satisfecho totalmente su curiosidad pues no quería que el vaquero la malinterpretara. Así se apoyó sobre el mostrador y continuó mirándolo por el rabillo del ojo. La verdad era que una mirada no era suficiente.

Había algo en él que le despertó los sentidos. Becca se preguntó quién sería, aunque no le importaba mucho. Cuando terminara allí, iría a correos por la correspondencia y luego al despacho del abogado. Llevaba mucho tiempo esperando aquello y se emocionó al ver que por fin iba a poder poner en marcha su plan.

—Becca Montgomery —Bob interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí? —levantó la cabeza y miró a Bob, pero su mirada vagó involuntariamente hasta toparse con la del extraño. Por una décima de segundo, Becca notó una presión en la garganta y el corazón empezó a latirle a cien por hora.

—Quiero que conozcas a un viejo amigo, Josh Randall. Está buscando un empleo y pensé que no te vendría mal que te echasen una mano en el rancho —dijo Bob.

Becca dio un paso hacia delante y le tendió la mano al alto vaquero. Le sorprendió la calidez de su tacto y sus miradas volvieron a cruzarse, observándose mutuamente, y Becca experimentó de nuevo aquella extraña sensación al respirar. Tenía

los ojos azul grisáceo, como el color azulado de las tormentas, profundos y penetrantes. Los destacados pómulos le daban un aspecto casi malvado. Apretó los labios y entrecerró los ojos mientras la estudiaba del mojado sombrero a las gastadas botas. No tenía ni idea de lo aquel hombre estaría pensando, pues permaneció impasible.

—Es un placer, señorita —dijo con una voz profunda.

Cuando le soltó la mano notó una sensación de pérdida.

—Encantada de conocerlo, señor Randall. Desgraciadamente, no tengo ningún puesto libre en mi rancho —aunque por un momento le entraron ganas de inventarse uno sólo por la satisfacción de contratarlo.

Josh Randall parecía un hombre fuerte y dinámico y sólo Dios sabía lo mucho que necesitaba ayuda. Se volvió hacia Bob.

—Marc vuelve a casa dentro de un par de semanas y creo que podré arreglármelas sola hasta entonces.

Se volvió de nuevo hacia Josh Randall sintiéndose cohibida e insegura en su presencia. Aquel hombre tenía una arrogancia en su porte que a ella se le antojó fascinante y tremendamente atractivo. ¿Atractivo?

—Claro, Becca, solamente se me ocurrió comentártelo. Entonces, tu hermano se va a graduar por fin y vuelve a casa.

Ella asintió y sonrió de oreja a oreja.

—Y yo estoy feliz. Después de irse Brad Donovan el invierno pasado, no he querido contratar a nadie sabiendo que Marc volvería a casa en junio. Pero ha sido muy duro tener un hombre menos. ¿Y qué hay de Johnson? ¿No estaba buscando a alguien?

Bob meneó la cabeza.

—Contrató a uno de Tejas hace una semana.

—Lo siento —dijo, osando mirar a Josh a los ojos—. Si me entero de algo...

Josh sacudió la cabeza.

—Gracias, pero no es necesario. Si no hay nada por aquí, me iré a otra parte. Gracias por tu ayuda, Bob. Me alegro de verte —le dio un apretón de manos, hizo un leve gesto de despedida con el sombrero dirigiéndose a Becca y salió del local dando grandes zancadas, los tacones de sus botas repiqueteando contra el suelo de madera.

—Madre mía qué alto es —dijo ella, siguiéndolo con la mirada.

—Sí, y es muy trabajador. Tiene buenas recomendaciones de algunos ranchos en el sur e incluso dirigió su propio rancho durante un tiempo. Bueno, ¿en qué puedo servirte jovencita?

Josh salió a la soleada mañana. Se colocó el sombrero con decisión, rodeó una camioneta llena de barro que estaba allí aparcada y se dirigió a su camión. El remolque de caballos color plateado y marrón resplandecía bajo el sol pues la lluvia había borrado todo rastro de polvo de la superficie. Oyó las pisadas de los caballos y meneó la cabeza. Los había dejado correr en un prado el día anterior para que pudieran aguantar unas horas más en el remolque. Se subió a la cabina y salió del aparcamiento.

Se pararía a desayunar y le pediría a la camarera que le llenara el termo de café.

Entonces, se dirigiría un poco más hacia el oeste y quizá en la próxima ciudad pudiera encontrar algo para él.

Hizo un esfuerzo para no pensar en la mujer a la que acababa de conocer y examinó los edificios de la calle principal. Tenía que haber una cafetería. Ah, allí estaba.

Aparcó el camión y entró en el local. No tenía ni tiempo ni ganas de pensar en una bonita ranchera que ni siquiera le llegaba a la altura de la barbilla. Llevaba una semana buscando trabajo y, aunque en realidad no era mucho tiempo, ya estaba impaciente. Además, empezaba a arrepentirse por no haber buscado trabajo antes de abandonar el último empleo.

Necesitaba concentrarse en la tarea de encontrar un empleo y no pensar en lo suave que tendría los cabellos Becca Montgomery ni en lo bien que estaría con un vestido.

Los vaqueros con los que la había visto se le ajustaban a las caderas lo suficiente como para poder adivinar su figura. Quizá estuviera un poco delgada, pero era toda una mujer al fin y al cabo. Llevaba una cazadora suelta que la cubría el cuerpo, pero imaginó que lo tendría también esbelto. Se sentó a la barra de mala gana y pidió café.

Becca aparcó cerca del centro. Había encargado lo que le hacía falta del almacén de grano. Cargó parte de la mercancía en la parte de atrás de la camioneta, pidiendo que le llevaran el resto al rancho. Echó una mirada a su reloj de pulsera y vio que le quedaba

bastante tiempo hasta la hora de la cita con el abogado.

Se apresuró calle abajo y se metió en la estafeta de correos. Recogió el correo de aquel día, volvió a la camioneta y se sentó a separar la propaganda de los periódicos y las cartas de las facturas. Sorprendida encontró una carta para ella entre las demás.

Normalmente, ella no recibía cartas.

Su madrastra escribía muy poco, solía más bien telefonearla. Becca no tenía más parientes, aparte de Marc, que estaba en la facultad, y Suzanne, que vivía con ella en el rancho. No. la verdad era que no esperaba ninguna carta.

Examinó el sobre un instante: su dirección estaba mecanografiada y no tenía remite.

Se sintió tentada a rasgarlo a toda prisa, pero se detuvo para alargar aquel momento y saborear la chispa de emoción que la embargó mientras se preguntaba quién podría haberle escrito. Se tomaría un café en la cafetería y la leería allí. Se la metió en el bolsillo de la camisa y terminó de ordenar el correo.

Poco después estaba sentada en una de las mesas laterales de la Cafetería Carla, con una humeante taza de café sobre la mesa. Al entrar al café había visto a Josh Randall sentado a la barra, engullendo un plato que a ella le hubiera bastado para todo el día.

Hizo un leve movimiento de cabeza al pasar, antes de ir hacia la mesa que le indicó la camarera.

Se estaba muy bien allí dentro y el ambiente era acogedor. Becca sacó la carta, sabiendo que tenía tiempo suficiente antes de ir al abogado.

Le echó un vistazo a la firma y se dio cuenta de que era de Marc. Perpleja, frunció el ceño y empezó a leer. Cuando la terminó de leer se recostó en el asiento, sintiéndose como si le hubieran propinado una patada en el estómago. Leyó la carta de nuevo y finalmente dejó caer el papel sobre la mesa con dedos temblorosos. Ya no veía las palabras que había escritas sobre la hoja.

Marc no iba a volver.

No podía creerlo. Durante años había soñado con el día en el que se graduara y volviera para ayudarla a llevar el rancho. Había ahorrado dinero, pasado sin las vacaciones que se podría haber tomado y rechazado oportunidades en el ámbito personal por mantener unida a la familia. Había permanecido en el rancho,

esforzándose al máximo para llevar todo lo mejor posible hasta que Marc volviera y compartiera con ella el trabajo. ¡Y de pronto le escribía, diciéndole tranquilamente que no pensaba volver!

Ironías de la vida, iba a citarse con el abogado para transferir parte de la propiedad a nombre de Marc. Pensaba darle una sorpresa, dárselo como regalo de graduación.

Iba a ser un regalo de amor para su hermano.

Pero contrario a todo ello, Marc no pensaba volver. Había decidido irse a California.

Becca no podía hacerse a la idea; llevaba tanto tiempo…

—¿Algún problema?

Reconoció al momento aquella voz profunda y sensual; Becca levantó la vista lentamente. Josh Randall estaba de pie junto a la mesa, mirándola algo preocupado.

Ella sacudió la cabeza y luego asintió.

—Yo… —tragó saliva—. No exactamente. Acabo de recibir una mala noticia —hizo un gesto indicando la carta.

Josh se sentó frente a ella.

—¿Puedo hacer algo?

Becca dobló la carta con cuidado, desalentada, sin dejar de mirar fijamente aquel papel que tenía en sus manos. Aún no conseguía creerlo. ¿Por qué Marc no le había comentado nada antes? ¿Por qué le había ocultado que estaba cursando otros estudios y no los de veterinaria que ella pensaba? ¿Por qué le había dejado creer durante tanto tiempo que quería volver al rancho cuando estaba claro que ésa no había sido nunca su intención? Sabía que ella esperaba su vuelta y por todo ello se sintió traicionada, dolida y sorprendida.

De pronto notó una rabia que iba en aumento.

Levantó la vista y miró a Josh a los ojos.

—A veces crees que conoces a alguien y te llevas un gran chasco cuando te das cuenta de que no es así.

—Cierto —contestó con expresión de asombro.

—Ahora las cosas han cambiado señor Randall. Estoy buscando a alguien que me eche una mano. Mi hermano ya no va a venir la semana que viene.

—¿Quiere correrse una juerga después de la graduación? —supuso.

—Según dice en la carta, no piensa volver.

Su voz estaba llena de dolor, pero no quiso dejarse abatir. Había sufrido otros reveses en la vida y los había superado; superaría también aquél. Sólo necesitaba tiempo; tiempo para que Marc le diera alguna explicación más convincente que aquella estúpida carta. Podría haber vuelto a casa a decírselo cara a cara. ¡Al menos podría haber llamado!

Pero lo primero era lo primero.

—¿Sigue interesado en el empleo? —preguntó.

—Depende —se echó el sombrero un poco hacia atrás y se recostó un poco en el asiento—. Bob Masón no tuvo oportunidad de explicarte lo que estoy buscando. No soy simplemente un peón. Estoy buscando un sitio que dirigir.

—Yo misma llevo mi rancho, no necesito un capataz —dijo Becca.

La decepción que sintió fue exagerada. Acababa de conocer a Josh Randall y no podía desilusionarse sólo porque no le interesara un puesto de ayudante en el rancho. Lo único que le ocurría era que estaba disgustada por lo de Marc, y eso era todo.

—Entonces, creo que me dirigiré hacia el oeste.

Becca lo observó un buen rato, no queriendo que terminara la conversación ni decir adiós a aquel forastero. Entonces se le ocurrió una idea.

¿Se atrevería? ¿Tendría el valor de aprovechar aquella oportunidad y de pensar en sí misma a aquellas alturas? ¿O quizá estuviera reaccionando exageradamente por lo de la carta?

Josh permaneció inmóvil. La observó mientras ella parecía estar pensando mucho en algo. Vio cómo el rubor teñía sus mejillas. Se preguntó por qué su hermano no iba a volver y cómo resultaría trabajar con ella durante un par de meses o más.

Como se había quitado el sombrero, vio que tenía el pelo de ese castaño claro que al sol parece dorado, sujeto en una coleta baja. Se preguntó lo largo que lo tendría y cómo le quedaría si se lo soltara. No estaba maquillada y tenía grandes ojos grises con hermosas pestañas. Era delgada y no demasiado alta. Le gustaban las mujeres con más curvas, pero de todas maneras era muy linda, de una belleza fresca y juvenil.

Frunció el ceño y puso freno a su imaginación. No tenía

intención de liarse con ninguna mujer al menos por una temporada; claro está, si es que volvía a hacerlo.

Deseaba un empleo que le ofreciera la posibilidad de poner en práctica lo que mejor sabía hacer, pero no teniendo que pagar el precio que ya había pagado en una ocasión. Además, sólo quería un empleo para ahorrar el dinero que le faltaba para comprarse un rancho.

Becca nunca era impulsiva. Estudiaba detenidamente todos los aspectos de una situación antes de proceder. Pero no tenía tiempo y, si no decía algo en unos minutos, Josh Randall se marcharía de la ciudad y perdería la ocasión.

—Señor Randall —empezó a decir.

—Josh —le corrigió.

—Bueno, Josh, quizá después de todo pueda estar interesada en tener un capataz.

Puedo permitírmele ahora que ya no tengo que pagar costes universitarios, y la verdad es que me viene bien un descanso —no había salido del rancho en los últimos seis años después de la muerte de su padre, excepto para ir a la ciudad. Había dejado de lado todos sus sueños y esperanzas y luchado para mantener aquello a flote y para crear un hogar para su hermano y hermana. Pero parecía que su hermano no le daba importancia. Después de mantenerlo durante seis años, sólo se molestaba en enviar una carta.

Quizá fuera el momento de hacer algo para ella misma, o al menos tener a alguien que soportara la carga junto a ella.

—Bob dijo que sabes mucho sobre la vida en un rancho—dijo Becca.

Él le hizo una señal a la camarera para que le llevara otro café.

—Me crié en un rancho en Colorado y de niño hice algo de rodeo. Luego trabajé en varias haciendas desde Cripple Creek hasta Bozeman. Hace algunos años yo... —vaciló un poco, se llevó la taza a los labios y dio un sorbo—. Participé en los intereses de un rancho, pero lo perdí todo el año pasado. Llevo todo el año trabajando como peón, pero veo que no puedo aceptar la estupidez, que soy yo el que tengo que encargarme de las haciendas.

Becca lo entendía. Después de llevar seis años a cargo de la M Gandula, se había preguntado varias veces si podría compartir

aquella tarea con Marc. Pero aquello ya no era una preocupación. ¿Podría delegar algunas de las actividades diarias en otra persona? ¿En un extraño? Al menos, como dueña, tendría la última palabra.

—¿Problemas financieros? —le preguntó comprensiva.

Se imaginó lo terrible que le resultaría perder la M Gandula.

Él la miró.

—¿Es por eso por lo que perdiste el rancho? —insistió.

—No. Me divorcié —dijo con amargura.

Sorprendida, Becca no supo qué decir y se quedó callada un momento.

—Me gustaría pensármelo mejor, pero creo que necesitaré a alguien que me ayude en el rancho y quizá un capataz sea lo que necesito.

Aspiró profundamente. Hacía mucho que no le transmitía sus sueños a nadie, pero por alguna extraña razón sintió la necesidad de hacerlo. La verdad era que no le había pesado darle a Marc el dinero para la facultad, aunque había tenido que posponer sus propios planes.

Se topó con la tranquila mirada de Josh.

—Siempre he querido viajar, tomarme algo de tiempo e ir a conocer mundo. Si las cosas funcionasen, podrías hacerte cargo del rancho y yo podría ausentarme durante un tiempo —dijo vacilante.

El asintió con la cabeza.

—Si empiezas hoy, podrías pasar un periodo de prueba; me gustaría comprobar algunas de tus referencias. Tú podrías ver la M Gandula. Si dentro de un par de semanas los dos nos sentimos a gusto, entonces podrás quedarte —le ofreció.

—Por mí estupendo —dijo con gravedad.

Ella le fue a dar la mano, y cuando la de él envolvió la suya sintió un temblor por dentro, diferente a cualquier cosa que había sentido anteriormente. Ella se quedó mirando las manos unidas. Fue breve, como había sido en el almacén de grano, pero las sensaciones permanecieron.

—¿Lista para marcharnos? —le preguntó.

—Sólo tengo que hacer una llamada rápida para cancelar una cita que ya no es necesaria y estoy lista.

Becca dejó unas monedas sobre la mesa y se apresuró hacia el teléfono. No le llevó mucho tiempo arreglar lo del abogado. Antes

de darse cuenta, Becca salía de la ciudad con la enorme camioneta plateada y marrón detrás.

Miró por el espejo retrovisor, pensando en su nuevo capataz. Le asaltaron un montón de preguntas de las que deseaba saber la respuesta, sobre todo acerca del rancho que había perdido. Divorciado. Se estremeció ligeramente y encendió la calefacción. Le horrorizaría perder la M Gandula. Aquel lugar había sido su hogar desde que nació y amaba cada centímetro del rancho. ¿Le habría pasado lo mismo a Josh?

¿Seguiría amando a su esposa tras el divorcio? Aquel pensamiento se le presentó de sorpresa. Echó una mirada hacia atrás y volvió a centrarse en la carretera que tenía delante. Ese tema no era asunto suyo. Ella acababa de contratar a un capataz y lo único que tenía que importarle era si hacía bien su trabajo o no.

¿Sería una persona fácil de tratar? Parecía un hombre duro, tenaz. ¿Haría bromas alguna vez? ¿Qué hacía para divertirse?

—¡Ya basta! —se dijo a sí misma— Piensa en otra cosa.

Sí, en Marc por ejemplo. ¿Cómo podía haberla mentido durante cuatro años? Según lo que le decía en la carta, no se había graduado en veterinaria sino en técnicas empresariales. Y tenía una oferta de trabajo en California. Había luchado mucho para pagarle los estudios, había pasado sin muchas cosas para darle la formación por la que ella hubiera peleado hasta la muerte. Y él la pagaba con aquello.

Sintió tanta rabia que por un momento perdió la concentración en la conducción. El sonido de la bocina del coche de atrás la avisó de que iba conduciendo por el carril contrario.

Relajó las manos que apretaban el volante y se concentró en la carretera. Ya tendría tiempo de rabiar por el comportamiento de su hermano. De su hermanastro, se recordó a sí misma. El joven que no había querido mudarse al rancho cuando su madre se casó con el padre de Becca. Pero, al cabo de los años, parecía que su actitud había cambiado. Sin embargo, durante los años de carrera ni una vez había sugerido nada que le hiciera pensar a Becca que no iba a volver.

Josh seguía a Becca, preguntándose por su comportamiento en la carretera. Concluyó que seguramente seguiría disgustada por lo de la carta de su hermano. Le gustaría conocer a aquel tipo y ver la

clase de cobarde que había escrito para decir que no volvía a casa. ¿Es que no se lo podía haber dicho en persona?

Claro que aquello no era asunto suyo. Él quería sólo trabajar y ahorrar lo suficiente para adquirir su propia hacienda. Cuando la tuviera, sería sólo suya y no a medias con nadie. Y si era lo suficientemente estúpido como para volver a casarse, haría separación de bienes legal para no perder nada si el matrimonio no resultaba.

Pero otro matrimonio no entraba dentro de sus planes. Con una vez había sido suficiente, o más que suficiente según los resultados. Y cuando fuera dueño de un rancho sólo contrataría a solteros; no habría mujeres que causaran problemas. Criaría caballos, tendría algunas cabezas de ganado y disfrutaría de la vida. El camino desde la carretera a la casa era corto y en unos segundos tuvo delante una casa de dos pisos. Detrás del edificio principal se veía el resto de las construcciones que conformaban la M Gandula.

Becca pasó por delante de la casa y se dirigió a los establos. Se alegró de que Josh viera el rancho por primera vez en aquel día tan soleado. Estaba todo recién pintado y arreglado, y Becca estaba muy orgullosa de su propiedad. Su padre había sido un gran ranchero y ella hacía lo posible para seguir sus pasos.

Pero había días en los que se sentía agotada; esperaba mucho más de la vida que quedarse en el rancho. Había muchos lugares que visitar fuera de Wyoming: enclaves históricos, sitios famosos. Deseaba explorar Nueva York y tumbarse en las playas de Florida. Quería ver El Álamo y la Liberty Bell, hacer surf en Hawai y contemplar las ballenas en Puget Sound.

No quería ser una ranchera toda su vida.

Suspirando, Becca apagó el motor. Si las cosas iban bien, quizá pudiera hacer todos esos viajes algún día.

Josh se detuvo al lado de su camioneta y observó el cuidado y limpio patio. Abrió la puerta y salió del vehículo. Fue hacia la parte trasera del remolque, donde Becca ya lo esperaba.

—Tengo compartimentos en los establos y un gran corral —dijo viendo los dos caballos.

—El corral está bien para Bonnie, pero es mejor que Rampage se quede en el compartimiento.

Soltó la palanca y bajó la rampa muy despacio.

—La yegua es una preciosidad —comentó Becca desde la puerta del corral.

Becca la abrió lo suficiente para que el caballo pudiera pasar. Josh la dejó suelta y se unió a Becca.

—Quiero que se apareen cuando sea la temporada —dijo Josh.

—Entonces, ¿el otro es un semental? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Es muy salvaje?

Josh la observó divertido y Becca lo miró fijamente, fascinada por el cambio de color de aquellos ojos. Se tornaron de un azul intenso, como el color de una montaña, de un lago, o como el del cielo de Wyoming en un día soleado. Incluso los duros ángulos de su rostro parecieron suavizarse.

—Es más dócil que un cordero, excepto cuando está junto a una yegua en celo. El resto del tiempo es un caballo incomparable. Ha ganado ya un par de premios.

Sospechaba que Josh Randall había ganado más que varios premios en los rodeos. Le gustaría averiguar más, pero esperaría; quizá ni siquiera se quedara. Por alguna extraña razón, aquel pensamiento la molestó.

Las puertas del granero estaban abiertas de par en par y Becca entró. No había humedad y el ambiente era bastante cálido. Becca fue hasta el último compartimiento y abrió la portezuela. Cuando Josh colocó a su caballo, Becca se volvió para salir.

—Te llevaré al barracón. Puedes deshacer tus maletas y luego reunirte conmigo a la hora del almuerzo. Te enseñaré todo lo que pueda hoy y, si no llueve, podremos dar un paseo a caballo más tarde.

Si no veía la hacienda ese mismo día no pasaba nada; iba a pasar allí una temporada.

Quince minutos después, Becca aparcó en la parte trasera de la casa. Tenía las botas llenas de barro y la ropa empapada.

En el porche trasero se quitó las botas y colgó la cazadora en una percha. Después entró en la acogedora cocina y dejó el correo sobre la gran mesa.

—¿Suzanne? —llamó.

Una cazuela de chile con carne hervía sobre el fogón. El aroma era delicioso y Becca fue a probarlo. Estaba muy caliente y lo sopló para que se enfriara. Se encontraba cansada, hambrienta, enfadada,

confusa y agotada. Decidió darse una ducha bien caliente y ponerse algo de ropa seca antes de comer. Después estaría toda la tarde ocupada con Josh. Por la noche ya tendría tiempo de pensar qué hacer con Marc, si es que había algo que hacer.

—Hola, Becca. No te comas eso, todavía tiene que cocer un poco más.

Alta, rubia y vestida con estilo, Suzanne Cannon entró en la cocina y se apoyó contra la encimera, observando a su hermanastra.

—Sabe muy buen —dijo Becca.

—Había pensado comer sobre la una. Creía que ibas a tardar más, como dijiste esta mañana que...

—Las cosas han cambiado. He contratado a un hombre. Almorzará con nosotras y le he pedido que esté aquí a las doce y media.

Suzanne suspiró.

—¿Otro de esos rudos vaqueros? ¿Es que no puede comer en el barracón?

—Allí no hay nadie. Los demás están fuera con el ganado y las vallas nuevas.

Además, no es un vaquero rudo, es mi nuevo capataz.

—¿Cómo? —Suzanne se la quedó mirando asombrada—. ¿Y qué hay de Marc?

Becca se metió la mano en el bolsillo y sacó la carta, que le entregó a su hermana.

—Eso es lo que pasa con Marc. Voy a darme una ducha, dentro de media hora estoy aquí.

Josh llamó a la puerta de atrás. No sabía si podría entrar directamente o debía esperar a que le abrieran. Bueno, por ser la primera vez no pasaría nada si esperaba un poco.

Becca abrió la puerta.

—Pasa. Si tienes barro en las botas déjalas en el porche.

Josh siguió sus instrucciones y dejó también su cazadora colgada, junto a la de Becca.

Entró en la amplia y caldeada cocina y se le hizo la boca agua con el olor a comida. Se preguntó si en un futuro debería comer con su jefa o con los demás hombres en el barracón.

—Josh, ésta es mi hermana, Suzanne Cannon. Suzanne, te presento a Josh Randall, nuestro nuevo capataz —Becca los

presentó con naturalidad mientras servía el guiso en los platos.

—Hola, ¿qué hay? Becca, ponle un plato grande a él, parece como si necesitara mucho para alimentarse.

Suzanne le sonrió con la mirada risueña y coqueta. Observó sus largas y esbeltas piernas y lo provocativo de su caminar. Parecía que estaba a la caza, a ver lo que podía conseguir. Josh conocía a ese tipo de chicas. Le recordó a Margot. Suzanne le dio la mano, pero la retuvo más tiempo de lo necesario. Josh tendría que tener cuidado con ella.

Miró a Suzanne y luego a Becca. No se parecían en nada, desde luego. Suzanne era alta y rubia. El cabello rizado le caía por la cara y parecía que acabara de levantarse.

Estaba maquillada de manera natural, pero no tenía ese aire fresco de su hermana.

Parecía bien dotada en los lugares correctos, era consciente de sus encantos y estaba dispuesta a utilizarlos en cualquier momento.

Josh se sentó donde le indicó Becca, y notó que los téjanos de Suzanne eran nuevos y de marca. Llevaba unas zapatillas de deporte último modelo y camisa de seda.

¿Camisa de seda en un rancho? Sacudió la cabeza.

Pero no pudo menos que compararla con Becca. Los estrechos vaqueros que le cubrían las delgadas piernas estaban gastados y descoloridos. La camisa era de algodón, con las mangas recogidas hasta el codo y el cabello lo llevaba sujeto en una cola de caballo.

Y, desde luego, era mucho más atractiva que su elegante, hermana.

Capítulo 2

—¿De dónde eres Josh y qué te trae por la zona del Río Wind? —le preguntó Suzanne, inclinándose sobre la mesa y sin apartar la vista de él, como impaciente por escuchar su respuesta.

Josh la miró.

—Soy de Colorado, pero últimamente he vivido en Cheyenne —habló de manera breve, sucinta; no había ido allí a coquetear con la hermana de su jefa.

—Y has venido al rancho a trabajar de capataz. Ni siquiera sabía que Becca estuviera buscando a alguien. Siempre ha hecho todo el trabajo ella sola, es tan trabajadora.

Además, sabe mucho de esto. Por supuesto, nació y se crió aquí. Yo sólo llevo viviendo diez años, justo desde que mi madre se casó con su padre. Antes vivíamos en Denver. Es una ciudad tan bella... Si eres de Colorado, debes de conocerla.

Josh asintió.

—¿Eres de allí? —insistió Suzanne, sonriéndole provocativamente.

Centró en Josh toda su atención, como si él fuera lo más importante de su vida.

Becca la observaba fascinada. Suzanne siempre había tenido el don de tener a los hombres en el bote. Su aspecto frágil parecía tener mucha aceptación entre los duros vaqueros que trabajaban en los ranchos de aquella zona. Su belleza dorada los atrapaba y les hacía soñar.

Pero Suzanne era inconstante. Andaba con unos y con otros, nada la satisfacía, siempre quería más. Curiosa por ver cuánto tiempo tardaría Josh en sucumbir, Becca los observaba con avidez, pero resignada. ¿Cómo se sentiría si alguien se interesara de verdad por ella? Pensó que seguramente le gustaría mucho, pero sabía que si veían primero a Suzanne no tendría ninguna posibilidad.

—He estado alguna vez en Denver. Nosotros vivíamos en Cripple Creek.

—Oh, una ciudad con antiguas minas de oro. Qué romántico, ¿no? Me encanta la historia. ¿A ti no? No hay mucho interesante por aquí excepto South Pass, por donde pasaban las antiguas

caravanas de camino hacia Oregón. Pero aun así, con sólo cabalgar por las colinas me parece sentir a los indios que antiguamente vagaban por estas praderas —Suzanne sonrió ingeniosamente.

Josh siguió comiendo. Se daba cuenta de las estratagemas de la excesivamente encantadora mujer. Era una coqueta redomada, nada más. Miró a Becca, asombrado de que lo mirara de aquella forma especulativa.

—¿Compartes el amor que siente tu hermana por la historia? —le preguntó, interesado en saber algo más de su nueva jefa. Tenía muchas ganas de hacerle preguntas sobre aquella situación. A pesar de su insistencia por llamarlos hermana y hermano, los apellidos y el comentario que Suzanne había hecho sobre su madre casándose con el padre de Becca le dieron a entender que no tenían la misma sangre.

Sin embargo, parecían estar unidas, lo cual hacía que el desplante del hermano resultara más confuso.

Becca se encogió de hombros.

—Me gusta la historia, pero no tengo tiempo para ponerme a idealizarla, como hace Suzanne.

—Becca no tiene muchos intereses aparte del rancho —dijo Suzanne con petulancia.

—Los tengo, pero rara vez puedo permitírmelo —contestó Becca sin rencor.

—Trabajar, trabajar y trabajar. ¿Qué harías si no tuvieras qué cuidar? —bromeó Suzanne, volviéndose a Josh—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre, vaquero? —preguntó provocativamente.

—Depende de dónde esté y con quién esté —replicó.

—Hay un local en la ciudad donde toca un grupo muy bueno. Podríamos ir una noche...

—¡Suzanne! —Becca se avergonzó por el comportamiento de su hermana aunque a Suzanne parecía no importarle—. Josh está aquí para trabajar, no para entretenerte.

—Ya te lo haré saber —dijo Josh dejando su plato vacío a un lado y colocando los brazos sobre la mesa—. Pero primero tengo que empezar con mi trabajo y hacerlo bien. No me gustaría que mi nueva jefa me echara por incumplimiento del deber.

—No dejes que te explote; en serio, siempre lo hace —repitió Suzanne, mirando a Becca con furia.

—Y si no lo hiciera yo, ¿quién lo haría?—preguntó Becca, rabiosa por la faena de Marc.

—De no hacerse no creo que fuera el fin del mundo —dijo Suzanne.

—Quizá el mundo no se terminaría, pero el tuyo seguro que sí, Suzanne. El dinero no crece de los árboles, ¿sabes?

—No, sale del ganado y Dios sabe que tenemos muchos animales de esos. Sabes Becca, dentro de dos semanas cumpliré veintiún años.

—Lo sé y daremos una fiesta.

—No quiero una fiesta. Lo que quiero es mi parte del rancho.

Becca se quedó mirando a Suzanne como si tuviera delante una aparición.

—¿Qué quieres decir con que quieres tu parte? —Becca sintió una tremenda aprensión. ¿Es que el mundo entero se había vuelto loco?

—Quiero que compres mi parte. No creerás que tengo pensado enterrarme aquí para siempre, ¿verdad? Debería haberme marchado con mamá cuando se fue por primera vez. Ahora está casada con ese aburrido agente de Bolsa y me ha dejado muy claro que yo estaría de más. Por lo tanto, necesito algo de dinero para montármelo yo sola.

—Ésta es tu casa, Suzanne. Si no quieres hacer la casa y cocinar, quizá pudieras buscar un trabajo en la ciudad.

Suzanne miró a Josh de reojo, pero con un gesto despreciativo; después se volvió a mirar a Becca.

—No te molestes, Becca, pero quiero algo más de la vida que pasármela en un rancho

—se puso de pie—. Ya estoy harta de este condenado lugar. No quiero ni por asomo quedarme aquí y encontrar un empleo en la ciudad. Una vez que haya cumplido los veintiuno quiero el dinero que me corresponde. ¡Me voy de Wyoming a ver mundo!

—recogió los platos sucios y los echó en la pila con estrépito.

Becca tragó saliva. Deseó poder volver a la cama y empezar ese día de nuevo. Nunca le habían dado tantos golpes en un solo día. Sabía que Suzanne no estaba muy contenta últimamente, pero no que hubiera estado haciendo planes para marcharse después de su cumpleaños.

—¿Queréis explicarme cuál es la situación aquí? —preguntó Josh, elevando la voz por encima del sonido del agua corriente.

Becca asintió, sintiéndose mareada y como anestesiada.

—Podemos hablar en el despacho. Gracias por la comida, Suzanne. Tu chile con carne no tiene igual.

Suzanne asintió, pero siguió concentrada en los platos y no abrió la boca.

Becca se dejó caer en el gran sillón que había tras la mesa del despacho visiblemente aliviada. Al menos allá se sentía más segura. Estaba deseando estar un rato sola para asimilar las chocantes noticias que había recibido, pero sabía que primero tendría que terminar con sus obligaciones.

Josh se paseó por la habitación mientras Becca lo observaba. Parecía como si llevara un soplo de aire fresco a aquel lugar con su contagiosa energía. Mirándolo detenidamente se dio cuenta de su masculinidad; entonces algo en su interior respondió y sintió un calor que le invadió por todas partes. Hacía años que no se sentía atraída por ningún hombre. Intentaba mantener relaciones cordiales con los hombres que trabajaban para ella, tenía varias amistades entre los ranchos vecinos, pero, desde la muerte de su padre, nadie le había despertado la imaginación en el sentido romántico.

Se dijo a sí misma que Josh tampoco le había hecho sentir nada. Simplemente se sentía intrigada con él. Él la miró con aquellos penetrantes ojos azules, como si pudiera meterse en su mente y leerle el pensamiento. Ella le devolvió la mirada sin vacilar, pero deseaba apartarla y sucumbir a la timidez que parecía adueñarse de ella en su presencia.

Josh se sentó frente a ella. Su amplio torso parecía capaz de realizar cualquier tarea que se le pusiera por delante. Apoyó el tobillo de una pierna sobre la otra rodilla y las manos sobre los brazos del sillón. Tenía las manos grandes, pero esbeltas y Becca recordó los callos que había notado cuando le dio la mano en el almacén de Bob. Por un momento, se preguntó qué sentiría si aquellos dedos le rozaran otras partes del cuerpo, los brazos, los hombros, las mejillas.

Notó un calor por dentro. Dios mío, se negaba a comportarse como una chiquilla hambrienta de cariño y encaprichada de un ídolo. Además, a Josh no le pegaba el papel de ídolo. Era

demasiado viril, demasiado duro.

Por primera vez en seis años, Becca deseó tener otro aspecto. Deseó que su pelo cayera en bucles alrededor de su cara, y haberse tomado tiempo para ponerse una pizca de maquillaje después de la ducha. Tenía los ojos bonitos y, con un poco de tiempo y maña, se convertían en su mejor atractivo. Al menos, podría haberse puesto ropa nueva.

Pero no estaba allí para encandilar a ningún vaquero, por muy sensual que le pareciera. Estaba allí para hablar de trabajo.

Siempre trabajar. Era precisamente como Suzanne lo había dicho. Pero la hermana de Becca no se daba cuenta de que, si no trabajaba duramente, no podrían tener el estilo de vida del que gozaban. Marc no podría haber ido a la facultad, con todos los gastos pagados y Suzanne no podría permitirse la ropa de marca y las joyas que tanto le gustaban. Ninguno de los dos había rechazado el dinero que el duro trabajo de Becca había producido.

Temerosa de seguir pensando y de caer en la auto compasión, Becca apartó la tristeza de sus pensamientos y volvió a la realidad. Ya tendría tiempo más tarde de pensar qué hacer. En ese momento tenía un nuevo capataz al que darle instrucciones.

Abrió el segundo cajón del escritorio y sacó un mapa doblado que extendió sobre la mesa. Se incorporó ligeramente para verlo bien e invitó a Josh a que se acercara también.

—Ésta es la M Gandula.

Dos horas más tarde Josh estaba montado sobre Rampage, saliendo de las caballerizas. El horizonte estaba plagado de oscuras nubes que no presagiaban nada bueno, amenazando con llevar más lluvia mientras envolvían el sol de la tarde. El terreno estaba empapado, pero al gran semental no parecía importarle.

—Venga, chico, vamos a eliminar la tensión acumulada y luego empezaremos a explorar este lugar —Josh le soltó las riendas y se lanzaron a la carrera por la pradera. Aunque iba atento a los puntos de referencia de la finca y a las praderas que pasaban a toda velocidad, Josh tuvo tiempo de pensar en su nuevo empleo.

Y en su nueva jefa.

Le gustaba Becca. Parecía sensata, no como su coqueta hermanastra que se comportaba como si pensara que los hombres estaban allí sólo para hacerle la corte.

Becca conocía su trabajo. Le había enseñado los límites del rancho, comentado los diferentes problemas que tenían y charlado sobre el ganado que criaba. Tenía buenas ideas, algunas de ellas innovadoras.

Lo que quedaba más claro que el agua era que necesitaba a alguien que la ayudase a soportar el peso del rancho.

No le extrañaba que Suzanne pensase que trabajaba mucho. No le había quedado otra alternativa para mantener aquel lugar a flote.

Josh le comentó lo bien que parecía ir el rancho.

—¿Eso crees? —preguntó Becca, y la cara se le iluminó de orgullo y esperanza.

—Parece que estás haciendo un buen trabajo, aunque con el tamaño de la hacienda no es fácil.

—Mi padre me lo dejó cuando murió. Lo único que hago es mantener la línea que él seguía —le confió.

—Entonces, lo tenía todo bien montado. ¿No tienes problemas para contratar a buenos peones?

—Algunos sí, cuando se enteran de que tienen que trabajar para una mujer —levanté la mirada y sonrió con picardía—. Pero eso va a cambiar.

Josh casi se quedó sin respiración al ver aquella sonrisa ya que la cara le cambiaba por completo. Resultaba adorable cuando sonreía: no una Belleza despampanante como su hermana, sino una mujer cálida y encantadora.

—¿Qué es lo que quieres que haga, Becca? —le preguntó, intentando borrar el efecto que le había producido su sonrisa. Recelaba de todo tipo de amistad, empeñado en no olvidar a Margot y cómo había empezado su relación.

Becca se sentó y se recostó sobre el respaldo del asiento.

—La verdad es que no lo sé. Estoy cansada, Josh. Trabajo duro cada día y aún me quedan cosas por hacer. Había esperado que cuando Marc volviera me aliviaría de parte de la carga. ¿Qué puedes hacer?

—Puedo dirigir el rancho en tu lugar, si eso es lo que quieres. Puedes supervisar los libros de contabilidad una vez al mes y hacer lo que te apetezca el resto del tiempo.

Y con lo bien que lo has hecho, creo que podré aumentar tus ingresos en un diez por ciento este año.

Ella se lo quedó mirando durante un buen rato, pero él se dio cuenta de que no lo miraba a él. Tenía la mirada perdida y le entraron ganas de saber lo que estaba pensando.

—¿Becca? —preguntó.

—Tuve que dejar la facultad cuando mi padre murió. Me encantaba ir a clase. Era la primera vez que me había ausentado del rancho y me lo pasaba muy bien. Conocí a chicas que se habían criado en ambientes diferentes al mío. Salí con chicos que no habían visto jamás un caballo y menos ganado. Aprendí mucho más aparte de lo que nos impartían en las clases —sonrió con tristeza y suspiró—. Algún día me gustaría volver a la facultad.

—¿Y estudiar qué?

Ella se encogió de hombros.

—No sé. Cuando empecé a ir, había pensado graduarme en técnicas empresariales, claro que, yo creía que mi padre estaría ahí al menos otros treinta años más y por eso se me ocurrió que podría cambiar de ciudad y trabajar en otra parte durante un tiempo.

—Me sorprende que tu padre no esperara que Marc dirigiera el rancho.

Ella lo miró y dudo un instante.

—Suzanne y Marc no son hijos suyos. Se casó con Eileen cuando sus hijos tenían diez y once años respectivamente. A eso se refería Suzanne cuando dijo que llevaba sólo diez años viviendo aquí.

—¿Dónde está su madre?

—Cuando mi padre murió, ella se marchó. En realidad no le gustaba el rancho, sólo le interesaba mi padre. Hace un par de años se volvió a casar.

—¿Y dejó aquí a sus hijos?

—A mí no me importó. Después de todo, son mis hermanos.

Observó a aquella mujer menuda, preguntándose si los otros dos valoraban la preocupación y el trabajo extra que le habían dado.

—¿Cuántos años tenías tú cuando murió tu padre? —preguntó de pronto.

No era asunto suyo, pero la verdad es que le entró una curiosidad tremenda. Quería saber más cosas de ella. Era tan diferente a su mujer Margot, así como a cualquier otra mujer de las que había conocido.

—Veinte.

—¿Y Marc y Suzanne?

Becca se extrañó.

—Marc tenía dieciséis y Suzanne quince. ¿Por qué?

—Su madre debería habérselos llevado si no quería quedarse aquí.

—Yo me habría quedado sin familia si Eileen se los hubiera llevado. Me alegré de que se quedaran.

—Seguro que no fue fácil.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Es que hay algún adolescente que sea fácil? Pero son mi familia y lo único que tengo.

—Son hermanastros.

La sonrisa desapareció de su rostro y fue sustituida por la rabia.

—Son mi familia y se acabó la discusión. Te sugiero que a partir de ahora lo tengas presente.

Josh iba al paso sobre su caballo, medio sonriendo al recordar cómo se había puesto Becca cuando se atrevió a insinuar que su familia no estaba tan unida como ella quería creer. Tenía que tener carácter para llevar aquel rancho ella sola.

No le importaría trabajar allí hasta que ahorrase lo suficiente para comprarse la suya propia. Y con el sueldo que Becca le ofrecía, eso podría ocurrir antes de lo previsto.

Mientras tanto, haría todo lo posible para ayudar a la mujer que le había ofrecido el empleo.

Becca se recostó en la silla y miró por la ventana. Debería haberse ido con Josh, enseñarle el rancho y presentarlo a los hombres. Debería haber hecho todo eso pero él dijo que se las arreglaría solo. Y ella lo dejó.

Al fin y al cabo, iba a dejar el rancho en sus manos.

De pronto aquello le sorprendió, aunque en realidad todo aquel día había estado lleno de sorpresas. Primero la atracción que había sentido hacia aquel extraño en el almacén de Bob Masón. Normalmente no se fijaba en los hombres. Tampoco se había esperado la carta de Marc, ni el comentario de Suzanne. Becca sabía que tenía que tomar algunas decisiones bastante duras. Pero en ese momento no tenía ánimos para hacerlo.

En vez de ello se puso a pensar en Josh. Él le había dicho que le gustaba lo que había hecho con el rancho. Le había sugerido un par

de ideas para la mejorar el ganado para la venta de primavera que a ella ni se le hubieran ocurrido. Seguramente sería el fruto de muchos años de experiencia, pero por el momento Becca no se sentía preparada para hacerlo.

¿Cuántos años tendría Josh? Se lo preguntaría. Ella le echaba unos treinta años, pero la verdad era que no se le daba muy bien eso de adivinar la edad.

Había dicho que estaba divorciado, por lo tanto era como si estuviera soltero.

Después de la oferta de Suzanne durante la comida, lo más seguro sería que se fuera a bailar con ella.

Becca frunció el ceño. Deseó que Suzanne no hubiera montado aquel numerito. Ya había salido con todos los que trabajaban allí más de una vez, pero no iba en serio con ninguno. Suzanne era demasiado joven como para comprometerse con nadie.

Además, después del comentario que había hecho durante la comida, sabía que su hermana no pondría sus ojos en ningún vaquero, por muy atractivo que fuera.

Becca suspiró y dobló el mapa, poco satisfecha con la dirección que habían tomado sus pensamientos. No estaba celosa, sólo deseaba que Suzanne dejara a Josh en paz.

En esos momentos, a Becca le hacía falta tener un amigo, y su nuevo capataz sería su primera elección.

Hizo una pausa en sus pensamientos, asombrada de lo que se le había ocurrido. ¿Y

por qué no su hermana? ¿O bien uno de sus compañeros o compañeras de la facultad? ¿O incluso algunos de los hombres que habían trabajado con ella desde la muerte de su padre? ¿Por qué Josh Randall, un hombre al que había conocido hacía apenas un par de horas? Fue lentamente hacia su dormitorio. Ya se acercaba la hora de la cena. Quería acercarse por los barracones y asegurarse de que todos los empleados del rancho conocieran a Josh y supieran que confiaba plenamente en él como su nuevo capataz.

Se puso un par de téjanos nuevos y un suéter amarillo fuerte. Se cepilló el pelo hasta que se le quedó brillante y se lo dejó caer por los hombros. También se maquilló las pestañas con moderación.

Eso era lo máximo que podía hacer con su persona. No podía compararse con Suzanne, pero la verdad era que no estaba

compitiendo con ella. Sólo quería arreglarse un poco antes de ver a los hombres.

—¡Bueno, bueno, qué guapa te veo! —le dijo Suzanne cuando Becca entró en la cocina minutos más tarde.

—No digas tonterías. Sólo me he puesto un suéter; hace fresco ahora por la tarde. —¿Y adónde vas?

—A los barracones. Quiero presentar a Josh a los hombres, decirles que le he contratado para que sea el capataz y que, a partir de ahora, él estará a cargo de todo.

Suzanne entrecerró los ojos.

—¿Cómo? Becca, de verdad, has llevado bien este lugar desde que murió tu padre.

¿Por qué contratar a un capataz? Seguro que vas a pagarle más que a cualquiera de los otros peones. ¿A qué viene este cambio?

—Había esperado que Marc volviera para ayudarme. Llevo esperando a Marc desde el día en que murió mi padre, para repartir con él las tareas de la hacienda una vez licenciado. Ahora ha desaparecido del mapa.

—Me parece que te has precipitado contratando al primer hombre que se ha cruzado en tu camino después de recibir la carta. ¿Estás segura de que no hay algo más? No te he visto tan arreglada desde hace años —dijo Suzanne taimadamente.

—¿Arreglada? Por Dios, Suzanne. ¡Sólo llevo unos vaqueros y un suéter!

Su hermana la miró de arriba abajo y de pronto se quedó mirándola a los ojos.

—Los vaqueros son nuevos y te quedan muy ceñidos, marcando tu esbelta figura. El suéter te alegra la cara y llevas el pelo suelto en vez de con la coleta de siempre. Y, corrígeme si me equivoco, pero me parece ver algo de maquillaje.

Becca sintió que le ardían las mejillas. Aquello era lo último que le hacía falta. ¿Acaso estaba ridícula? Quizá debiera volver a su dormitorio a lavarse la cara y cambiarse a los téjanos viejos.

—Estaré de vuelta a la hora de la cena —le espetó furiosa.

Al salir al porche vio las botas llenas de barro. Vaya pinta iba a tener si entraba en el barracón con ellas puestas.

Limpió todo el barro que pudo, se calzó y salió de allí dando grandes zancadas en dirección a la camioneta. No tenía sentido ir

andando por todo el barrizal los cuatrocientos metros que la separaban de los barracones, pensaba al tiempo que abría la portezuela del vehículo.

Cuando salió del coche una fuerte ráfaga de viento la envolvió y le alborotó el pelo.

Debería habérselo retirado como siempre, pensaba molesta mientras se apartaba unos mechones de la cara.

Josh estaba sentado en el sofá de la sala común charlando con un par de hombres cuando Becca entró.

Pasada la sala y a la izquierda, cada vaquero tenía su propio dormitorio: una pequeña habitación con una cama, un aparador y una silla. El enorme salón común tenía mesas para jugar a las cartas y a otros juegos, una gran televisión, varios sofás y sillones para leer. Había también una barra de bar donde los hombres podían encontrar todo tipo de refrescos. Becca no era partidaria de proveer de bebidas alcohólicas a los hombres. Ya bebían bastante cuando bajaban a la ciudad.

Tenía las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos, los pulgares enganchados de la hebilla del cinturón y la cabeza apoyada sobre los cojines del respaldo, vuelta hacia el hombre con el que estaba hablando. Al entrar ella, dirigió una mirada a la puerta.

Por un instante se miraron. Ella creyó que iba a sonreír, pero en su lugar se levantó y fue hacia ella con un modo de andar desgarbado. ¿Despertaría ella su interés?

—Sólo vine a ver si te hacía falta algo —dijo Becca sin aliento, y sin poder apartar los ojos de los de él.

Se sentía tímida, insegura, y desde luego aquella sensación no le hacía ninguna gracia.

—Creo que tengo todo lo que necesito. Me presenté a los hombres y le eché un vistazo a parte del ganado —Josh extendió la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja; Becca se quedó sin aliento—. Mañana iré a ver el resto. En este momento, Jason me estaba contando más cosas sobre la venta de primavera de la que tú y yo hemos estado hablando.

Ella asintió, incapaz de hablar. Todavía sentía un cosquilleo donde él le había rozado la mejilla. Deseaba dar un paso atrás, distanciarse de aquel hombre tan tentador que estaba tan cerca de

ella. Pero tenía la puerta justo detrás y no podía ir a ninguna parte a no ser que no le importara hacer el ridículo.

—¿Has conocido a todos los hombres?

—Sí. Tienes un buen equipó.

—Tenemos —le corrigió, intentando por todos los medios entablar una conversación normal.

Nunca se había sentido tan cortada en toda su vida. ¿Por qué? ¿Sólo porque se había peinado el pelo hacia atrás? ¿Porque tuviera los ojos oscuros, profundos y misteriosos? ¿O quizá porque le hacía sentirse femenina, como nadie lo había hecho?

—La cena está servida —se oyó una voz desde el otro lado del salón.

—¿Vas a comer con nosotros? —presunto con suavidad.

—Estoy segura de que Suzanne ha preparado ya algo.

Pero la verdad era que deseaba quedarse; quería charlar con Josh un poco más y ver cómo reaccionaban sus hombres ante su llegada.

—Allí hay un teléfono. Llámala y dile que te vas a quedar.

Becca asintió y fue hacia el teléfono. Josh se volvió a mirarla. Becca sonrió a Jason cuando éste se levantó de la silla.

—Dile a Mike que quizá me quede a cenar.

El vaquero sonrió y asintió, apresurándose a cumplir lo que le había pedido.

Sabiendo que Josh la estaba mirando, a Becca le tembló un poco la mano al marcar los números.

—¿Suzanne? Voy a quedarme aquí a cenar.

—Podrías habérmelo dicho al salir.

—Entonces no lo sabía.

—Vale. Por eso es por lo que te has arreglado entonces —dijo con tono mordaz.

—No tardaré mucho en volver.

—No me despiertes si estoy en la cama —dijo Suzanne antes de colgarle con rabia.

Becca colgó el teléfono y se volvió a Josh.

—Entonces dime, ¿qué te parece el resto del rancho?

—Me gusta, pero hay algunas partes en las que se necesita trabajar a causa de la nieve del invierno pasado. Si te parece, podemos entrar en detalles mañana. Si quieres cabalgar hasta allí

conmigo, te las enseñaré.

—Me encantaría.

La cena fue divertida. Por primera vez en muchos años, Becca se sentó con los empleados del rancho y se limitó a pasárselo bien. No se sentía obligada a dar ejemplo como jefa, ni sentía aquel distanciamiento que había sentido tras la muerte de su padre.

Aquello se lo debía a Josh. Gracias a él la cena fue divertida. No habló mucho, sólo se limitó a hacer un par de preguntas a unas y otras. Pero sus preguntas suscitaron la conversación de los demás.

Becca se dio cuenta de que Josh la miraba durante la cena, pues sus miradas se cruzaron un par de veces. ¿Por qué lo hacía? Se sentía nerviosa y emocionada.

Deseaba pasar un rato a solas con él, lejos de los demás vaqueros, y charlar de otra cosa que no fuera el rancho. Pero no parecía haber ninguna oportunidad.

Finalmente la cena terminó y los hombres se sentaron en los sillones y encendieron la televisión.

—¿Te gustaría hablar de esos cambios ahora? —preguntó, esperando encontrar una oportunidad para charlar con Josh.

—No. Prefiero que sea mañana. No me digas que Suzanne tiene razón, que trabajas todo el tiempo.

Ella se ruborizó ligeramente y sacudió la cabeza. Se sentía muy a gusto hablando con los hombres sobre el rancho. Hacía años que no había tenido ninguna cita con nadie y, al contrario que su hermana, no sabía de qué hablar.

—Creo que volveré a casa —dijo; siendo una de las últimas en levantarse de la mesa.

—Te acompaño —dijo Josh con rapidez.

Demasiado rápidamente, pensaba Becca. Lo más probable era que quisiera librarse de su jefa y relajarse No debería haberse quedado a cenar.

Capítulo 3

Viene en la camioneta, para no pasar por todo el barrizal —dijo Becca cuando salieron del caldeado barracón. El viento soplaba aún con fuerza, arremolinándose alrededor de ella y haciéndole sentir frío. Se echó el cabello hacia atrás, temblando ligeramente. El cielo estaba totalmente gris y sabía que pronto se haría de noche.

—Acompáñame a ver a Rampage; quiero comprobar que está tranquilo —dijo Josh, poniéndole la mano en la cintura y llevándola hacia las caballerizas.

Becca sintió el calor de su mano y un cosquilleo en su interior. Aquel hombre tan alto y fuerte a su lado le hacía sentirse protegida, casi mimada.

Llegaron enseguida a los establos y le dio al interruptor. Las tenues luces inundaron el local. Se echó el pelo hacia atrás.

—Debería haberme hecho una coleta; ahora lo tengo todo alborotado —dijo, pasándose los dedos por los enredados mechones.

Josh sacudió la cabeza.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. Te queda muy bien así. Lo cierto es que... —vaciló un momento y luego se encogió de hombros—. Estás muy guapa.

Becca se quedó inmóvil y aguantó la respiración al tiempo que lo miraba a los ojos.

Al ver la sinceridad de sus palabras reflejada en su mirada, Becca sonrió y empezó a respirar de nuevo.

—Gracias.

Los caballos resoplaban suavemente, algunos de ellos levantaron la cabeza para observar a aquellos visitantes.

Josh se volvió y fue hacia el extremo del granero como si no hubiera dicho nada.

Becca lo siguió, dando unas palmaditas cariñosas a cada animal al pasar. Cuando llegaron al final, un penetrante relincho atravesó el silencio del lugar. Rampage sacó la cabeza por la parte superior del compartimiento volvió a relinchar.

Josh sonrió a su caballo. Becca lo miró y se dio cuenta de cómo le cambiaba la cara al sonreír. Su expresión se suavizó. Parecía más

joven, mucho más asequible e infinitamente masculino.

—¡Qué ruido hace! —dijo Becca.

Josh la miró divertido.

—Sí, cada vez que me acerco a él hace lo mismo. Me gusta.

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Lo supongo. Es una estupenda manera de saludar. ¿Lo tienes hace mucho?

—Varios años —Josh acarició al caballo.

—¿Es eso lo que hacías en tu rancho? ¿Criar caballos?

Instantáneamente cambió la expresión de su rostro y Becca se arrepintió de haberle preguntado.

—No. El rancho era sólo de ganado. Tenía la intención de empezar a criar caballos, pero sólo compré a Rampage y a Bonnie antes del divorcio, con lo cual no pude seguir.

No pudo evitarlo: extendió el brazo y le rozó el suyo, notando sus fuertes y cálidos músculos.

—Lo siento. No tenía la intención de traerte malos recuerdos. Debió de ser un duro golpe para ti perder a tu esposa de esa manera.

Arqueó las cejas y se volvió a mirarla. Le quitó la mano de su brazo, pero siguió agarrándole la mano con suavidad, como si no se diera cuenta.

—Un momento, Becca. Antes de que el romanticismo que llevas dentro de ti te lleve por el camino equivocado, déjame que te cuente algo de mi matrimonio. Margot y yo no estábamos enamorados, al menos no el uno del otro. Yo quería regentar un rancho y ella tenía uno que no sabía llevar. Hicimos un trato y nos casamos para obtener lo que necesitaba cada uno.

—¿No la amabas? —susurró escandalizada.

Él sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Me gustaba y yo a ella también. Los dos teníamos algo que el otro quería. Sólo cometí el fallo de creer que aquello iba a durar toda la vida. Y, además, debí quedarme con parte del rancho. Estaba en un estado lamentable cuando nos casamos. Trabajé mucho allí, ambos lo hicimos en realidad, para que volviera a funcionar. Cuando ya no estábamos en números rojos, Margot decidió que había tenido suficiente. Lo vendió, se divorció de mí y se fue a Nueva York.

—¿Y tú te quedaste sin nada después de tanto trabajo? —preguntó, horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—Algo de dinero para compensar mi tiempo y esfuerzo —habló con amargura—.

Pero el dinero no compensa el amor que invertí en esa tierra, ni lo que me costó levantar aquello. Mi propio esfuerzo lo convirtió en un éxito, para luego perderlo sin que se me consultara.

—Lo siento —dijo ella.

Él se encogió de hombros, frotándole el dorso de la mano con el pulgar en un gesto ausente.

—No fue culpa tuya.

—Siento que perdieras tu rancho.

—Nunca fue mi rancho. Es un fallo que jamás volveré a repetir. Mi objetivo es comprarme uno. Cuando vea mi nombre en las escrituras, entonces sabré que es mío para siempre.

—Entonces, ¿estás ahorrando para comprarte un rancho?

Josh asintió, y de pronto bajó la vista hacia las manos unidas como si se acabara de dar cuenta. Lentamente le soltó la mano.

—Tengo. Supongo que si trabajo un par de años para ti, podré conseguir lo que me falta.

Ella se volvió. Su hermano hubiera tenido la tierra para sacar provecho de ella si hubiera vuelto a casa. Josh era un hombre al que le gustaba aquello y que deseaba con todas sus fuerzas tener un sitio de su propiedad, pero tendrían que pasar varios años antes de que pudiera conseguirlo. A veces la vieja era injusta.

—Entonces, la próxima vez que te cases, tendrás primero el rancho a tu nombre —dijo ella.

—No pretendo volver a casarme otra vez —contestó él.

—Pero no todas las mujeres son como tu ex—esposa. Quizá encuentres a alguien de quien te enamores y con quien quieras casarte. ¿Y qué hay de los niños? ¿No te gustaría tener a alguien a quien dejarle el rancho del que estás hablando?

Josh se quedó en silencio un momento. —He vivido mucho, Becca, y no he encontrado ese amor del que hablas. A lo mejor un día querré tener hijos. Si es así, me buscaré una esposa. Pero no lo haré hasta que no esté establecido y seguro de que nada ni nadie puede arrebatarme mi tierra.

Ella empezó a acariciar a Rampage suavemente en el morro.

Resopló contra su mano y restregó la nariz contra ella. Becca se volvió hacia Josh, dándose cuenta de que estaba mucho más cerca de lo que ella pensaba. El calor que irradiaba de su cuerpo la envolvía y fue más consciente de su presencia de lo que lo había sido nunca. Deseaba que volviera a tomarle la mano y que no la soltara jamás. Se preguntó lo que sentiría si él la estrechara contra su fuerte cuerpo y la abrazara. Simplemente abrazándola como nadie lo había hecho desde hacía años. Se preguntó también lo que una mujer tendría que hacer para que se enamorara de ella.

Debía de estar perdiendo la cabeza; lo poco que le quedaba.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándola de cerca.

Ella asintió.

—Tengo que irme a casa.

—¿Quieres cubrir algunas de tus yeguas? —dijo, como intentando retrasar su marcha.

—¿Con Rampage?

Josh asintió.

Vio cómo Becca ponía cara de sorpresa. No había querido decir eso. Había cobrado mucho por los servicios de su semental. Rampage era un ejemplar único y sus crías heredaban su carácter tranquilo, su energía y su porte. Pero por alguna razón Josh deseaba darle algo a aquella mujer. A lo mejor por la tristeza reflejada en su rostro después de recibir la carta de su hermano. O quizá fuera la dureza con la que la trataba su hermana. ¿Sería Becca la única que se aferraba al rancho? Parecía como si los otros dos de la familia no hicieran mucho por ayudar. Él no deseaba ser interesado con ella, sino que deseaba hacer algo por esa chica.

—Tendrás que ver mis yeguas primero. Son muy fuertes, pero nada especial —dijo despacio.

—Puedes utilizarlo para tus yeguas si quieres tener unos cuantos caballos más.

—Gracias, Josh; ya te lo haré saber cuando llegue el momento.

La oferta la confundió. Ella sabía que Josh podía cobrar una buena cantidad por los servicios del semental. ¿Si tenía tanta prisa por ahorrar dinero para comprarse un rancho, por qué dejar pasar esa oportunidad? No quería aprovecharse de él, sin embargo, le resultaba tentador tener un par de crías de un semental tan bueno.

—Por la mañana, si no tienes otra cosa que hacer, me gustaría

que vinieras conmigo a cabalgar. Quiero ver el resto del ganado —dijo Josh.

—Podemos salir al amanecer —dijo Becca, dándose la vuelta para salir.

—Estaré listo para entonces.

—¿Bueno, le gustó a tu vaquero lo arreglada que ibas? —Suzanne saludó a Becca con esas palabras cuando entró en la cocina—. No ha vuelto contigo, ¿verdad? —dijo mirando detrás de Becca.

—Cené con los hombres. Estuvimos hablando sobre la venta de primavera. Podrías haberte unido a nosotros —dijo Becca tranquilamente, haciendo caso omiso del comentario de su hermana.

—Oh, Becca, esto es tan aburrido. Me alegraré de alejarme de este lugar.

—Tenemos que hablar de eso, Suzanne, pero esta noche no. Ya me he llevado bastantes sustos hoy; no me apetece ahora.

Su hermana la observó.

—La verdad es que tienes mala cara. Vete a la cama: no me voy hasta dentro de un par de semanas. Tienes tiempo de encontrar todas las razones que puedas para convencerme de que debo quedarme. Pero no va a servirte de nada, Becca. Estoy empeñada en marcharme el día de mi cumpleaños.

—Nunca me lo habías dicho hasta ahora —dijo Becca.

—No sabía que Marc iba a hacer la jugarreta que ha hecho. Pensé que estaría aquí para apoyarme. El muy rata... como le ponga la mano encima...

Suzanne había dicho precisamente lo que Becca estaba pensando y por eso no pudo añadir más.

—Te veré por la mañana.

Se puso a pensar en Marc mientras se preparaba para irse a la cama, pero sin darse cuenta sus pensamientos volaban hacia Josh Randall. Se metió en la cama que había tenido desde que era niña, preguntándose si había hecho lo correcto al contratar a aquel hombre.

Aquella tarde comprobó las referencias que le había dado mientras él estaba dando una vuelta por el rancho, aunque la recomendación de Bob Mason hubiera sido suficiente. Se negaba a reconocer que tuviera curiosidad por saber lo que los jefes

anteriores dijeran de él. Todas hablaron muy bien de Josh. Conocía el negocio del ganado y de los caballos. La gente lo apreciaba y respetaba.

Se había dado cuenta de eso durante la cena. Después de sólo pasar unas horas con los vaqueros de la M Gandula, ya se le concedía un respeto.

Hombre de pocas palabras, recordó el comentario que le había hecho sobre su pelo.

«Te queda muy bien así; estás muy guapa».

No es que fuera un cumplido exageradamente halagador, pero viniendo de Josh significaba mucho. A pesar de que Suzanne se había metido con ella, Becca se alegró de haberse arreglado un poco y de haberse soltado el pelo.

También le había gustado que Josh le colocara aquel mechón tras la oreja, y que al hacerlo le hubiera rozado la mejilla. Sonriendo se volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada y se durmió enseguida.

—Oh, no —Becca protestó cuando se despertó. Todavía estaba oscuro, pero a juzgar por el ruido de agua en el canalón estaba lloviendo. ¡Estaba tan harta de la lluvia!

Se levantó despacio y fue hacia la ventana. Apartó los visillos y vio la cortina de agua que golpeaba el cristal. De pronto se puso a temblar por el frío que hacía en la habitación, y corrió a vestirse.

Se hizo una taza de té y de pie junto a la ventana de la cocina mordisqueó una rosquilla. Había luz en los cobertizos y se veían las siluetas de los hombres yendo de un lado a otro. Seguramente todos estarían protestando por la lluvia, pero ninguno se quedaría metido en la cama. No adelantarían nada si esperaban a que hiciera buen tiempo.

Se puso un largo impermeable, un sombrero sobre los cabellos trenzados y se encaminó hacia el granero.

Se iba resbalando y hundiendo en el suave barro, pero llegó al edificio sana y salva.

—Buenos días —Josh salía del cuarto de los arreos y la saludó al verla.

—Buenos días. Está lloviendo otra vez —dijo.

Pero inmediatamente deseó no haber dicho algo tan obvio; Suzanne nunca habría dicho algo tan estúpido.

Josh miró hacia la lluvia que caía sin cesar y luego a ella.

—¿Acaso eres la Malvada Bruja del Oeste? ¿Te vas a deshacer bajo la lluvia? —preguntó.

Ella sonrió y sacudió la cabeza al oírle hacer referencia al Mago de Oz —No, supongo que no.

—Entonces, no hay ningún problema. He ensillado tu caballo; Trent me dijo cuál era.

Aquello la conmovió. No recordaba que nadie le hubiera ensillado el caballo en la vida. Su padre quiso que se criara sabiendo hacer de todo y una vez que aprendió, nadie pensó en ofrecérselo. Hasta ase momento. —Gracias, podría haberlo hecho yo.

—Estoy seguro, pero no me ha llevado mucho tiempo. Venga, estoy listo para cabalgar.

Saludó a los demás hombres que empezaban el día de trabajo. Trent llevaba la paja limpia a los compartimentos que había limpiado previamente de barro. Jason salía de los establos montado en un caballo de carga transportando postes para la valla y alambre. Dos vaqueros más lo seguían.

Becca tomó las riendas y se preparó para montar. Antes de que se diera cuenta, un par de fuertes manos la agarraron por la cintura y la subieron sobre el caballo.

—Llevo montando a caballo desde... —miró a Josh enfadada.

—Desde los dos años, probablemente —dijo embutiéndole la bota en el estribo—. La mayoría de los rancheros enseñan a sus hijos desde muy pequeños —le dijo, tapándole la pierna con el impermeable —la miró y sonrió.

Becca se derritió por dentro y se le olvidó hablar. El calor más delicioso jamás experimentado invadió cada célula de su cuerpo. Quería mirar aquellos ojos oscuros hasta el fin de los tiempos. Olvidó dónde estaba, qué día era y a la gente que pululaba a su alrededor. Sólo existían ella y Josh en aquel nebuloso mundo de los dos.

—Esto evitará que te mojes, al menos durante un rato. No hay manera de mantenerse completamente seco con lo que está cayendo. Pero al menos la lluvia es buena para la hierba.

Fue al otro lado del caballo y le cubrió la otra pierna. Cuando terminó, dejó la mano descansando sobre su rodilla.

Becca apretó las piernas contra la silla de montar, pillándole los dedos. Agachó la cabeza hasta que el borde del sombrero rozaba el de Josh y sus miradas se encontraron.

—Llevo cuidando de mí misma desde hace mucho, Josh Randall. Puedo montarme sola en el caballo y cubrirme las piernas con el impermeable.

Sonrió de nuevo y el azul de sus ojos se hizo más brillante.

—Me imagino que sabes hacerlo, pero ha sido un placer —dijo.

Ella se puso colorada y deseó apartarse un poco, pero empeñada en no dejarse apabullar, resistió.

—¿Estás coqueteando conmigo, vaquero?

Con los dedos de la mano pillados entre su rodilla y la montura, levantó la mano izquierda y le pasó el dedo por la línea de la mandíbula.

—No, señorita. Va en contra de mi código moral coquetear con mi jefa. A no ser que ella me invite a hacerlo, claro está.

Becca se quedó sin respiración. Por un breve instante estuvo tentada de hacerlo. En vez de ello apartó el insinuante dedo de su cara. Sus dedos se entrelazaron ligeramente y no podía apartar la mirada de él.

—No voy a hacerlo —dijo con un hilo de voz.

Deseó no haberle quitado la mano y que su dedo le hubiera rozado los labios. Sin querer bajó la vista hasta su boca e intentó imaginársela pegada a la suya.

—Menos mal, me costaría mucho resistirme.

—¿Si yo te invitara a coquetear conmigo, por qué te resistirías?

No se podía creer que estuviera manteniendo una conversación de ese tipo. Debería haber rechazado su ayuda con el impermeable, haberse hecho con el control de la situación e insistido para salir hacia donde estaba el ganado. Pero, por el contrario, su voz profunda, sus palabras tentadoras y la provocación de su caricia la tenían hipnotizada.

—No eres el tipo de mujer con la que se coquetea alegremente. Eres la romántica más recalcitrante que he conocido.

—No lo soy.

—Cariño, cualquiera que pusiera la cara que pusiste tú anoche cuando te dije que Margot y yo no nos casamos por amor, es una persona romántica.

Apartó la mano con fuerza, le apartó la mano de la rodilla y se irguió sobre el caballo.

Colocándose el sombrero firmemente sobre la cabeza, condujo el animal hacia la izquierda y salió del acogedor granero a la fría lluvia.

Acababa de hacer el ridículo delante de su nuevo capataz. Había pasado años intentando dirigir el rancho de su padre, ignorando las sugerencias hechas por algunos de los vaqueros más provocativos, luchando mucho por sobrevivir en un mundo de hombres y, de repente, casi lo echa todo a perder por culpa de un par de ojos azules y de la leve caricia de aquel hombre.

No era justo.

Josh la alcanzó, con Rampage moviéndose dócilmente bajo la lluvia.

—Enséñame los *longhorns* y luego los de raza mezclada. Después vamos a sentarnos y a calcular lo que puedes esperar de la venta de primavera y cómo vamos a organizaría.

Becca avanzaba al trote. Estaba interesada en comprobar por sí misma cómo funcionaba Josh.

Cabalgaron por toda la extensa propiedad y Josh iba haciéndole preguntas.

Gracias a la formación de su padre, Becca sabía de lo que hablaba y a su vez se sintió complacida por la profundidad de conocimientos que mostraba Josh.

Josh se detuvo bajo unos álamos de Virginia donde la lluvia no penetraba el espeso follaje de sus copas. Metió la mano en una de las alforjas y sacó dos termos.

—Quiero descansar un momento y calentarme un poco. Hoy hace frío.

Ella agarró uno de los recipientes y le desenroscó la tapa. Le llegó un delicioso olor a chocolate caliente. Sonriendo, vertió un poco en la taza y dio un sorbito. Estaba caliente, dulce y espeso.

—Está buenísimo.

Él la observaba mientras bebía. Parecía de nuevo un gatito apurando un tazón de leche. Sacudió la cabeza. ¿Le estaría afectando la lluvia? No debía pensar en Becca en absoluto, excepto como jefa. Sin embargo, no podía dejar de mirarla mientras daba sorbos al chocolate. Le gustaba mirarla, aunque fuera cubierta por

un chubasquero amarillo y un sombrero tejano empapado.

Dio un trago de café caliente y se quemó un poco la lengua. ¡Maldita sea! Tendría que prestar atención en vez de mirar adonde no debía. Tenía que dejar de pensar en lo sedoso que estaban sus cabellos la noche anterior o en lo suave que tenía la piel cuando la había rozado esa mañana.

La había visto mirarle la boca y en ese momento supo que, de haber estado solo allí, la habría besado hasta dejarla medio muerta. Todavía podía percibir una mirada interrogante en sus ojos, un ápice de interés, y pensó que le gustaría ir más allá, pero algo lo retenía. Ella no era de las que coquetean con los vaqueros. Becca se tomaría su interés en serio, mucho más en serio de lo que él pretendía. Y no quería hacerle eso a ella; era demasiado mujer para recibir aquel trato.

—¿Tengo un bigote de chocolate? —preguntó Becca, consciente de que Josh la estaba mirando.

Él sacudió la cabeza, evitando su mirada.

—No. Parece que te gusta el chocolate.

—¡Me encanta! Mucho más que el café.

—Me imaginé que eras golosa después de la rapidez con la que comiste el postre ayer por la noche.

Ella se echó a reír.

—Es cierto. Me alimentaría de tartas y bizcochos si fueran nutritivos. ¿Tienes café en tu termo?

Él asintió.

Le gustó el detalle de que se hubiera molestado en preparar el chocolate para ella.

Cada vez le interesaba más aquel hombre. Era un verdadero enigma: a veces era un vaquero duro y lleno de amargura por la zancadilla que le había puesto el destino, y en cambio otras era la consideración en persona. Se sentía especial cuando hacía cosas como cubrirle las piernas con el chubasquero o llevarle chocolate en vez de café. ¿Cómo habría adivinado que le iba a gustar? No lo comprendía en absoluto, aunque quizá lo lograra en los meses siguientes.

Cuando volvieron a los establos, Becca estaba empapada y tenía frío. Le molestaba menos la nieve que la lluvia, y ya había llovido más de lo normal aquella primavera.

Becca desmontó y se dispuso a descinchar al caballo, pero Josh se acercó y le quitó las riendas de la mano, llevando al caballo junto al suyo.

—¡Oye! —dijo Becca.

—Trent —llamó Josh.

—¿Sí, jefe?

Becca se volvió rápidamente. Ella había sido el jefe allí desde que muriera su padre.

¿Y ahora los hombres llamaban a Josh jefe? Claro, él era su jefe, igual que ella era jefa de él. Le costaría un poco acostumbrarse.

—¿Quieres hacerte cargo del caballo de Becca? Ella necesita una ducha caliente y cambiarse de ropa.

—Un momento —dijo Becca, acercándose a Josh.

—Por supuesto, jefe. Trent sonrió a Becca y se llevó el animal hacia su compartimiento.

—Te contraté para dirigir el rancho, no mi vida —empezó a decir algo enfadada por su prepotencia.

—¿Discutes cada cosa que pasa, señorita Montgomery? Eres la dueña de este rancho, aprovéchate de ello de vez en cuando. No tienes que demostrar nada a nadie. Si tienes frío y estás empapada, ve a cambiarte, maldita sea.

—No le estoy demostrando nada a nadie. Eso ya lo he hecho antes. Pero es mi rancho y soy yo la que tengo la última palabra en cuanto a cómo hacer las cosas. No necesito que nadie se lleve a mi caballo, puedo hacerlo yo solita.

—Entonces, irás a la tumba antes de tiempo. Relájate un poco, Becca. A Trent no le llevará ni un cuarto de hora secar al caballo. Hoy le toca estar en las caballerizas, de todas formas. Estás cansada y tienes frío; ve a calentarte.

Todo resultaba tan tentador. Tenía frío y estaba cansada, y le gustaba que alguien se preocupara por ella. El peso del rancho era demasiado para ella sola y la responsabilidad era enorme. Por un instante acogió con gusto el hecho de poder compartir aquella carga con alguien.

—Me contrataste como capataz, Becca, déjame hacer mi trabajo. Sé lo que pueden hacer los hombres y hasta dónde se puede llegar. Además, así puedes relajarte un poco: yo puedo hacer el trabajo.

—Lo sé.

Había pasado tanto tiempo a cargo de todo que le resultaba extraño delegar en otra persona.

—Ve a calentarte, Becca. Se te están poniendo los labios morados.

—¿Y tú? ¿No tienes frío tú también?

—Claro. Cuando termine con Rampage me daré una ducha rápida antes de subir a hablar sobre la venta.

No había razón para quedarse, con lo que debería darse la vuelta y marcharse inmediatamente. Pero aun así vaciló, buscándole la mirada. Él le tenía agarrado el brazo, el caballo los tapaba por un lado y la pared de los establos por el otro.

—¿Quieres venir a comer? —dijo, aprovechando el momento.

—Sí —la estudió con la mirada.

¿Le estaba ofreciendo la invitación de la que habían hablado anteriormente? ¿Era él lo suficientemente fuerte como para resistirse?

Ella le rozó la mejilla y levantó la mano para que él la viese.

—Tenías una gota de agua —le explicó.

—Tengo agua por todas partes. ¿Quieres limpiar el resto? —su tono de voz se hizo más ronco y su acento del oeste más pronunciado; los ojos le brillaban con picardía.

Dio un paso adelante, obligándola a pegarse a la basta pared de madera.

¿Hasta dónde podía llegar antes de que le diera un empujón y echara a correr?

Lentamente movió la mano que le agarraba el brazo y la colocó en la garganta, acariciándola con el dedo pulgar y notando el pulso, que le corría con rapidez.

Tenía la piel fresca y suave. No dejó de míralo a los ojos, aunque la mano que le rodeaba la muñeca se cerró ligeramente.

—¿Es esto una invitación? —dijo Josh suavemente, mirándole los labios sin disimulo.

Casi podía saborearla. ¿Hasta dónde llegaría el dulzor de su boca?

—¿Esto es tú llamas resistirse?

—Te mentí.

—Me alegro —cerró los ojos y le ofreció su boca.

Josh no era ningún santo. Sin más palabras apretó sus labios

contra los de ella y la beso con pasión.

Capítulo 4

Rampage se movió y rozó a Josh, apartándolo de ella. Josh se apoyó contra el caballo, sin dejar de mirarla a los ojos. Becca se humedeció los labios y miró a todas partes menos al hombre que acababa de besarla.

—Tengo que marcharme —dijo, moviéndose pegada a la pared y alejándose de aquella figura que la observaba sin pestañear.

—Sólo ha sido un beso, Becca —dijo con delicadeza—. No salgas corriendo, asustada.

—Sé lo que ha sido y no me voy corriendo a ninguna parte. Voy a casa a ducharme, cambiarme de ropa y comer. Podremos hablar del asunto del ganado después de comer. ¿Qué te parece la una y media? —dijo, anulando tajantemente su invitación a comer.

Caminó sin parar hasta la puerta, como si la lluvia la invitara a salir. Necesitaba sentir la realidad de lleno para despertar del estado en el que estaba. No había conocido a nadie que besara como Josh Randall. Nunca había reaccionado así a un beso y por eso sintió un miedo terrible. Él era todo un hombre y claramente esperaba que ella se comportara como toda una mujer.

Si el caballo no les hubiera interrumpido no sabía cuánto tiempo se habría quedado allí besándolo, deleitándose entre sus brazos, saboreando aquellos labios. Se humedeció los suyos de nuevo y encontró allí el sabor de su boca. Se llevó los dedos a las mejillas intentando calmar el calor que tenía. El corazón le latía a mil por hora.

Hasta que no recuperara la compostura no pensaba entrar a donde estaba Suzanne.

Cuando el corazón dejara de latirle así y la cabeza dejara de darle vueltas podría continuar. Pero en ese momento la emoción la embargaba y el deseo le derretía las entrañas. Por un instante estuvo a punto de darse la vuelta, pero continuó hacia la casa.

Aminoró el paso hasta que estuvo totalmente segura de que todas las huellas del beso habían desaparecido; luego entró en la cocina. No tenía ganas de que Suzanne le tomara el pelo. Como Josh había dicho, no había sido más que un beso. Pero aun así no era asunto de Suzanne.

¿Por qué todo lo que había precedido a ese beso le había parecido tan natural que la había pillado desprevenida? Se preguntó si habría cometido una equivocación. Ella no coqueteaba con los hombres que trabajaban para ella. Los trataba con respeto y no esperaba más a cambio.

—Has vuelto —dijo Suzanne cuando Becca entró en la cocina.

Llevaba puestos unos pantalones largos de lana y un suéter que se pegaba a ella como una segunda piel. Lucía bonitos anillos en las manos y pendientes de plata.

Estaba sentada a la mesa terminando de decorar una tarta.

—Ya ves.

—¿Va a venir a comer nuestro nuevo capataz hoy también? —preguntó Suzanne, volviéndose para mirar a Becca.

—No —al menos esperaba que él la hubiera entendido; no era capaz de enfrentarse a él tan pronto, necesitaba un poco de tiempo para reforzar sus defensas—. Vendrá esta tarde para hablar conmigo en el despacho. Tenemos que charlar de la venta de primavera.

—Es tarde para este año.

—Lo sé, pero como ha llovido tanto no se ha podido hacer antes. Ahora tengo que seguir adelante siga lloviendo o no.

—Entonces eso significa que tendremos a mucha gente en casa. Me tocará preparar bocadillos y café en grandes cantidades —gruñó Suzanne, volviendo a centrar su atención en la tarta.

—No tienes por qué hacer algo que no quieres —dijo Becca mirando a su hermana.

¿Había dicho en serio lo de marcharse? ¿O quizá lo hacía para llamar la atención?

—Sabes que podrías haber ido a la universidad como Marc.

—No quiero ir a la universidad. Ya tuve bastante con el instituto. Menudo rollo.

—¿Y qué piensas hacer si te vas de aquí? —Becca preguntó llena de curiosidad.

Tenía cosas que decirle a su hermanastra, pero primero quería enterarse de sus planes. Sin saber por qué, jamás se había imaginado que alguno de sus hermanos se marchara. Pensaba que amaban el rancho tanto como ella.

—Cuándo, Becca, no si. Y si la carta de Marc sirve de ejemplo, creo que hay muchas oportunidades de trabajo en California. Quizá

pase un tiempo en Los Ángeles con él.

Seguro que encontraré algo.

—¿No echarás de menos el rancho?

—¿Lo harías tú? Francamente no, Becca. Recuerdo lo triste que estabas la primera vez cuando volviste a casa tras la muerte de tu padre. Te encantaba la facultad. Creo que ésa es la principal razón por la que Marc no ha vuelto. Tú lo animaste porque no podías imaginarte a alguien que no le gustara. ¿Sí Matt no hubiera muerto, habrías vuelto al rancho para trabajar duramente, o te habrías quedado en la ciudad y hecho otra vida? Becca se encogió de hombros lentamente.

—Es cierto que me encantaba la facultad y que tenía otros planes. No había contado con que mi padre desapareciera tan pronto. Las cosas no fueron fáciles.

—¿No te gustaría dejarlo todo alguna vez y probar otra cosa? —Suzanne continuó—.

¿Quizá vender este lugar y ver mundo? Podríamos ganar una fortuna, invertir y no tener que trabajar nunca más.

Becca se volvió para que su hermana no viera el anhelo reflejado en su mirada. Claro que deseaba hacer otra cosa. Habría deseado tener las oportunidades que había tenido Marc, estudiar lo que le gustara e intentar abrirse camino en otro campo.

Deseaba con toda su alma ver algo que no fueran sólo las montañas y los valles de Wyoming.

Pero las cosas eran así y a no ser que se produjera un cambio drástico, probablemente seguirían así el resto de su vida.

Además, se sentía parte del rancho. Era parte de su legado y la tierra que vio nacer a su amado padre. Nunca lo dejaría.

—No, Suzanne. No quiero vender el rancho.

—Bueno, pues yo quiero hacer algo más —continuó Suzanne—. Y quiero hacerlo antes de que sea demasiado vieja para disfrutar de la vida.

—Creo que te vendría bien ir con Marc una temporada —dijo Becca despacio.

¿Dónde más podría quedarse su hermana? Una vez que se diera cuenta de que no había dinero, tendría que reconsiderar sus opciones.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Becca, deseando posponer el

inevitable enfrentamiento.

—Bocadillos. Hace un día deprimente. Creo que iré a la ciudad a que me hagan la manicura; necesito salir de aquí un rato, estoy muy aburrida —dijo Suzanne, abriendo la puerta del frigorífico—. Me apuesto lo que sea a que no me aburriré nunca en Los Ángeles.

La casa estaba silenciosa y solitaria cuando Becca terminó de comer. Suzanne ya se había ido, diciendo que se llevaba un sándwich para comer en la ciudad. Había dejado de llover, aunque el cielo continuaba gris. Becca lavó su plato, preguntándose cómo se las arreglaría cuando se marchara Suzanne. Iba a ser la primera vez que viviría sola. Podría comer con los hombres y así olvidarse de la comida. No le costaría demasiado encontrar un rato para hacer el resto de las tareas de la casa, especialmente si Josh se quedaba de capataz.

Quizá incluso pudiera hacer un par de viajes, dependiendo de cómo fuera la venta de primavera.

Cuando entró en la oficina, Becca ignoró el trabajo que le esperaba sobre la mesa. Se dirigió al pequeño archivador junto a la ventana y abrió el primer cajón, donde guardaba folletos de viajes. Llevaba años guardándolos, planeando adónde ir si tenía oportunidad. Comparando las diferentes ciudades y monumentos, había planeado itinerarios imaginarios hasta el más mínimo detalle.

Sacó la carpeta de Washington DC y contempló fotos de monumentos, parques, museos y edificios públicos.

Guardó los folletos y metió la mano hasta el fondo del cajón. Quizá visitaría Cayo West. Le encantaría ver el océano, nadar en él y saborear el agua salada. El folleto describía un escenario tan fantástico... ¿Sería el viento tan cálido y el sol... ?

—¿Lista? —Josh estaba a la puerta.

Becca se volvió y se le cayó el folleto de las manos.

—No te he oído entrar. Sí, estoy preparada.

Cuando se agachó a recoger el folleto, Josh se le adelantó, mirando las fotos de la propaganda.

—¿Has estado alguna vez en Cayo West? —le preguntó.

—No. ¿Y tú?

Él sacudió la cabeza.

—Pero he estado en California, en las playas y la parte sur del estado. Es bonito.

—Me encantaría ver el océano. No me importa mucho cuál, sólo quiero ver el mar.

Quizá vaya a visitar a Marc y vea el Pacífico —si es que él la invitaba a ir y ella lo perdonaba.

—Me gusta esto —dijo Josh.

—No hace falta compararlo. Algún día me gustaría viajar y ver un poco de mundo.

Eran los planes que tenía antes de morir mi padre.

—¿Por ejemplo? —le preguntó, observándola de cerca como si la respuesta le importara mucho.

—Estaba en la facultad cuando él murió. Tuve que abandonarla para volver a casa a hacerme cargo del rancho. Siempre me he quedado con las ganas de terminar y al menos obtener una licenciatura.

—¿Qué estudiabas?

—Tenía pensado hacer Administración de Empresas, como acabó haciendo Marc.

Nada más empezar tuve que volver.

—Todavía podrías ir a la facultad.

—Quizá —rodeó la mesa y se sentó—. Siéntate. Has estado viendo el ganado,

¿verdad? ¿Qué posibilidades tenemos para el rodeo y la venta de primavera?

Se sentía más segura con la gran mesa separándolos. Hizo un gran esfuerzo por mirarlo a los ojos, aunque en realidad lo que deseaba era volver a mirar un momento esos firmes labios que había sentido hacía bien poco. Le hubiera gustado poder coquetear como Suzanne y tomarse aquel beso con tranquilidad, pero no era capaz.

Tenía ganas de hablar de algo personal, pero el trabajo era lo primero. Y, además, se sentía mejor hablando de negocios.

Josh se descubrió, dejando el sombrero en una esquina de la mesa y se sentó frente a ella con las piernas estiradas y los pulgares enganchados en el cinturón.

—Diría que tienes lo básico para hacer una buena venta. Si reunimos a los novillos más cerca de la casa y los transportamos desde aquí, podríamos hacerlo todo en un par de semanas. ¿Ya han examinado los compradores el ganado?

—Sam Stuart normalmente compra lo que vendo; no necesita ver nada.

Josh frunció el ceño y dejó de balancearse en la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Me compra lo que yo separo del ganado —levantó la vista del cuaderno que había sacado para apuntar todo lo que tenían que hacer.

—¿Becca, me estás diciendo que durante los últimos años te has limitado a llamar a ese Sam Stuart y le has dicho que le enviabas ganado aceptando lo que él quisiera pagarte?

—Mi padre hacía tratos con Sam. Me imaginé que si a mi padre le convenía, también a mí.

Josh cerró los ojos un momento y luego los abrió.

—No viene mal cambiar un poco y comparar, es bueno para los negocios hacer cosas nuevas de vez en cuando.

—¿Por ejemplo?

—Llamaremos a varios agentes de diferentes zonas y que vengan a ver el ganado.

Luego podemos hacer una oferta de lo que quieran comprar y el precio.

—¿Subastar el ganado?

Nunca se le había ocurrido y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—¿Quieres que lo organice? Ella asintió.

—Me pregunto cuántas cosas más me he perdido —dijo despacio.

—No mucho, si puedo tomar de ejemplo lo que he visto hasta ahora.

—Explícamelo —sacó el mapa y lo extendió sobre la mesa.

Enseguida se pusieron a discutir sobre la logística de la venta.

Dos veces le rozó la mano con los dedos cuando fue a indicarle algo en el mapa.

Becca contuvo la respiración ambas veces, deseando actuar con naturalidad y que Josh no se diera cuenta de cómo le aceleraba el pulso. La mano parecía picarle y estaba más pendiente del hombre que tenía delante que de los planes que estaban discutiendo.

—Entonces, ya está —dijo ella, apartándose de su lado.

—¿Cuánto ganaste con las ventas anteriores?

Cuando le dijo el número de cabezas que había vendido y los

precios, Josh apretó los labios.

—Creo que vas a ver un aumento este año.

—No me había enterado que el precio del ganado hubiera subido tanto —murmuró.

Estaba cansada de hablar de ganado. Quería averiguar más acerca de Josh Randall.

Podría invitarle a cenar otra vez. Suzanne ya se encargaría de que no hablaran del rancho. Seguramente, su hermanastra no dudaría en preguntar cualquier cosa que se le ocurriera.

—No ha subido.

—Crees que Stuart ha estado engañándome estos últimos años, ¿no? —de pronto, se dio cuenta de por dónde iban los tiros.

—No he dicho eso. Sólo creo que este año será mejor, eso es todo. Lo sabremos con mayor seguridad después de que vengan los agentes.

Ella asintió.

—Pero entonces tú crees que ganaremos más.

Él asintió con la cabeza, mirándola a los ojos.

—Si consigo un precio mejor, te daré una parte —dijo espontáneamente.

Sin su proceso de subasta sabía exactamente con lo que podía contar de Sam Stuart.

Llevaba tres años pagándole lo mismo.

Josh puso mala cara.

—No es necesario —dijo rotundamente.

—No podría sacar más dinero si no fuera por tu sugerencia.

—Se trata nada más que de llevar el rancho debidamente.

—Bueno, quizá si comparto esa diferencia contigo me sentiré más cómoda para utilizar tu semental —rebatió, sintiendo que le invadía la cólera.

—Maldita sea te dije que podías utilizar a Rampage.

Becca levantó la cabeza y lo miró desafiante.

—No quiero deberle nada a nadie. Rampage es un ejemplar excelente y yo sería una estúpida si renunciara a la ocasión. Pero no voy a aceptar tu caridad, Josh Randall.

Apoyó los brazos sobre la mesa y fijó los ojos en ella, enfurecido.

—No te estoy ofreciendo caridad, señorita Montgomery. Necesito un empleo y tú me has dado uno muy bien remunerado.

Ofrecería los servicios de Rampage a cualquiera con quien trabajara.

Ella pestañeó, retrocediendo una chispa.

—¿Lo harías?

—Sí.

—Gracias —respondió remilgadamente.

Asintió y volvió a estudiarla. Becca notó cómo se ponía colorada. A pesar de intentar no hacerlo, su mirada bajó hasta sus labios. Todavía podía sentir las sensaciones que su beso había engendrado en ella. Al volver a míralo a los ojos vio que él era consciente de lo que ella sentía.

—Si resulta ser un buen año, podrías hacer ese viaje a Cayo West —dijo Josh, abriendo una esquina del folleto.

Becca asintió. ¿Se convertían alguna vez los sueños en realidad?

—Quizá sí, pero hasta entonces queda mucho por hacer.

—Nada fuera de lo común. La lluvia lo hace más difícil, pero tienes un buen equipo.

—¿Dónde tenías el rancho? —le preguntó.

Había cosas que no podía resistirse a averiguar.

—Al sur, en Colorado.

—Entonces hacía el mismo tiempo que aquí.

—Muy parecido. Las lluvias llegan muy tarde este año, pero nos las arreglaremos.

Entonces se puso de pie.

Becca lo observó mientras lo hacía. Era tan alto que parecía una torre a su lado. Ella se levantó también para acortar la distancia entre los dos.

—Sabes mucho de ganado. ¿Por qué no quieres un rancho ganadero? —preguntó, prolongando el momento.

No quería que se marchara; le gustaba estar cerca de él. Sentía algo especial cuando estaba junto a Josh.

—Me gustan los caballos y tienes que reconocer que así no tendría el problema de la lluvia.

Ella asintió, sonriéndole.

—Eso es cierto. ¿Tienes pensado entrenarlos o sólo criarlos para la venta?

Josh se acarició el mentón pensativo.

—En principio quiero entrenarlos y criarlos. Quizá buscaré a

alguien para que me ayude.

—Sí, pero la cría de ganado da mucho dinero.

—Sí, pero a mí me gustan los caballos y trabajar con ellos.

—Los costes en un principio serían muy altos —se acercó un poco a él—. Y quizá tendrías que esperar un tiempo hasta que tuvieras potros para criar.

—Lo tengo todo planeado, Becca. Me llevará un par de años, pero tengo planeado hacerlo bien, en cuanto tenga dinero suficiente para comprarme un sitio. Empezaré con los caballos, trabajaré en otras cosas para pagar los gastos hasta que los primeros caballos estén listos para vender.

Ella lo observaba mientras hablaba y vio que se le iluminaba la cara mientras le contaba algunos de sus planes. Quedaba claro que quería realizar aquel sueño fuera como fuera. Y algún día lo realizaría, estaba segura.

Ella también tenía sus sueños, pero parecía que nunca iba a conseguirlos.

—¿Y tu familia? ¿Pueden echarte una mano? —le preguntó.

—No tengo familia.

—Oh.

¿Qué les habría pasado? ¿Por qué estaba él solo? Ella al menos tenía a Marc y a Suzanne. Y también a Eileen, si estaba lo bastante desesperada como para considerar a su madrastra familia suya.

Él la miró a los ojos color gris llenos de compasión. No la necesitaba; llevaba mucho tiempo solo. Cierto que aún echaba de menos a su madre. Su padre había muerto cuando él era un bebé y no pudo conocerlo. Pero su madre había sido alguien muy especial. Todavía no podía creer que hiciera tanto tiempo desde su muerte. Por un instante se preguntó qué habría pensado su madre de Becca Montgomery.

Sintió algo por dentro y acercó su mano para rozarle la mejilla.

—No hace falta que pongas esa cara tan triste, Becca. Mis padres murieron hace ya mucho tiempo.

—Entonces, aparte de tu esposa, llevas años solo.

Él retiró la mano y frunció el ceño.

—Ex-esposa.

—Todo el mundo necesita tener a alguien a su lado —dijo con suavidad.

Por un momento deseó ser ella la que estuviera a su lado.

—Me ha ido bien solo. Puedo arreglármelas.

—¿Pero con quién compartes los buenos ratos? —persistió.

—Con quienquiera que esté conmigo en ese momento. Además, últimamente no ha habido ratos tan buenos. Aunque espero que vengan tiempos mejores.

—Te casaste con Margot para poder tener a alguien con quien compartir tu vida.

Cuando consigas tu propia hacienda quizá cambies de idea. No querrás construir algo para ti solo, ¿no?

—¿Qué es esto, un psicoanálisis?

No necesitaba que le recordaran cómo estaba. A veces se sentía solo, pero en general tenía bastante trabajo para mantenerse ocupado y muchos planes que idear. Así combatía la soledad.

—No, simplemente siento curiosidad por ti —reconoció.

Josh se incorporó y alcanzó el sombrero. La miró y le dio la tentación de estrecharla entre sus brazos y besarla. Recordó el beso de esa mañana, que para su gusto había concluido demasiado pronto. Pero no pensaba que Becca Montgomery fuera de las que cree que los hombres son de usar y tirar. Y había prometido no relacionarse con una mujer nunca más. Al menos no lo haría hasta que tuviera su vida montada como él quería.

Becca era propietaria de un rancho y necesitaba ayuda. Margot también había sido propietaria de un rancho y también había necesitado ayuda. Becca estaba prácticamente sola, o lo estaría en cuanto su hermana se marchara a California.

Margot también había estado sola.

No repetiría los errores cometidos en su matrimonio. Había aprendido de esa experiencia y sabía lo que quería de ahí en adelante. Aunque deseara besarla y hacerle el amor, sabía que saldría de allí en cuanto ahorrara dinero suficiente para comprarse un rancho. Y cuando se marchara de allí, lo haría solo.

—No hay nada en mí que pueda avivar tu curiosidad —se plantó el sombrero—. No hay nada de lo que debas preocuparte. Les comunicaré a los hombres los planes que hemos hecho y me pondré en contacto con los agentes inmediatamente.

Asintió, evitando mirarlo a los ojos y salió de la oficina. El ruido de sus botas al cruzar la cocina rompió el silencio de la tarde. Cerró

la puerta trasera al salir y miró hacia el cielo. Había dejado de llover y parecía que por fin estaba aclarando.

Había mucho que hacer e iba a ponerse en marcha inmediatamente. Cuanto más ocupado estuviera, menos pensaría en Becca. Aunque no podía dejar de pensar en su oferta de compartir una parte de la diferencia de las ventas con él. Necesitaba alguien que cuidara de ella. No era lógico que le ofreciera eso a un extraño al que acababa de conocer.

Otros hombres podrían aprovecharse de ella. La cuidaría todo el tiempo que estuviera allí. Ella veía todo de color de rosa, aunque quizá el asunto de los hermanos le abriera los ojos. A él le parecía que se habían aprovechado de Becca desde la muerte de su padre.

Sin embargo, aquello no era de su incumbencia, pensaba mientras cruzaba el patio lleno de barro. Estaba allí para trabajar lo mejor posible, ahorrar lo suficiente para su rancho y nada más.

«No hay nada en mí que pueda avivar tu curiosidad». Becca le daba vueltas a aquellas palabras una y otra vez.

—Estás equivocado —dijo en un susurro mientras Josh se alejaba—. Hay mucho de ti que suscita mi curiosidad y tú no has hecho nada para satisfacerla; sólo la has provocado.

Una virtud que Becca había adquirido en los últimos años tras la muerte de su padre era la paciencia. Había esperado pacientemente a que Marc terminara la universidad.

Había lidiado pacientemente con su madrastra cuando ésta dudó tanto sobre qué hacer después de la muerte de su padre y también cuando había considerado volver a casarse. Había tenido la paciencia de un santo con las travesuras de Suzanne durante su adolescencia. Por eso podía permitirse continuar siendo paciente un poco más en cuanto a Josh. Iba a quedarse allí el tiempo necesario para satisfacer su curiosidad.

De pronto volvió a acordarse del beso. ¿Volvería a hacerlo? Inconscientemente se mojó los labios. No podía liarse con cualquier vaquero que pasara por allí, pero un poco de coqueteo no le haría daño a nadie. No estaba acostumbrada a ello, pero era una mujer y se sentía atraída por aquel hombre tan sensual. Podría intentarlo, dejarle claro a Josh que estaba interesada. Le dejaría tomar la iniciativa y ya vería hasta dónde iban a llegar.

Se volvió hacia el escritorio y empezó a meter unas facturas en

sobres, pero le costaba apartar a Josh Randall de su mente completamente.

En unas horas, Josh había conseguido que cinco agentes fueran al rancho a la semana siguiente. Becca llamó a Sam Stuart y le hizo saber cómo pensaba llevar la venta de aquel año. Él no protestó, ni intentó disuadirla de ello, sólo le dijo que iría en un par de días a ver el ganado.

Después de cenar se acercó a los establos a ver cómo estaban los caballos, no porque quisiera toparse con Josh ni con nadie. Al menos eso era lo que se decía a sí misma.

Sin pensar, se dio media vuelta y se dirigió hacia el barracón.

Abrió la puerta y el calorcito de la gran sala la envolvió. Una sola mirada fue suficiente para divisar a Josh sentado a la mesa de la izquierda, jugando al póquer con otros cinco vaqueros. El resto estaban sentados frente al televisor.

—¿Necesitas algo? —preguntó Josh.

—No. Sólo quería decirte que Sam Stuart vendrá mañana a ver el ganado —dijo, aproximándose lentamente a la mesa y mirando a su alrededor.

—Bien. Jed Marshall y Bill Turner vendrán también mañana. Tú ocúpate de Sam y yo lo haré de los otros.

Ella asintió.

—¿Quieres jugar con nosotros la próxima mano, Becca? —le preguntó Trent.

—Claro —arrimó una silla a la mesa y se colocó entre Jason y Trent. Desde aquel ángulo podía observar a Josh y se aprovechó de que estaba concentrado en el juego para hacerlo.

Jugaban con peniques y monedas de cinco y diez centavos. Aun así, Josh estaba concentrado como si estuviera en Las Vegas apostando grandes cantidades. Su cabello negro brillaba a la luz de la lámpara y su rostro estaba en la sombra. Levantó la cabeza y la pilló mirándolo.

Becca no apartó la mirada. La emoción la embargaba y se sentía cada vez más fascinada.

Capítulo 5

Josh barajaba con la misma indiferencia con la que hacía todo. Iba repartiendo las cartas con calma mientras su mirada no se separaba de ella ni un instante. Becca aguantó la respiración, el corazón le latía a toda prisa. ¿Iba a ponerse tan nerviosa cada vez que lo viera?

Guiñó un ojo y se dispuso a hablar.

—Me llevo cinco, los comodines me han traído suerte. Ya podéis soltar el dinero, chicos.

Cada uno de los hombres echó cinco céntimos en el bote.

—No me he traído dinero —dijo Becca.

La mirada de Josh la había dejado sin aliento. Quizá la idea de quedarse a jugar no había sido tan buena.

—Yo te lo prestaré —y en menos de un segundo sacó una bolsita con monedas y la colocó delante de ella.

—Te lo devolveré de lo que gane —dijo muy airosa.

La miró divertido, pero no abrió la boca. Un par de ojos azules se enganchó con uno de ojos grises.

Cuando uno de los jugadores tosió, Becca desvió la mirada. Echó un rápido vistazo a los otros hombres que estaban a la mesa y agarró sus cartas. Durante una décima de segundo se había olvidado de dónde estaba y de que había otros presentes. El mágico encantamiento de la mirada de Josh la había atrapado y todo lo demás había pasado a un discreto segundo plano.

Lentamente colocó sus cartas mientras miraba por encima de las mismas para ver lo que había en la mesa.

La expresión de Josh no varió. Mientras apostaba con los demás hombres su mirada burlona. Pero, cuando la miraba a ella, había algo más en sus ojos.

Según iba pasando el tiempo, Becca se dio cuenta de que Josh era un jugador experimentado. Permanecía tranquilo y bajo control, igual que lo había visto en otras ocasiones.

Deseó adivinar, aunque sólo fuera una vez, lo que estaba pensando.

—Me has dejado limpio, Josh —dijo Trent sin rencor, echando hacia atrás la silla y estirándose.

—Voy a planchar la oreja. Te veré por la mañana, Becca —y haciendo un gesto con la cabeza salió de la sala.

Uno por uno fueron excusándose y saliendo de la habitación hasta que Becca y Josh se quedaron solos. —¿Quieres jugar otra partida? —preguntó él. Echó una mirada al pequeño montón de monedas que tenía a su lado y luego al enorme montón al lado de él. Lentamente le pasó el dinero.

—Creo que todavía te debo cincuenta centavos.

—Te daré la oportunidad de recuperarlos.

—Con la suerte que tienes hoy acabarías quedándote con la M Gandula —levantó los hombros y los movió describiendo círculos para calmar la tensión de estar sentada tanto rato en la misma posición—. Se está haciendo tarde y mañana tenemos mucho que hacer. Me lo he pasado bien esta noche —dijo Becca.

—Te has olvidado del trabajo por una vez, ¿no? —dijo Josh, barajando las cartas lentamente.

—No te creas todo lo que te dice Suzanne. No trabajo todo el tiempo —dijo Becca, embelesada por la forma en que sus fuertes manos mezclaban las cartas.

Eran las mismas manos que la habían montado en el caballo sin esfuerzo. Sin embargo, también sabían ser delicadas, como cuando le había rozado la mejilla o los cabellos. Manos fiables, rudas y llenas de callos.

Quería entrelazar sus dedos con los de él y sentir el vigor de esas manos. Deseaba sentir la sensación que la había cautivado cada vez que la había tocado. ¿Llegaría a sentirla esa noche?

—Gracias por invitarme a jugar. Solía hacerlo cuando vivía mi padre, pero creo que no había vuelto a jugar desde que murió.

—No juegas mal, para ser una chica.

Levantó la mirada hacia Josh con un gesto brusco, frunciendo el ceño al ver cómo la miraba.

—Te hago saber que he jugado mejor que Jason y Trent. Tú simplemente has tenido un golpe de suerte esta noche. Espera a que juguemos la revancha.

—No te juegues el rancho, cariño. Tus ojos te delatan a cada paso. Cuando tienes una buena jugada te brillan de alegría, pero si no, tu mirada se vuelve apagada. No te juegues nunca mucho dinero al póquer.

Ella pestañeó, sin dejar de mirarlo. Le había llamado «cariño».

—Nadie más me ha dicho nada.

—Quizá no te han estado observando con tanto detenimiento como yo.

¿La había estado observando? Un estremecimiento le recorrió de arriba abajo.

—La próxima vez me sentaré a tu lado para que no puedas verme tan bien.

Él consideró su sugerencia.

—Me parece bien. Pero creo que aun así me daría cuenta.

Becca se puso de pie.

—Gracias por el aviso. A partir de ahora, utilizaré gafas oscuras.

Sonrió y se puso de pie, dejando la baraja sobre la mesa.

—Entonces se reflejarán las cartas en los cristales.

—Santo Dios, no hay quien pueda contigo.

—Esta noche no lo has hecho mal.

—Sí, para una chica, ¿no?

Él volvió a sonreír.

—Eres una niña.

—Déjame decirte señor Experto en Póquer que soy una mujer. Hace tiempo que he dejado de ser una niña.

—Eso lo sé.

La agarró y la estrechó entre sus brazos, juntando sus bocas sin más preámbulos.

Tenía los labios calientes y suaves y, antes de que pudiera darse cuenta, Becca le dio la bienvenida con una pasión que hasta a ella misma le sorprendió.

Se olvidó de todo, de los problemas que se le echaban encima, de lo tarde que era y de que hubiera siete hombres en los dormitorios al final de la sala. Las emociones la embargaban al tiempo que Josh presionaba su suave cuerpo contra su musculatura.

Empezó a masajearle la nuca y a recorrerle la espina dorsal de arriba abajo y Becca experimentó un fuerte deseo. El beso se fue haciendo más profundo y Becca se sentía flotar en una nube de delicia. De pronto, el ruido de una puerta cerrándose los separó. Josh tomó una bocanada de aire y la miró con sus oscuros ojos azules.

—Tienes que irte a casa.

—Sí.

De mala gana retiró las manos de sus hombros y dio un paso atrás; la verdad era que no quería que su abrazo terminara.

—Te acompañaré —dijo Josh con voz ronca.

—Me las puedo arreglar sola —se volvió y cruzó rápidamente el salón.

—Nadie ha dicho que no puedas —dijo al alcanzar la puerta a la vez que ella.

Agarró su sombrero de la percha de la pared y esperó a que ella pasara primero.

El fangoso terreno cedía bajo sus pies al caminar. El firmamento estaba claro y las estrellas brillaban como nunca en un cielo sin luna.

Becca prefería que estuviera oscuro. No era capaz de pensar con claridad y no quería que Josh viera algo en su cara que no quería compartir con él. Aquel beso había sido maravilloso, como el de los establos, pero no estaba segura de poder aguantar el ritmo de besarse de noche y luego trabajar juntos al día siguiente como si nada hubiera pasado.

—Deja de amargarte, Becca. Te encuentro atractiva y tú debes de encontrarme atractivo —la agarró del brazo y la obligó a volverse hacia él—. ¿No es así?

Levantó la vista hacia él, pero sólo vislumbraba su silueta bajo un cielo tachonado de estrellas.

—Creo que es obvio —contestó.

—No interferirá en nuestro trabajo.

—Lo sé. No lo permitiría.

—Esto parece una atracción mutua. Podemos seguir trabajando juntos mientras esté aquí. Me alegro que te unieras a jugar con nosotros.

«Mientras esté aquí». Recordó con sorpresa que se le había olvidado que él era un trabajador temporal, contratado sólo durante el tiempo suficiente para ahorrar y comprarse su rancho. No iba a tenerlo allí de por vida, sólo hasta que le llegara la hora de marcharse.

Y era importante que el rancho ocupara un lugar preferente en su vida. Marc la había abandonado y Suzanne quería marcharse. Josh se iría también algún día. Aquel lugar era lo único estable que

le quedaba.

—Me lo he pasado muy bien, pero no estoy segura de que quiera que pasemos mucho tiempo juntos. No se me da muy bien eso de coquetear, tiendo más bien a tomarme las cosas demasiado en serio. No quiero acabar enamorándome de ti, Josh, y me temo que eso podría ocurrir de seguir así.

Bueno, ya lo había soltado. Aguantó la respiración, casi deseando que la tomara entre sus brazos y le dijera que no iba a marcharse jamás.

—Eres demasiado lista para enamorarte de mí, Becca. Sabes que no soy de los que se casan y que no tengo planeado quedarme aquí para siempre. Ya sabes que en cuanto reúna lo que necesito me iré. Sabiendo eso de antemano, tendrás cuidado de no construir castillos en el aire...

—Lo sé —pero mientras lo decía pensaba que nunca se había sentido tan atraída hacia nadie en su vida.

No estaba segura de no perder el norte con él. Un beso más y estaría lista para ofrecerle...

—Yo no podría hacerte daño —dijo apartándole un mechón de pelo y rozándole suavemente la mejilla.

Tenía la voz suave y seductora.

—Supongo que no sería tu intención —contestó ella—. Aun así no creo que sea lo más inteligente. Pronto tendrás que marcharte y...

—No me iré en un par de años. Un rancho cuesta mucho.

—¿Quieres comprarlo al contado? —dijo incrédula.

—Ya te dije que no quería contraer deudas que puedan arrebatármelo si no me va bien.

Becca se encogió de hombros y se volvió hacia la casa, pensando en lo que le había dicho. La luz de la cocina estaba encendida, pero sabía que Suzanne se había ido a la cama hacía mucho. No sabía cuánto tendría ahorrado, pero sí sabía que comprarse un rancho lo bastante grande para sus propósitos requeriría una suma enorme.

¿Cuánto tiempo se quedaría en la M Gandula? ¿Tres años? ¿Cinco?

Se acercaron a la casa en silencio.

—Buenas noches —dijo Becca, poniendo el pie en el primer escalón.

Josh la agarró de los hombros, obligándola a detenerse y a darse la vuelta. Le rozó los labios brevemente.

—Buenas noches, te veré por la mañana.

Se dio media vuelta y volvió a los barracones.

Becca se quedó de pie entre las sombras observándolo hasta que ya no se le veía. No estaba hecho para ella. Aunque se quedara allí, él se dedicaba en cuerpo y alma a perseguir un sueño.

El de Becca era volver a la facultad. A lo mejor había llegado el momento de realizar ese sueño antes de hacerse vieja.

Si Marc hubiera vuelto, al menos podría haber hecho algún viaje. Habría dejado el rancho en buenas manos y quizá algún día podría haber vuelto a estudiar.

Apagó la luz y fue hacia su habitación, rabiosa por lo de Marc. Le habría hecho socio de la M Gandula. La decisión no había sido fácil, pero él se lo merecía.

—Pero tú nunca pensaste en mí, ¿verdad Marc? —se dijo a sí misma mientras se metía en la cama.

Al día siguiente a lo mejor ojearía de nuevo los folletos. Si la venta de primavera iba bien podría hacer un viaje; un viaje muy largo.

Becca había terminado de desayunar y estaba sentada tomándose una segunda taza de té a la mañana siguiente cuando Josh entró en la cocina.

—Buenos días —dijo ella y—de repente se puso nerviosa—. ¿Quieres café? Hay mucho. A Suzanne le gusta y normalmente preparo una cafetera cuando me levanto.

Rara vez tomo café, sólo cuando necesito despertarme bien, prefiero el té. Te puedo hacer una taza de té si quieres; aunque no puedo imaginarte bebiendo Esperó a que se callara. Cuando lo hizo, Josh sacudió la cabeza.

—No empieces a ponerte tonta conmigo, cariño. Nos hemos dado un par de besos, Becca; eso es todo.

Ella asintió, bajando la vista hacia la taza que tenía en la mano. Se estrujó el cerebro buscando algo más que decir, sintiéndose como una imbécil.

Josh cruzó la cocina, se sirvió una taza de café y se sentó frente a Becca, colocando el sombrero en el suelo.

—¿Dónde está Suzanne? ¿Pensaba que cocinaba ella?

—Hace la cena y si está aquí la comida, pero por norma nunca se levanta tan temprano.

—¿Qué más hace?

—La casa. Sólo tiene veinte años.

—Cumplirá veintiuno en un par de semanas. ¿Crees de verdad que se marchará?

Becca se encogió de hombros.

—Lleva hablando de ello varios días. Creo que cuando esté lejos de aquí y vea lo difícil que es conseguir un trabajo sin formación ni experiencia, se dará cuenta de que este lugar no es tan malo.

—¿Qué hay de su parte del rancho? ¿Vas a dejarle que la cobre?

Becca levantó la vista.

—No hay ninguna parte. Mi padre me dejó el rancho a mí.

Josh asintió, como satisfecho por la respuesta.

—Lo sospechaba; y desde entonces tú cargas con los dos, ¿no?

—Le dejó una parte a Eileen, junto con algún dinero. Ella me obligó a que le comprara su parte inmediatamente después de fallecer mi padre, se llevó el dinero y siguió con su vida. Sólo tenía cuarenta años.

—¿Qué vas a hacer con Suzanne cuando te pida el dinero?

—Decirle que no hay nada —dijo lentamente—. Lo más seguro es que se ponga como loca, pero es así.

—¿A qué hora viene Stuart? —preguntó Josh, cambiando de tema.

—Sobre las nueve. ¿Por qué?

—Quiero estar cuando llegue.

—Pensé que ibas a encargarte de los otros dos.

—He cambiado de idea después de observarte ayer por la noche.

Instantáneamente Becca se puso alerta, a la defensiva.

—¿Qué significa eso?

—No quiero que hagas ningún trato con ese tipo sólo porque haya comprado ganado otras veces. Y con lo expresivos que tienes los ojos podrías desvelar cualquier ventaja que pudiéramos tener.

—Eso me molesta. Llevo años haciéndolo bien. No necesito que llegues y me digas cómo llevar este lugar.

—Me contrataste como capataz y yo tengo que cuidar de la M Gandula —su tono tranquilo contrastaba con la cólera de Becca.

—¡Yo soy la M Gandula!

—Dame la oportunidad de realizar mi trabajo, Becca. Especialmente si voy a recibir una parte del aumento de las ventas este año.

Se refería al dinero. Claro, debería habérselo imaginado antes. Quería reunir todo el dinero que pudiera, lo antes posible.

—¿Y no crees que yo pueda hacer el mejor trato?

—No conozco a Sam Stuart. Puede ser un buen hombre que te pague bien porque estimaba a tu padre, o un explotador que se aprovecha de una mujer que no tiene toda la experiencia que necesita.

Abrió la boca para rebatir sus palabras, pero luego la cerró bruscamente. Sam definitivamente parecía más un explotador. ¿Se habría aprovechado de ella durante esos años?

Lo hubiera hecho o no, Josh tenía razón. Ella lo había contratado para llevar la hacienda. Si se ponía en su camino, le entorpecería en su trabajo. Además, tenía que reconocer que tenía curiosidad por ver lo que pasaba y cómo resultaba todo aquello.

¿Ganaría más de las ventas ese año que el pasado?

—Muy bien —concedió de mala gana.

—Puedes venir también, si quieres.

—Por supuesto, vaquero. Si esto funciona, quiero saber cómo hacerlo yo sola al año que viene. Quién sabe cuándo te irás.

—Bueno, bueno, qué acogedor —Suzanne se paró a la puerta para causar mayor impacto.

Llevaba una bata de raso azul pálido, que ensalzaba su preciosa figura. Se había tomado su tiempo para maquillarse y cepillarse el pelo.

—Buenos días. Suzanne —dijo Josh, recorriéndola con la mirada en señal de apreciación.

—De haber sabido que venías a desayunar hubiera bajado más temprano —dijo.

Se acercó a la mesa, agarró una silla y se sentó junto a Josh, sonriéndole.

—¿Has comido ya o quieres que te prepare algo? —le preguntó.

—He comido con los hombres. Sólo estoy concretando un par de cosas con Becca.

Suzanne frunció el ceño.

—Otra vez hablando de trabajo. Francamente, Josh, te

aconsejaría que tuvieras cuidado de no terminar como Becca. Sólo piensa en trabajar y nunca en divertirse.

¿Quieres tomarte el día libre y venir conmigo a la ciudad?

Josh sonrió y sacudió la cabeza.

—Sólo llevo aquí un par de días. Sabes que tengo que impresionar al jefe. Además, vamos a tener mucho trabajo durante las próximas dos semanas.

—El rodeo y la venta de primavera, lo sé —dijo Suzanne.

—Hoy vienen un par de intermediarios a ver el ganado y darnos sus ofertas.

Suzanne miró a Becca.

—¿No se lo vas a vender sólo a Sam, como siempre? Era amigo de Matt; estoy segura que te dará el mejor precio.

Becca se levantó y llevó la taza a la pila.

—Voy a ver qué más hay por ahí. Si Sam me hace la mejor oferta, entonces podrá quedarse con el ganado. Hay mucho que hacer durante las próximas dos semanas, como ha dicho Josh. ¿Puedes quedar con Betty Warner y Joyce Fuller para que vengan a ayudarte con la comida? Haré unas cuantas llamadas hoy para ver quién puede prescindir de algunos hombres para que vengan a ayudarnos.

Becca estuvo a punto de mirar a Josh para ver si eso le parecía bien, pero no lo hizo.

Era su rancho y ella llevaba las riendas.

—Oh, quise decírtelo anoche, pero llegaste cuando ya me había ido a la cama —empezó a decir Suzanne.

—¿Decirme el qué? —Becca se volvió y se apoyó contra la pila.

—Ayer cuando fui a la ciudad me encontré a la señora Brown de la parroquia y me preguntó si podíamos contribuir al certamen de repostería anual. Le dije que sí. Yo voy a hacer una tarta y dije que tú harías unas galletas.

—Deberías habérmelo preguntado antes, Suzanne. No tengo tiempo para hacer galletas.

La joven parecía disgustada.

—No pensé que fuera para tanto. Sólo tienes que hacer un par de bandejas una de estas noches. Yo las llevaré cuando vaya.

—No tengo tiempo —dijo Becca.

—No te he pedido que hagas mucho, sólo unas docenas de

galletas.

—Te ha dicho que no —dijo Josh, alcanzando su sombrero.

—¿Cómo? —Suzanne se volvió a mirarlo.

—Tu hermana te ha dicho que no. Si no tiene tiempo para cocinar para ese certamen, hazlo tú. Tú te ofreciste voluntaria.

Se levantó y llevó su taza al fregadero.

—¿Quién te ha dado el derecho a hablar en nombre de Becca? —preguntó Suzanne.

Se volvió a mirarla con dureza.

—No estoy hablando en su nombre, sólo estoy reiterando lo que ella te ha dicho.

Suzanne se levantó, roja de ira.

—Becca, ponle freno a este vaquero antes de que me enfade.

Becca miró a Suzanne y, por primera vez en muchos años, no se sintió tan responsable.

—Josh tiene razón, Suzanne. No pienso hacer las galletas.

—Pero le dije a la señora Brown que las harías.

—Entonces puedes decirle que no las haré, o hacerlas tú misma. Tengo cosas más importantes en qué ocuparme.

—Pero lo has hecho todos los años.

—Es cierto, y lo haría ahora, pero la venta de primavera va retrasada y estoy muy atareada. La próxima vez que vayas a ofrecer mis servicios como voluntaria consúltamelo.

—¡No habrá una próxima vez! ¡Dentro de dos semanas me voy de aquí!

Suzanne se volvió y salió corriendo de la cocina.

Becca la vio alejarse con desaliento. Pronto tendría que decirle a Suzanne que no iba a sacar nada de dinero de la M Gandula. Pero primero estaba Josh.

—Gracias —dijo sin mirarlo a los ojos—. Nadie se ha puesto de mi lado desde hace mucho tiempo.

—No hay de qué. Sólo le pasa que no hay quién la pare, pero no creo que lo haya hecho con mala intención.

No iba a sentirse molesta porque Josh defendiera a Suzanne. Pero sin saber por qué, había creído que la apoyaría al cien por cien. Suspirando, se volvió. Suzanne era muy bella. Becca intentaba que eso no le afectara, pero a veces le resultaba difícil.

—Iré a buscarte cuando necesite ayuda para reunir el ganado —

dijo, dirigiéndose a la oficina.

Josh la vio salir de la cocina y deseó ir con ella. Parecía demasiado frágil para aguantar el enorme peso de la responsabilidad que tenía.

Se colocó bien el sombrero y salió por la puerta de atrás hacia los establos. Si conocía bien a los humanos se imaginaba la reacción de Suzanne cuando le dijera que no iba a sacar dinero del rancho. Tendría que ayudar a Becca cuando llegara la ocasión.

Se preguntó si le permitiría estar presente cuando se lo dijera a Suzanne o si decidiría excluirlo por ser un asunto familiar. Tendría que insistirle. Después de todo, ella había accedido a dejar el rancho en sus manos. Iba a cuidar de ella como lo hacía con el rancho, incluso si ello significaba protegerla de las rabietas de Suzanne.

Al pasar por la cocina un rato después, Becca se encontró a Suzanne apoyada contra la encimera y mirando por la ventana. Se volvió al oír a Becca.

—¿Te vas corriendo tras tu capataz? —le dijo.

Becca se paró y la miró con recelo.

—Los compradores estarán aquí pronto. Voy a recibirlos y quizá esté fuera el resto de la mañana.

—Ten cuidado con Josh Randall —dijo Suzanne, entrecerrando los ojos mientras estudiaba a Becca.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sospecharía de sus intenciones.

—¿Intenciones?

—Claro. Se pone a auxiliar a la dama indefensa para halagarla. Francamente, Becca, no eres el tipo de chica por la que los hombres se vuelven locos. Y de la noche a la mañana este vaquero machote va diciéndole a todo el mundo lo que vas y no vas a hacer. ¿Por el bien del rancho? ¿O por su bien?

—Yo lo contraté para se haga cargo del rancho.

—Claro. ¿Pero por qué dirigir si puede hacerse dueño de él? Ten cuidado, Becca.

Becca frunció el ceño y salió al porche trasero. Se puso la chaqueta y decidió ignorar las palabras de Suzanne. Se caló el sombrero y fue hacia los establos. No iba a permitir que las sugerencias de su hermanastra la influyeran de ninguna manera.

Estaba dolida por sus duras palabras acerca de su apariencia, pero sabía que era verdad. Los hombres normalmente ni se fijaban en ella si estaba Suzanne presente.

Pero su hermana estaba equivocada. Josh no quería hacerse dueño del rancho. Él quería tener un lugar que fuera sólo suyo.

Al llegar a los establos vio a los hombres de pie junto a dos caballos ensillados. Tenía trabajo que atender y decidió olvidarse de lo que le había dicho Suzanne. Pero la duda empezó a corroerla y según iba avanzando el día más pensaba en ello.

Capítulo 6

Becca no pudo evitar sentir aquella especie de calor al ver a Josh. Se apresuró hacia donde él estaba hablando con un nombre de corta estatura que llevaba un sombrero tejano blanco.

—Becca, quiero que conozcas a Bill Turner. Bill, esta es Becca Montgomery, dueña de la M Gandula.

—¡Hola, jovencita! Encantado de conocerte. He estado charlando con Josh sobre tu rancho. Es un buen terreno de pastoreo. Me apuesto a que crías buen ganado.

—Pues la verdad es que sí. ¿Ha comprado mucho ganado de la zona del Río Wind?

—preguntó.

—Lo hice en el pasado. Paul Robinson me ha vendido durante varios años. También he estado trabajando con Blake Hornblower. ¿Le has preguntado a él si quería ver el ganado? —dijo mirando a Josh.

—No, pero quizá no sea tan mala idea.

—No lo llames y subiré mi oferta inicial un poco más.

Becca miró a Josh, cuyo rostro permanecía tan impasible como cuando jugaba al póquer.

—Veamos el dinero que ofreces inicialmente, Bill. Sabes que tengo otros cuantos agentes que van a venir a ver al ganado y a hacernos sus ofertas.

—Claro que sí, chico. Hiciste lo mismo en tu rancho hace un par de años, si mal no recuerdo. Pero al final logramos hacer un buen trato.

—Es cierto, Bill. Y recuerdo que nos tomamos un par de copas para celebrarlo.

—Bueno, no hace falta que me lo recuerdes. Estuve dos días con dolor de cabeza. Y

tú ni te inmutaste.

Josh sonrió, le hizo un guiño a Becca y sacudió la cabeza.

—¿Estás listo para cabalgar?

—Claro. Me alegro que haya dejado de llover. Odio montar con lluvia. No sé cómo vosotros insistís en trabajar bajo la lluvia en vez de quedaros dentro de casa como la gente civilizada.

—También con la nieve —dijo Becca, y decidió que le gustaba aquel viejo pícaro—.

Estaré encantada de enseñarle el rancho.

—Bueno, no intente engatusarme para que aumente mi oferta. Piense en mi reputación —gruñó de buena fe al tiempo que montaba en el caballo que Josh le había ofrecido.

—Becca sabe más de este sitio que nadie. Puede contarte todo lo que necesites saber acerca del ganado. Pero no habléis de números; yo soy el encargado de eso — avisó Josh.

—Claro, hijo. Ella me camela y tú vienes a darme la puñalada.

Becca sonrió con la broma y se pusieron en camino. Miró para atrás una vez y vio que Josh la seguía con la mirada. Le dijo adiós con la mano y se acomodó sobre el caballo.

Le gustaba Bill Turner. Estuvieron charlando todo el tiempo y él contó algunos episodios muy cómicos que le habían pasado. Ella hizo lo posible por sacarle información sobre Josh Randall.

Si hubiera dependido de Becca, ella le habría vendido el ganado a Bill. Sam Stuart normalmente le hablaba en tono condescendiente, la trataba como si fuera una niña.

Se preguntó cómo se las arreglaría con Josh. Su nuevo capataz era un tipo demasiado arrogante como para aguantar desprecios de Sam. Deseó poder haber estado con los dos en ese momento; le hubiera encantado ver a Josh poner a Sam en su sitio.

Pero no habría cambiado aquellas horas con Bill Turner por nada del mundo. Se enteró de muchas cosas acerca de Josh Randall. Por ejemplo, lo bien que había trabajado en su rancho y cómo lo había convertido en un lugar provechoso. También se enteró de que Margot era alta, rubia y exigente: igualita que Suzanne.

¿Sería que su hermana le recordaba a Margot? ¿Le gustaban las rubias de piernas largas?

—Como le dije antes, señorita, tiene un buen rancho. Y con Josh de capataz pronto será uno de los mejores de la comarca —le dijo Turner cuando volvían hacia los establos.

—Eso espero.

Sam y Josh los estaban esperando cuando llegaron.

—Becca, me alegro de verte —Sam hizo un gesto de saludo con el sombrero y miró a su acompañante mientras desmontaban.

—Sam Stuart, Bill Turner. Él también está viendo el ganado —

explicó Becca.

—Eso me ha dicho tu capataz. Señor Turner —dijo tendiéndole la mano.

Tras las formalidades se volvió a Becca.

—¿Por qué no damos un paseo y discutimos todo esto, Becca?

Miró a Josh, pero no pudo leer nada en su mirada. La observaba tranquilamente bajo el ala de su sombrero.

—Claro.

Recordó el aviso de Josh de no negociar el precio con él. Después de pasar la mañana con Bill Turner, estaba más ansiosa que nunca por terminar con aquel proceso de apuestas. Eso sí, era muy interesante y estaba aprendiendo mucho.

—No me importa decirte, Becca, que me he dado un susto tremendo cuando llego y ese capataz tuyo me dice que estás aceptando apuestas este año. Me ha dejado helado —empezó a decirle Stuart cuando comenzaron a andar.

—Josh me lo sugirió y estoy de acuerdo con él. Tiene sentido en el ámbito de los negocios. Además, me interesa mucho ver cómo funciona todo el proceso.

—Llevo comprando ganado de la M Gandula desde mucho antes de que muriera tu padre. A ti te lo he comprado durante los pasados seis años. Y este año te he dejado que retrasaras la venta por las inclemencias del tiempo.

Becca lo miró. ¿Qué era eso de que le había dejado que retrasara la venta?

—No veo el inconveniente, Sam. Mira el ganado y haz una oferta. Si es la mejor, te lo venderemos a ti. Pero si no lo es, sería tonta de aceptarla pudiendo conseguir más,

¿no crees? —dijo.

Él frunció el ceño y se volvió, mirando hacia Josh con cara de pocos amigos.

—¿Qué sabes sobre este capataz que has contratado? Debes tener cuidado de que no te robe. La M Gandula ha sido un negocio familiar desde que yo lo recuerdo. La familia permanece unida y los extraños normalmente sólo piensan en sus propios beneficios.

La familia permanecía unida. Sam debería haberle dicho eso a Marc y a Suzanne.

Josh había hecho más cosas en el rancho en dos días de lo que

Marc había hecho jamás.

—De haber sabido que necesitabas un capataz, te habría recomendado a un par de hombres que conozco —dijo Sam.

—Ha sido una decisión un tanto repentina. Marc ha aceptado un empleo en California y no volverá para ayudarme con el rancho — dijo.

—¿Qué sabes de Josh Randall? —le preguntó Sam.

Becca se enfrentó a él.

—Sam, aprecio tu preocupación, pero éste es mi rancho y lo llevaré como mejor me parezca. Además, Josh traía muy buenas recomendaciones y me gusta lo que ha hecho hasta ahora, con lo cual se terminó la conversación.

Se volvió y empezó a caminar aprisa hacia el corral. Josh levantó la vista cuando Sam y Becca estaban ya cerca. Algo iba mal pues a Becca se le habían subido los colores y parecía enfadada. Después miró a Sam Stuart y sonrió lentamente. Parecía obvio que Stuart no había tratado a su jefa con demasiado tacto.

—¿Algún problema? —le preguntó.

—Nada que no pueda resolver.

Josh notó que ella se estaba aguantando, pero que seguramente le hubiera gustado darle un empujón en el trasero.

—Josh se hará cargo de las apuestas. A partir de ahora tienes que tratar con él, Sam

—se volvió hacia Bill Turner y le sonrió, tendiéndole la mano—. Ha sido un placer conocerte, Bill. Si convences a Josh de que tu oferta es la mejor, creo que nos veremos a menudo.

Becca se despidió y fue hacia la casa. Cuando la puerta se cerró, los hombres rompieron su silencio.

—Mire Randall, llevo años haciendo negocios con la M Gandula. No sé lo que le ha prometido a Becca, pero no voy a dejar que la engañe —dijo Stuart de repente.

—Oiga, yo en su lugar tendría cuidado con lo que dice delante de este vaquero. No aguanta las impertinencias y usted se está pasando de la raya —dijo Bill Turner en tono jovial—. Josh, hijo, quieres las ofertas por escrito o te vale de palabra.

—Este año las quiero por escrito. En un futuro quizá lo hagamos de palabra, pero por ser el primer año quiero que Becca vea exactamente las diferencias. Así podrá estar segura de que no se la

va a engañar.

—Mi palabra es suficiente —se enfrentó Stuart.

—Por mí también, pero si el chico lo quiere por escrito a mí me parece bien. Te lo traeré mañana.

—Mañana vienen tres agentes más. Me gustaría tener todas las ofertas antes del final de la semana.

Becca se asomó a la ventana. Los hombres seguían hablando. ¿Se estaría perdiendo algo importante? Se sentía mejor por haber dejado a los hombres con Josh. Se había dado cuenta de que las cosas resultaban más sencillas si tenías a alguien que te ayudase. Así le hubiera gustado que hubiera hecho Marc.

—¿Algo va mal? —preguntó Suzanne, apoyada en el quicio de la puerta.

Becca se volvió, avergonzada de que la hubiera pillado mirando.

—No. Sólo estaba mirando si Sam se había ido ya.

—Dios mío, esto es un aburrimiento. ¿Qué vais a hacer cuando termine la venta?

Creo que yo me iré primero a Cheyenne a por algo de ropa. Dudo mucho que en California se lleve ropa de rancho.

—Suzanne...

Tenía que contarle lo del dinero; que esa parte con la que contaba no existía.

Sonó el teléfono. Suzanne contestó y enseguida estaba discutiendo con la persona al otro lado de la línea fecha y hora para ir a cenar. Becca se dio cuenta de que antes de que terminara la semana tenía que hablar con su hermana.

Cuando Becca entró en la cocina a la hora de la cena vio tres servicios preparados.

—¿Tenemos compañía? —le preguntó a Suzanne.

—Le pedí a Josh que cenara con nosotras —dijo, sacando un asado del horno.

—¿Por qué?

Suzanne la miró maliciosamente.

—Sólo porque tú no hagas más que trabajar no significa que los demás seamos igual.

Quería cambiar de rollo. Además, tienes que reconocer que es muy agradable a la vista. Pero no te preocupes, cuando termine la cena puedes irte a la oficina. Yo entretendré a Josh.

Becca sabía que sería muy capaz. Por un instante se sintió deprimida: quería ser ella la que lo entretuviera él le había dicho que le gustaría pasar un rato con ella pero ella lo había rechazado. Eso era algo que Suzanne jamás hubiera hecho. Después de la charla con Turner aquella mañana, sabía que lo más seguro era que Suzanne con su pelo rubio le gustase más que ella.

—Buenas —Josh estaba en la puerta con el sombrero en la mano. Se había duchado y cepillado el pelo. La camisa blanca que llevaba resaltaba el tono moreno de su piel y los téjanos nuevos le ceñían las piernas provocativamente. Incluso se había limpiado las botas.

A Becca le dio un vuelco el corazón, para seguidamente empezar a latirle a cien por hora. De haber sabido antes que Josh iba a cenar con ellas, se hubiera cambiado y maquillado un poco. Intentó sonreír, pero su sonrisa era forzada.

—Hola, Josh. Pasa. Tú te sientas aquí, a mi lado. ¿Quieres un poco de vino? ¿Una cerveza?

Suzanne revoloteaba a su lado, sonriente. La blusa de seda que llevaba puesta hacía juego con el color de sus ojos. Los suaves pantalones de lana color crema realzaban la belleza de sus piernas.

—Una cerveza, gracias.

—Siéntate, ahora te la traigo. La cena está lista, has llegado en punto. ¿Becca, puedes sacar la ensalada de la nevera? Lo tengo todo preparado.

Becca se movió automáticamente. Aquel despliegue de encanto, confianza y coqueteo por parte de su hermana la tenía fascinada. Debería aprender algo, o más bien mucho.

—¿Te llamó Sam Stuart después de marcharse? —le preguntó Josh a Becca cuando empezaron a comer.

—Prohibido hablar de trabajo en la mesa. Durante el día trabajáis, pero ahora estamos aquí para relajarnos y disfrutar de la compañía —dijo Suzanne en tono cortante—. Cuéntanos algo más de ti mismo, Josh. ¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

Josh se la quedó mirando un momento y luego sonrió.

—Tenías razón; siempre trabajando y nunca nos divertimos… ¿Durante toda mi vida?

Casi siempre he trabajado en ranchos. También hice algo de rodeo para conseguir dinero rápido.

—Debe de dársete muy bien hacer dinero. Hay mucha gente que participa en rodeos, pero sólo uno resulta ganador.

—No me fue mal.

—¿Entonces, te has recorrido el oeste con los rodeos?

—No, Suzanne. Competí en algunos en Wyoming y Colorado, pero nunca quise llegar a las finales nacionales.

—Me apuesto a que podrías ir a Las Vegas —dijo, brillándole los ojos al pensar en la ciudad.

—Ya he estado allí —miró a Becca—. ¿Tú has estado en Las Vegas? —preguntó, incluyéndola en la conversación.

Ella meneó la cabeza.

—Lo más que me he alejado del rancho ha sido Denver. La verdad es que nunca he pensado en ir a Las Vegas.

—Ya lo sé, tú quieres ir a Cayo West.

—¿Cayo West? —preguntó Suzanne, mirando a Becca.

—Me gustaría ir a Cayo West —dijo Becca tranquilamente.

—Puedes venir a California a vernos a Marc y a mí cuando tengamos una casa en la playa —le ofreció Suzanne.

—¿Se lo has sugerido? —preguntó Becca.

—No, pero lo haré. Cuéntame lo que más te gustaba del rodeo, Josh. A mí me encantan. Yo siempre voy a los que hay por aquí.

Más bien le encantaban los vaqueros, pensaba Becca. En silencio, observó cómo Suzanne y Josh charlaban y se reían, disfrutando al máximo de la cena. Él no se había reído con ella y la miró muy pocas veces. Se sintió excluida y sola; totalmente sola.

Al final de la cena, Josh desvió la conversación hacia la M Gandula y la venta de primavera.

—Como ya hemos terminado. ¿Por qué no os vais los dos al despacho a hablar de ello de una vez por todas? Yo voy a preparar café y cuando terminéis podemos tomarlo en el salón —dijo Suzanne.

Josh asintió.

—Me parece una buena idea. ¿Qué crees Becca?

Ella se levantó y colocó la silla en su sitio.

—Gracias por la cena, Suzanne, estaba riquísima. No tardaremos.

Caminó delante de él hasta su despacho, consciente de que Josh estaba sólo a un paso detrás de ella. Imaginó que sentía el calor de

su cuerpo. Sabía que se había puesto loción para después del afeitado y sin saber por qué eso la molestaba. No le hacía gracia pensar que fuera a intimar con su hermana.

—Podríamos haber esperado hasta mañana, me imagino —dijo al entrar en la habitación.

A Becca le apetecía dejar de hablar del trabajo durante un par de horas. Había tantas cosas más que deseaba conocer de Josh.

La verdad era que no tenían ninguna relación personal, sólo de trabajo.

Bien, pero la había besado más de una vez, ¿no?

Igual debería haberse resistido, aunque sabía que eso habría sido imposible. Lo que podía hacer a partir de ese momento era guardar las distancias.

Lo malo era que estaban solos en la oficina. Sinceramente no tenían que hablar de nada, pues podían haberlo dejado para el día siguiente cuando llegaran los otros agentes.

—Josh —se volvió para encontrárselo justamente allí.

—¿Sí? —con los dedos le levantó el mentón suavemente—. No hay nada que discutir,

¿verdad Becca?

Sacudió la cabeza, sintiendo el fuego abrasador de sus dedos.

—Me siento halagada.

—¿Halagada?

—Que idearas algo para que estuviéramos aquí solos, sin Suzanne.

Cuando fue a besarla ella no se movió; casi ni respiró. Era como estar en la gloria.

El estridente timbre del teléfono los interrumpió.

—Maldita sea —se acercó a la mesa y descolgó el teléfono.

—¿Qué tal, Becca? Soy Marc.

—Te he reconocido la voz. ¿Dónde estás?

Josh se acercó y observó la expresión en su rostro.

Ella frunció el ceño.

—Es Marc —susurró.

—¿Recibiste mi carta?

—¿No podías haberme llamado? ¿Por qué no viniste a casa? Has hecho muy mal en decirme por carta que no ibas a volver.

—Sí, bueno, me imaginé que intentarías convencerme para que

no lo hiciera y no quería líos.

Josh separó un poco el auricular para poder escuchar lo que decía él también. Pegó su cabeza a la mejilla de Becca. Ella se olvidó de lo enfadada que estaba con su hermano y sintonizó con el hombre que tenía a su lado. Le entraron ganas de colgar el teléfono y volverse hacia Josh: deseaba que la abrazara y le asegurara que compartiría con ella los problemas que se le hacían tan pesados.

—No creo que puedas echarme en cara el que esté algo sorprendida con el giro que han tomado los acontecimientos. Pensé que estabas estudiando ingeniería agrícola.

Ni una vez en los últimos cuatro años me has dicho que no quisieras volver al rancho

—le espetó.

—Déjame en paz, Becca. He aceptado un puesto en una empresa de tecnología punta en Los Angeles y me voy para allá mañana. Necesitamos discutir si quieres comprar mi parte del rancho o si debo ponerla en venta al mejor postor.

Becca notó un tono bravo en la voz de Marc que la dejó sin habla. De haber sido dueño de una parte del rancho se la habría vendido a cualquiera que le hubiera ofrecido una buena suma de dinero. Aquel era su hogar, el rancho que su padre había construido. ¿Y Marc quería dárselo al mejor postor?

—No tienes ninguna parte en el rancho —dijo fríamente, pero llena de rabia.

—¿De qué diablos estás hablando? Matt me dejó una parte. A menudo decía que Suzanne y yo éramos tan importantes para él como tú. No creas que te vas a quedar con mi parte sin darme algo de dinero, querida hermana. Si no me lo das tú, lo obtendré por otro lado.

Becca miró a Josh y vio la rabia reflejada en sus ojos. Josh cubrió el micrófono.

—Dile que vaya a hablar con su madre y que le explique por qué no tiene nada en la M Gandula —susurró.

Suzanne apareció en la entrada llevando una bandeja con tres tazas de café y un plato de galletas de mantequilla. Se paró en seco cuando vio que Josh y Becca estaban compartiendo el auricular del teléfono.

—¿Quién es? —preguntó.

Josh se puso derecho y se separó de Becca.

—Es Marc. ¿Quieres hablar con él? —le preguntó Becca.

Suzanne colocó la bandeja con cuidado en la esquina de la mesa.

—Becca, te lo advierto... —se oyó la voz de Marc.

—Marc, te sugiero que llames a tu madre y le comentes esto. Suzanne y tú erais menores de edad cuando mi padre hizo testamento y también cuando murió —Becca miró a Suzanne; se lo diría a los dos al mismo tiempo—. Mi padre le dejó una parte del rancho a su esposa y lo restante a la hija de su primer matrimonio, es decir, a mí.

Llama a tu madre, Marc, y pregúntale qué ha ocurrido con la parte que heredo.

Cuando Marc le colgó con violencia, Becca hizo una mueca y lentamente colocó el auricular en su sitio.

Suzanne la miró con calma, casi serenamente.

—Déjame adivinar, luego Marc podrá confirmármelo cuando hable con él. Mi madre te vendió su parte cuando Matt murió.

Becca asintió.

—Entonces, no tenemos nada.

Becca se quedó mirándola.

—Tenéis vuestro hogar aquí siempre que queráis.

Suzanne entrecerró los ojos y se puso colorada.

—Tú le pagaste la facultad a Marc, pero no fue de su parte del rancho, ¿verdad?

—No hay partes; yo soy la única propietaria de la M Gandula —dijo lentamente—.

Pero Marc y tú sois mi familia. Mi padre os habría pagado la universidad a los dos, yo sólo hice lo que habría querido hacer él.

—Entonces, he estado viviendo de la caridad durante los últimos seis años —dijo Suzanne, más bien para sí.

—Yo no lo llamaría caridad, Suzanne. Tú eres mi hermana —protestó Becca, y fue a tocarle el hombro.

Suzanne se retiró.

—Hermanastra, Becca. Mi madre se casó con tu padre, pero nosotras no tenemos ningún parentesco.

—Marc, Eileen y tú sois la única familia que tengo —siguió Becca.

—No somos parientes e imagino que, si no hay dinero para

Marc, tampoco lo habrá para mí.

—Tu madre tiene parte de responsabilidad en este asunto —dijo Josh y ambas mujeres se volvieron a mirarlo—. Te sugiero que la llames, como dice Becca. Si hay algo de dinero para ti, ella es la responsable, no Becca.

—Esto es un asunto privado entre Becca y yo —dijo Suzanne—. Te sugiero que te vayas.

—Becca me preocupa.

—Ten cuidado. Becca. Ahora que Josh sabe que eres dueña de todo esto, no sé lo que podría hacer para engatusarte y que le des un cómodo empleo para toda la vida.

—Suzanne...

—Ahora no. Voy a llamar a mi madre.

Se dio media vuelta y cruzó la habitación hecha una furia. Salió y cerró la puerta de un portazo.

—Debería habérselo dicho antes, a los dos —dijo con tristeza.

—Su madre debería habérselo dicho. Cuando abandonó el rancho, debería haberse llevado a sus hijos. Tú eras demasiado joven para carear con esa responsabilidad.

—Eran mi familia.

—Una familia política, cariño. Y si lo que he visto desde que estoy aquí sirve como indicación, tú eres la única que estás engañada con esta unión familiar. Me da la impresión de que Suzanne y Marc van a lo suyo.

—Suzanne es joven y está disgustada. Creo que pensaba que iba a obtener una gran suma de dinero.

—¿Y Marc? ¿Qué excusa vas a inventar para él? Aparentemente te ha mentido durante cuatro años, ha permitido que siguieras contando con él, claro está, hasta que ha tenido su futuro asegurado. Luego te lo hace saber amablemente en una carta.

Becca se dio la vuelta y fue hacia la ventana, desde donde contempló las colinas.

Tenía ganas de llorar, pero se aguantó las lágrimas.

—Son mi familia —repitió suavemente, como si se lo dijera a sí misma—. Si como dices sacamos más dinero de la venta, podría darle a cada uno una parte.

—Te están tomando el pelo, Becca. Tienes que tomar una decisión. Si no les das dinero, podrás descubrir si existe el lazo

familiar que tú crees que existe.

Le habló con dureza, pero era la realidad. Iba a pasarlo mal si pensaba que Marc y Suzanne iban a quererla por otra razón que no fuera el dinero.

—Si el rancho es todo tuyo, te sugiero que te aferres a él. No seas blanda con tu negocio.

El horizonte ya estaba oscuro. ¿Ser propietario de un rancho significaba más para él que tener una familia? ¿O tendría razón Suzanne? ¿Quería Josh que se preocupara por su rancho para quedarse con una parte? Cerró los ojos dolida y confundida.

—Supongo que tu experiencia personal te convierte en un experto en lazos familiares, ¿no? —dijo en tono mordaz.

—Si es que te refieres a mi matrimonio, es un buen ejemplo de cómo no debe ser una familia.

Capítulo 7

Lo siento, no debería haber dicho eso —dijo, apoyando la cabeza contra el frío cristal.

Al acercarse a ella, Josh pensó que su aspecto era joven y vulnerable, como si llevara encima un peso muy grande que la estuviera aplastando.

—De todas maneras tienes razón. Mi relación con Margot no fue ideal. A mí me sentó muy mal vender el rancho una vez que lo había convertido en un lugar rentable.

Nunca imaginé sus planes.

—Como la carta de Marc.

Josh se acercó más y apoyó las manos sobre los hombros de Becca, dándole un masaje suave para que se relajara.

—Igual que la carta de Marc.

—Entonces, estoy sola —dijo con tristeza.

Josh deseó poder hacer algo para cambiar la situación, para hacer que Suzanne y Marc quisieran a Becca y la necesitaran. No podía hacer nada para protegerla de la cruda realidad de la vida.

—No estás sola: tienes un equipo de hombres leales que trabajan para ti. De todas formas, tu hermana se hubiera marchado un día, cuando se casara. Ella vendrá a visitarte, tú misma te casarás algún día. Míralo como parte del camino hacia la madurez —dijo, sabiendo que no la consolaría, pero era lo único que se le ocurrió.

—Para ti es fácil decirlo, tú ya la has alcanzado.

—También he tenido que aprender duras lecciones por el camino —añadió.

—Me gusta cómo trabajas aquí, Josh. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Quizá deberías casarte con alguna ranchera —dijo a la ligera.

Quizá debería planteárselo a sí misma, así no estaría sola nunca más. Él tendría su rancho y ella a alguien que la acompañara.

Él se quedó helado.

—No. Tú serías la única mujer a la que no trataría de conquistar. Recuerda que una vez me casé con una ranchera y no funcionó.

—Yo no tengo planeado reconstruirlo y luego deshacerme de él —protestó, volviéndose para mirarlo.

—¿Qué quieres, Becca? Pensé que estabas deseando viajar.

—Sí, es cierto, quiero viajar. Dios mío, algunos días deseo estar lo más lejos posible de Wyoming. Quiero ver mundo, pasear por una calle en la que no haya estado nunca y escuchar un acento diferente al del oeste americano.

—Yo quiero ser dueño de mí propio rancho. Llevo años de acá para allá; es hora de establecerme y de hacer algo provechoso en mi vida. No queremos las mismas cosas.

Y me niego a tomarle cariño a un lugar que me pueda ser arrebatado en cualquier momento.

—¡No pienso vender la M Gandula!

—Si tienes tantas ganas de viajar, quizá un día decidas vender el rancho. Te darán un buen pellizco, lo suficiente para establecerte en otro lugar.

Becca se frotó la frente. Empezaba a dolerle la cabeza.

—No puedo hacer eso y nunca lo haré. Éste es mi hogar. Es todo lo que me queda de mi padre y no voy a venderlo jamás —lo miró a los ojos—. Pero tienes razón, casarnos sería una estupidez. A ti te gustan las mujeres altas y rubias, y creo que yo no encajo muy bien con esa descripción.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó, quedándose de pronto muy quieto.

—Bill Turner me habló de Margot.

—¿Empezó a hablarte de ella así sin más?

Ella tragó saliva, un poco nerviosa.

—No exactamente. Yo le pregunté.

Él la agarró por los hombros, esta vez con fuerza.

—Me molesta que le hayas interrogado sobre mi pasado.

—Lo hice porque tú nunca me cuentas nada. Esta noche durante la cena has hablado más de ti mismo que desde que nos conocemos. No cuesta mucho confiarse a Suzanne, ¿verdad? Es alta, rubia y muy guapa.

—Ella me ha preguntado. No ha tenido miedo de mostrar interés por mí.

—Y tú le has respondido con rapidez.

—Si querías saber algo, podrías habérmelo preguntado —dijo Josh.

Becca levantó la cabeza y se topó con su mirada.

—No hay nada más que necesite saber. Por favor, déjame marchar. No necesito...

La interrumpió con un beso. Becca tardó dos segundos en cerrar los ojos. Josh la agarró con más fuerza y la apretó contra su cuerpo, deleitándose con el contacto de las suaves curvas. La abrazó sin ceder ni un centímetro, besándola con pasión.

No quería comprometerse con la guapa dueña del rancho, pues no había futuro en esa relación. Pero por una noche se olvidaría de sus objetivos. Esa noche ella estaba triste y desvalida y él la deseaba más que nunca.

Se oyó un ruido en el vestíbulo que le hizo separar su boca de la de Becca. Levantó la cara lentamente, complacido al comprobar que la respiración de Becca era tan irregular como la suya. Volvió la cabeza, pero no vio nada.

Ella lo empujó ligeramente.

—Déjame marchar —susurró.

Él abrió los brazos y dio un paso atrás. Echó un vistazo por la oficina y de pronto recordó que se había dejado el sombrero en la cocina.

—Nos veremos por la mañana. Van a venir tres personas más a ver el ganado. Tu puedes llevarte a uno de ellos.

Becca suspiró con fuerza en señal de asentimiento y Josh y se marchó.

—Mandón —murmuró, mientras escuchaba el ruido de sus pasos hasta que lo oyó salir de la cocina.

Lentamente se apoyó contra el borde de la mesa, necesitaba calmarse. Primero la llamada de Marc, después la escenita con Suzanne y luego le pedía a un vaquero al que sólo conocía de unos días que se casara con ella. Debería sentirse feliz de que la hubiera rechazado. Quizá entonces no la estaría besando para conseguir quedarse con su rancho. Sacudió la cabeza, convencida de que le hacía falta descansar. Ya pensaría en su futuro más adelante. Primero tenían que acabar con la venta del ganado.

No tenía que darle importancia a los besos de Josh. Ella era la última mujer con la que se relacionaría. ¿Acaso no lo había dicho él mismo? Se rozó los labios con la punta de los dedos y suspiró. Mucho se temía que quería más de él.

Los dos días siguientes fueron muy ajetreados. Aparte de las

tareas normales del rancho, Becca pasaba horas con los agentes. Salían a caballo a examinar el ganado y luego discutían el transporte. Ella les iba haciendo preguntas y así aprendió mucho más acerca de todo el proceso. A veces se preguntaba por qué su padre no había conducido las ventas de la misma forma.

En dos ocasiones había sonreído a Josh al sentir que la vertiginosa marcha del trabajo la superaba. Pero él no le había devuelto la sonrisa ninguna de las veces y su mirada había sido tan impasible como cuando jugaba al póquer.

Suzanne estaba enfadada y evitaba a Becca lo más posible. Sólo mencionó que su madre le había explicado lo que había pasado, pero que le enviaría algo de dinero para que se las arreglara durante un tiempo. No era lo que ella había planeado y culpaba a Becca por no habérselo dicho antes. El hecho de que también estuviera enfadada con su madre hacía la situación más insoportable. Becca intentó repetirse a sí misma que no le importaba, que debería haber esperado las reacciones de ambos hermanos.

Josh le estaba demostrando claramente que no podía haber nada entre ellos. Se comportaba tan correctamente como el resto de los vaqueros del rancho. Pero después de los besos que se habían dado, ella no lo miraba igual que a los demás.

Becca tenía tanto en que pensar que casi no le importaba lo que hiciera Suzanne. El frágil vínculo que había entre ellas se había roto en pedazos y Becca no sabía si podría volver a sentir lo mismo.

El viernes por la mañana, inmediatamente después del desayuno, Becca se sentó a la mesa a organizar algunos papeles. Tenía más trabajo de lo normal, ya que llevaba varias semanas sin hacer nada. No le gustaba tanto aquella parte del trabajo de un rancho; prefería mucho más estar al aire libre. Pero sabía que era importante para el negocio y necesitaba adelantar un poco.

—¿Tienes un momento libre? —le preguntó Josh desde la puerta.

Becca levantó la cabeza, con ojos cansados.

—Claro. ¿Qué ocurre? —le preguntó.

Estaba cansada. La mañana se le había pasado volando allí sentada con las facturas y la contabilidad.

Josh dejó sobre la mesa media docena de papeles, se sentó y

balanceó la silla hacia atrás, mirándola con discreto interés.

—Aquí están todas las ofertas.

Becca se apresuró a mirar los papeles. Al ver el primero de ellos se le iluminó la mirada. Lo dejó a un lado y prosiguió hasta que terminó con todos.

—Madre mía —dijo y miró a Josh—. Josh, aunque no venda tantas cabezas como había planeado voy a sacar casi el doble que el año pasado.

Él asintió.

—Y si conseguimos vender lo que hemos pensado, te vas a forrar.

—No sabía que las reses se vendieran tan caras este año —sonrió, mirando de nuevo las cifras.

—La de Sam es la más baja —murmuró.

Josh se quedó callado.

—La de Bill Turner es la segunda más alta. Me gusta mucho más que Jonas Sikes.

¿Podríamos quedarnos con la de Bill?

Josh se encogió de hombros.

—Es tu rancho; tú eliges.

Miró por tercera vez las ofertas y luego escogió la de Bill Turner.

—Me quedo con la de Bill. ¿Qué hay que hacer ahora?

La emoción que sentía la tenía medio aturdida. Con lo que iba a ganar con la venta, no tendría que preocuparse por el dinero durante los meses siguientes. Incluso después de darle un porcentaje a Josh le quedaría más de lo que había sacado ningún año después de la muerte de su padre.

Tendría más que suficiente para hacer un viaje.

—Nos pondremos en contacto con todos para decirles a cada uno lo que corresponda. Mañana bien temprano podremos empezar a reunir el ganado.

—Yo quiero llamar a Bill.

Él le sonrió.

—Y quieres que yo me ocupe de los otros, ¿no? —dijo.

Becca asintió con mirada picara y estuvo a punto de decir que ella lo haría. Pero había contratado a Josh y los capataces se ocupaban del trabajo sucio.

—¿Te importa? —le preguntó dudosa.

Él se echó a reír.

—Cariño, nunca serás una buena jefa si te sientes mal por dar órdenes.

Al ver su sonrisa, Becca sintió un calor por dentro. Por un instante se olvidó del rancho o de la venta que tenían que preparar. Sólo recordó el beso de la noche anterior.

Los vaqueros tenían fama de rompecorazones. Quizá quisiera estar con ella a ratos, pero nunca le había mentido haciéndole falsas promesas. Y ella no pensaba poner en peligro su corazón por un vaquero irresponsable que un día se marcharía. Lo mejor era que mantuviera las distancias.

—Mañana es sábado —dijo—. Eso quiere decir que habrá que trabajar el fin de semana y no creo que los hombres se pongan muy contentos cuando se enteren.

—Lo harán. Quizá puedas darles una pequeña bonificación a cada uno. Podrían tener todo el fin de semana próximo libre. La verdad es que a ti tampoco te vendría mal tomártelo libre. Podríamos ir a Cheyenne.

—No creo. Tengo demasiado trabajo que hacer aquí.

Lo rechazó instintivamente, sin pensar. Nunca había pasado el fin de semana fuera con ningún hombre. No podía arriesgarse con Josh. Tenía que mantener una relación estrictamente laboral para evitar perder el control.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras —dejó de balancearse en la silla y agarró las cartas que estaban aún en la mesa—. Llamaré a los agentes y prepararé a los hombres para mañana. Se supone que va a hacer buen tiempo, con lo que reuniremos el ganado en el valle que hay detrás de la colina al lado del granero. Dile a Bill que traiga los camiones a primera hora del lunes. Si todo va bien, deberíamos terminar a mediodía del martes.

—Josh, me ha parecido oír tu voz —Suzanne entró en la oficina, dirigiéndose al apuesto vaquero, e ignoró a Becca.

Josh se levantó y sonrió a la joven.

—Suzanne. ¿Cómo estás?

—Fenomenal. Te acabo de oír hablar desde el vestíbulo. Me encantaría salir a caballo y ayudaros a reunir el ganado. Me aburro de cocinar todos los días. Claro, ya lo he arreglado para que alguien

se ocupe de la cocina. Betty y Joyce van a venir. ¿Puedo salir contigo?

—Cualquier ayuda nos viene bien. Agradezco tu ofrecimiento —volvió a sonreír—

Vuelve más tarde y dime qué caballo quieres montar.

Suzanne sonrió como una tonta. Becca se la quedó mirando sin pestañear, sintiendo que la invadían los celos. No quería que Suzanne coqueteara con Josh y le sentaba fatal que él galanteara con ella.

—Pensaba que no te gustaba ensuciarte con el ganado —dijo Becca.

Suzanne la miró con rabia bien disimulada.

—Bueno, Becca, quizá ésta sea la última oportunidad que tenga de ayudar en el rancho. Pronto me marcharé. Este ya no es mi hogar, y no creo que pueda pasarme cada vez que quiera.

—Sí que puedes; ésta es tu casa.

Suzanne la ignoró, y se dirigió a Josh.

—Nunca he participado en lo que vais a hacer mañana, pero monto bien y estoy segura de que podré arreglármelas si me enseñas a hacerlo.

Salieron lentamente de la oficina.

Becca bajó la vista. No quería estar celosa de su hermana. Descolgó el teléfono e intentó ignorar el incidente, igual que Suzanne la había estado ignorando durante los días pasados. Al poco rato; estaba hablando con Bill Turnen El sábado por la mañana amaneció soleado y con una temperatura agradable. Tras las tardías lluvias primaverales se agradecía un poco de sol. Becca desayunó de pie junto a la encimera, impaciente por terminar. Quería que todo saliera bien. Repasó los planes y no encontró ningún motivo que la hiciera dudar del éxito de la operación.

Suzanne se unió a ella justo cuando iba a salir.

—Saldré en cuanto desayune.

—Nos iremos dentro de media hora. Si no estás allí, nos marcharemos sin ti —dijo Becca, apurando la taza de té.

—Estaré allí.

Los hombres estaban ya trabajando cuando Becca llegó a los establos. Los caballos estaban ensillados y las alforjas contenían algunos víveres. La actividad aumentó cuando entraron en el patio

unos cuantos vaqueros de varias haciendas vecinas.

A Becca le encantaba la emoción del momento, la camaradería que había entre sus hombres y los vecinos que conocía de toda la vida.

Josh llegó en ese momento, se presentó a los que acababan de llegar, les dijo con quién trabajaría cada uno y trazó un plan para los dos días siguientes.

Becca se mezcló entre el grupo, agradeciendo a todos su presencia y enterándose de las últimas novedades. No se dirigió directamente a Josh, pero sabía dónde estaba en cada momento. En dos ocasiones estuvo a punto de chocarse con él.

Suzanne se unió al grupo mucho antes de que estuvieran todos preparados para salir. Saludó a todos amistosamente, pero no paró hasta que no llegó donde estaba Josh. Becca se volvió, pues no quería ver la cara que ponía él mientras hablaba con Suzanne. Necesitaba concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Ya tendría tiempo suficiente más tarde para preocuparse de una posible atracción entre su capataz y su hermana... y del hecho de que la molestara tanto.

—¿Preparada? —dijo Josh, acercándose a ella.

—Sí, vamos allá.

Caminó junto a ella hasta llegar adonde estaba su caballo y, sin mediar palabra la alzó sobre la montura.

—Puedo yo sola —le espetó, mirando inmediatamente alrededor para saber si alguien los había visto. Sólo Suzanne la miraba con hostilidad.

—Nadie ha dicho que no puedas. Te veré aquí antes del anochecer.

—Vale. ¿Quién viene conmigo?

Se le antojaba un poco extraño tener que preguntar después de haber estado a cargo durante tanto tiempo. Pero por una vez prefería recibir órdenes, así no tendría que pensar ni preocuparse de cómo reunir el ganado. Además, era bueno ver cómo Josh se hacía cargo de las cosas. Si es que alguna vez se marchaba de vacaciones, necesitaba saber que su rancho quedaba en buenas manos.

—Ponte en marcha. Los que te haya asignado te seguirán. Trent y Mike de aquí, el resto son de otros ranchos.

—Muy bien; ten cuidado.

Sonrió con aquel gesto que la volvía loca. Posó la mano un instante sobre el muslo de Becca, transmitiéndole el calor de un hierro incandescente a través del pantalón tejano.

—Ten cuidado tú también, Becca.

Ella sonrió y apretó las piernas contra el caballo. Josh se puso en camino. Confiaba en ella y contaba con que hiciera bien su parte del trabajo. Aquel calor que le envolvía el corazón duró hasta que volvió la vista y vio a Suzanne montando junto a Josh.

Claro, Suzanne tenía pensado ir con Josh.

Becca miró hacia delante y arreó al caballo. Cuanto antes empezaran, antes terminarían.

El martes por la tarde, Becca estaba exhausta. Había trabajado muchas horas y cabalgado hasta que se le entumeció el trasero. Se mostraba agradable con todas las personas con las que hablaba, menos con Josh y Suzanne. Los dos parecían inseparables: Suzanne era como la sombra de Josh.

Al irse a la cama por las noches, Becca tardaba mucho en dormirse, pues se imaginaba a su hermana y Josh juntos. Revivía los besos de Josh y se preguntaba si también estaría besando a Suzanne y engatusándola en la oscuridad de la noche.

Pero, sobre todo, se preguntaba por su propia reacción. Estaba confusa y no sabía lo que quería. ¿Quizá irse de viaje o reanudar sus estudios universitarios? Pronto podría disponer de dinero. Josh era capaz de llevar el rancho, eso lo había demostrado muchas veces. Pero, a pesar de todo, estaba tentada a quedarse. ¿Pasaría entonces tiempo con un vaquero que no quería tener nada que ver con ella porque la situación le recordaba a su pasado?

Con tanto pensar durante la noche no resolvió nada, y lo único que hizo fue no dormir.

De ese modo, amaneció muy cansada.

—Bien, señorita, parece que los dos hemos sacado partido del trato —Bill Turner se unió a ella mientras veía cómo las últimas cabezas eran conducidas dentro del camión.

Becca le sonrió.

—Me alegro que esté contento; se lleva ganado del mejor.

—Lo sé. Ese capataz tuyo sabe cómo conseguir lo que quiere. No sé cuánto sacaré cuando lo venda.

—No sirve de nada quejarse, Bill, el trato está hecho —dijo Josh,

uniéndose a ellos—.

Estas son las últimas cabezas —dijo mirando hacia el camión—. ¿Vas a venir en otoño para ver lo que podemos poner en venta?

—Claro, maldita sea, al menos aunque sólo sea para ver si puedo hacer un trato mejor —replicó gruñendo.

—Has salido ganando y lo sabes —dijo Josh, poniéndose el sombrero y guiñándole un ojo a Becca.

Becca sonrió con aquel tira y afloja que se traían entre los dos. Se animó al ver que Josh estaba muy agradable. Por una vez, Suzanne no estaba pegada a él.

—Aquí tienes, jovencita —Bill se metió la mano en el bolsillo y sacó una libreta de cheques.

Becca lo tomó y abrió los ojos como platos al ver la cifra. La cantidad que rezaba el cheque era aún mayor de la que había esperado, y de miles de dólares más que lo que habría conseguido con Sam.

Josh le dio a Bill una palmada en la espalda.

—¿Quieres que vayamos a tomar un par de cervezas para celebrarlo? —preguntó.

—Hoy no, chico, tengo algunas cosas más que hacer —Bill miró a Becca—. Invita a la chica a salir, ¿no te parece?

—Mañana por la noche voy a invitarla a cenar. Hoy está demasiado cansada, pero esta noche puede descansar —dijo Josh, observando a Becca mientras hablaba.

Becca se ruborizó ligeramente y aspiró con fuerza.

—Me encantaría ir a cenar mañana, si me invitas, claro está.

El corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Le estaba pidiendo Josh que se citara con él?

—Mi querida señorita Montgomery, sería un placer llevarla a cenar mañana por la noche para celebrar el éxito de nuestra venta. ¿Querrá acompañarme?

—Es usted muy amable, señor. Acepto encantada. ¿A qué hora debo estar preparada?

Se echó el sombrero un poco hacia atrás y sonrió.

—Yo diría sobre las seis.

—Llámame cuando vayas a—Cheyenne, hijo —Bill le tendió la mano.

Tras despedirse, Bill se montó en su coche y salió del rancho.

Becca se quedó junto a Josh, no queriendo moverse de allí. Era la primera vez en cuatro días que estaban solos.

Volvió a mirar el cheque.

—No puedo creérmelo. ¿Josh, qué habría hecho sin ti? Esto es más de lo que...

—Si te cuesta gastar dinero podrías compartir un poco con tu hermano y tu hermana

—dijo Suzanne, acercándose a Becca.

Estiró el cuello para ver lo que había escrito en el cheque y abrió mucho los ojos al ver la cantidad.

—Dios bendito. ¿Con quién te has acostado para conseguir tanto?

Becca se ruborizó de nuevo por la pregunta de su hermana. Dobló el cheque lentamente y se lo metió en el bolsillo.

—Bill ofreció un buen precio por las reses —dijo Josh, frunciendo el ceño—. Ha sido un trato limpio de principio a fin. No tienes derecho a hablarle así a Becca.

—Ha sido por culpa del susto —dijo Suzanne, sonriendo—. Y Becca sabe que se lo decía en broma. Todos sabemos que Becca no tiene tiempo para salir con nadie: está demasiado liada con el rancho de su papá. Pero con un cheque así creo que por lo menos podrías invitar a champán para celebrarlo.

—Podría —dijo Becca.

Se alegró al pensar en invitar a champán a todos los hombres, que habían trabajado con tanto tesón.

—Compraremos mañana cuando vayamos a la ciudad —dijo Josh.

—¿Vais a la ciudad mañana? —preguntó Suzanne, suspicaz.

—Voy a invitar a Becca a cenar para celebrarlo.

—Yo quiero ir.

—No, esta invitación es para Becca —dijo Josh con firmeza.

Suzanne miró a Becca con rabia.

—Claro, hay que tener contenta a la jefa, Josh. Te veré más tarde —volvió la cabeza y se marchó enfadada.

—Podría haber venido ella también —dijo Becca lentamente, dolida por el comentario que Suzanne acababa de hacer.

¿Sería esa la única razón por la que Josh la había invitado a salir?

—No. esta salida es para ti. Te mereces pasar una noche fuera del rancho tú sola.

—Si es que se trata de una invitación por caridad…

—¡Maldita sea, tienes una lengua tan larga como la de tu hermana! —la interrumpió Josh.

Dio un paso hacia ella y Becca tuvo que echar la cabeza hacia atrás para seguir mirándolo.

—Quiero invitarte a salir, no hace falta que lo interpretes de esa manera. Ya has dicho que vendrías conmigo y se acabó la discusión.

Quería explicárselo todo, aclarar la situación para que no se enfadara. Pero se volvió y se alejó de ella muy derecho, caminando apresuradamente.

—¿Tengo que arreglarme? —preguntó, esperando aplacar un poco su ánimo.

Josh hizo una pausa y volvió la cabeza.

—Iremos a ese sitio que preparan costillas a la parrilla. Con vaqueros vas bien.

Vaya cita elegante, pensaba Becca mientras lo veía entrar en los establos. Le hubiera encantado una cena a la luz de una vela y acompañada de buen vino. Quizá podría añadir un conjunto de música melódica para después de la cena.

Si iban a aquel restaurante, seguramente estarían de vuelta a casa a las ocho de la tarde.

De camino hacia la casa, Becca se sintió feliz y animada, a pesar de la estúpida discusión. Suzanne tenía razón. Normalmente, Becca no salía con nadie y la cita de Josh sería la primera en muchos años. Aunque fueran a comer costillas a la brasa se lo pasaría bien, se olvidaría del rancho durante unas horas y se dedicaría a divertirse como una loca. Además, salir del brazo de uno de los vaqueros más guapos de los alrededores tampoco le haría daño.

A la mañana siguiente Becca fue a la ciudad. Primero pasó por el banco pues no quería retrasar más el depósito del sustancioso cheque.

De pie en la acera se puso a pensar en los demás recados. Cediendo a un impulso se dirigió al centro. Tejanos Sally era la mejor tienda de toda la ciudad. Vendían de todo, desde monturas y botas hasta elegantes sombreros.

—Hola Becca, hace mucho que no te veo. ¿En qué puedo

ayudarte? —la saludó Sally en persona.

Becca se sintió aliviada al ver que era la única cliente en la tienda.

—Hola, Sally. He venido a la ciudad y pensé en pasarme por aquí. Necesito un par de cosas.

Becca sintió cómo se le subían los colores. Nunca se había comprado ropa para impresionar a un hombre.

—Claro cielo, sólo tienes que pedir por esa boca. Dime si quieres que te enseñe algo.

—Lo cierto es que estoy buscando una blusa bonita. Algo elegante, pero no tanto que no se pueda llevar con téjanos.

—Ya veo. ¿Una cita especial?

Becca terminó por enrojecer hasta las orejas. Asintió, intentando desesperadamente aparentar naturalidad.

—Tengo justamente lo que estás buscando. Ven conmigo —Sally la llevó a la parte de atrás de la tienda y entre multitud de perchas de ropa sacó una blusa de encaje—.

Pruébatela. Me recuerda a las modas antiguas.

Becca se la probó. Era preciosa. Tenía la manga larga con un poco de encaje en los puños. El cuello era cerrado, pero tenía una especie de abertura del mismo encaje en el pecho y eso le daba el toque discreto y femenino que pretendía. Combinada con téjanos quedaría provocativa. Lentamente se dibujó una sonrisa en su rostro; era precisamente lo que estaba buscando.

—Cariño, necesitas unos téjanos nuevos. Esos están gastados — dijo Sally cuando Becca salió del probador a que le viera la blusa—. Y si quieres impresionar a un hombre, deja que te dé un par de pistas.

Cuando Becca volvió al rancho el corazón le latía a toda prisa de la emoción. Había comprado ropa nueva, Sally le había dado unos cuantos consejos de maquillaje y se había perforado las orejas.

Se miró al espejo y sonrió con deleite al ver los aros de oro que le colgaban de las orejas. No podía esperar a que llegara la noche.

Capítulo 8

Un error. Había sido un error invitar a Becca a cenar, pensaba Josh mientras la veía bajar las escaleras de la casa aquella tarde. Llevaba unos téjanos tan estrechos que se preguntaba cómo podía habérselos abrochado. Moldeaban su figura como si se tratara de una segunda piel, marcando las suaves curvas de sus caderas y sus largas y seductoras piernas.

La blusa de encaje blanco parecía tan recatada como la de una señorita victoriana, pero acentuaba su feminidad hasta el punto que deseaba estrecharla con fuerza entre sus brazos y besarla para asegurarse de que era real. Quería sentir la dulzura de su cuerpo contra el suyo y la pasión que nacía en él cuando la tocaba.

Se había recogido el pelo en una especie de moño suelto, dejando caer algunos finos mechones que le rozaban las mejillas. Sus manos deseaban apartárselos tras las orejas y poder acariciar esa suave y rosada piel. Le brillaban los ojos y los labios se curvaban en una sonrisa sensual que lo invitaba a saborearlos de nuevo.

De pronto le llamó la atención un destello de oro. No se había enterado que llevara pendientes. Era el toque final en aquella mujer tan exquisita. ¿Sabría ella cuánto le apetecía agarrarla, llevarla a algún lugar oscuro y hacerle el amor hasta el amanecer?

Frunció el ceño. Tenía que tener presente su meta en la vida. Y tener relaciones con una mujer no era uno de los apartados incluidos en su plan, por muy provocativa que fuera. La situación se parecía demasiado a la que acababa de vivir. Había aprendido la lección gracias a Margot. A no ser que la chica estuviera dispuesta a entregarle una parte de su rancho, no le interesaba. Pero aquella noche era sólo para celebrar la venta, nada más.

—Hola Josh, llegas puntual —Becca sonrió.

Josh carraspeó, dándose cuenta de que Suzanne salía en ese momento del salón.

—Dios mío, Becca, has hecho uso de todos los recursos posibles, ¿no? —dijo en tono mordaz.

—Creo que estás... —se le puso la mente en blanco; sólo se le ocurría besar aquellos labios rosados hasta quitarle el color por

completo—. Bonita.

—Gracias, Josh, me alegro de que lo pienses —por un instante Becca se sintió algo decepcionada de que sólo le dijera eso, pero al ver el deseo reflejado en sus ojos se sintió de nuevo animada y sonrió ampliamente.

Suzanne la miró de arriba abajo.

—¿Adónde vais?

—A Robbie's —dijo Josh, mirando a Suzanne.

Así sería más fácil. Suzanne no le atraía como Becca.

—Mick Barnett me va a sacar a bailar. Pasaros por el Corral Musical después de la cena, ¿vale? —los invitó—. Así nos tomaremos algo.

—Quizá —replicó Josh y volviéndose a Becca le preguntó—. ¿Lista?

Ella asintió, intentando sonreír para disimular. No quería ir al Corral Musical. Le encantaba bailar, pero sabía que Suzanne montaría alguna escenita.

Becca quería tener a Josh para ella sola, aunque sólo fuera por una noche. ¿Acaso era demasiado pedir?

Josh era importante para ella. De pronto, aguantó la respiración. No quería que Josh fuera importante; quería desconectar del rancho, hacer planes y viajar. Cualquier cosa que pasara entre ellos tendría que ser temporal. Se negaba a atarse más de lo que ya estaba. Necesitaba estar libre para realizar sus sueños. Por primera vez desde que muriera su padre se le presentaba una verdadera oportunidad de hacerlo. No pensaba desaprovecharla.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Josh mientras caminaban bajo el oscuro sol del atardecer. El aroma del heno y de los caballos se entremezclaba con la fresca brisa que bajaba de las cumbres de las montañas. Abrió la puerta de la derecha de su camioneta y esperó hasta que Becca hubo entrado para cerrarla.

—Pues sí. He almorzado poco para reservarme para las costillas que preparan en Robbie's; son famosas en todo el mundo, ¿lo sabías?

—No lo sabía. ¿Cómo es que no me he enterado? —dijo, apoyándose con naturalidad contra en borde de la ventanilla.

Sonrió.

—Quizá la fama de Robbie no llega a tantos lugares como

presume él. ¿Cómo te enteraste del sitio?

—Los hombres en el rancho coincidieron en recomendármelo:

—¿Les dijiste que me habías invitado a salir? —por un instante no sabía si estar molesta o no; ella jamás había salido con ninguno de los empleados del rancho.

—Claro. ¿Es que es un secreto?

Ella se puso derecha.

—No.

No le importaría que la ciudad entera se enterara de que Josh Randall la había invitado a salir. No era más que a cenar.

Al momento se sentó en el asiento del conductor y se pusieron en marcha.

—Cuéntame cosas de tu padre —dijo Josh cuando salieron a la autopista.

—¿Mi padre? —a Becca le sorprendió la pregunta—. ¿Qué quieres saber?

—Simplemente háblame de él. ¿Qué es lo que mejor recuerdas?

—Le encantaba reír y amaba la tierra. No le importaba que hiciera mal tiempo en invierno o calor en verano. Pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre. Le gustaban más los caballos que las reses, pero sabía que el ganado daba más dinero.

Josh asintió.

—¿Ha tenido tu familia el rancho desde hace mucho tiempo?

—El tío de mi padre se lo dejó a él. Murió en la guerra. Mi abuelo era veterinario. No era propietario de ningún racho, pero trabajó en ellos durante toda su vida. Creo que fue así como mi padre se aficionó a esto.

—¿Toda tu familia ha desaparecido ya?

—Todos. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. La abuela Mary cuidó de mí hasta que murió, cuando estaba en la escuela primaria. Luego, papá contrató a unas cuantas amas de llaves para cuidarme, hasta que conoció a Eileen y se casó con ella.

—¿Y te gustaba tu madrastra?

Becca se encogió de hombros.

—Es bastante agradable. Quería a mi padre y, aunque no le gustaba el rancho, lo aguantó para estar a su lado. Ella le hizo feliz y eso es algo que nunca olvidaré.

—¿Y tú? ¿Qué pasó con tu familia?

Estaba deseando saber cosas de él. Tenían mucho tiempo para conocerse bien, pero Becca no sabía si todo el que ella quisiera. ¿Cuándo se marcharía del rancho?

¿Tardaría un año, dos años? ¿O se marcharía ella antes? Tenía bastante dinero para viajar sin preocuparse por los gastos. Y Josh sabía llevar el rancho mejor que ella.

—Mi padre murió cuando yo era un bebé. No recuerdo nada de él, excepto que mi madre lo amaba.

Se quedó callado. Los edificios de las afueras de la ciudad aparecieron delante de ellos.

—¿Y tu madre? —insistió.

—Murió cuando yo estaba en la escuela secundaria de un cáncer de pecho. Fue horroroso. No quería dejarme solo. Era la mujer más amorosa y cariñosa que he conocido en mi vida. Todavía la echo de menos y ya han pasado quince años.

—Creo que uno nunca deja de echar de menos a los seres queridos. Simplemente te vas haciendo a la idea de estar solo.

Ella iba a quedarse sola cuando Suzanne se marchara. Marc ya lo había hecho; lo mejor sería que se fuera acostumbrando.

—Al final, con la única persona con la que se puede contar es con uno mismo.

Sabía que estaba pensando en que Margot había vendido el rancho después de trabajar él tan duramente. Se le ocurrió que una traición de tal calibre sería difícil de superar.

—A veces puedes contar con los amigos —se ofreció.

No le gustaba escuchar aquel tono amargo en su voz. Quería que aquella noche fuera divertida y tranquila, pero no parecía haber empezado demasiado bien.

—¿Dónde viviste tras la muerte de tu madre?

—Ella era ama de llaves de un rancho en Colorado. Cuando empecé a ir a la escuela secundaria, el dueño me ofreció un trabajo de media jornada. Seguí viviendo en nuestra casita hasta que me gradué. Luego trabajé para él a jornada completa—durante un par de años. Cuando sentí la curiosidad de ver otros lugares, me marché.

Deseaba abrazar y consolar a un muchacho cuyo último familiar había muerto dejándolo solo a los diecisiete años. Ella contaba veinte años cuando murió su padre, y tenía a su madrastra y a sus

hermanos. Incluso aunque ya no quisieran las mismas cosas, cuando su padre murió estuvieron a su lado.

—Háblame de todos los sitios a los que has ido y de todas las cosas emocionantes que has hecho. Un día pienso viajar, salir de Wyoming y ver muchos lugares —dijo con fervor.

—Como Cayo West.

—Ese será probablemente el primer sitio adonde vaya. O quizá sea Nueva York, o incluso San Francisco. Hay tantos lugares a los que quiero ir que no sabré por dónde empezar.

—Podrías viajar durante toda tu vida y no ser capaz de verlo todo.

—Lo sé, pero al menos veré algo más que el trasero de una vaca.

Él se echó a reír y soltó una mano del volante para tomarle una suya.

—Vente conmigo a Cheyenne este fin de semana, Becca. Veremos otras cosas aparte de ocuparnos del ganado.

Ella aguantó la respiración al pensar en un fin de semana con Josh. Comerían en un buen restaurante y a lo mejor se vestirían de gala e irían a bailar a una elegante discoteca. No sería como bailar en el Corral Musical. Podrían hospedarse en un hotel bonito y utilizar el servicio de habitaciones. Lentamente sacudió la cabeza y pensó antes de abrir la boca, pero la respuesta fue la misma.

—No puedo.

—¿Lo quieres dejar para otro momento?

—Yo... a lo mejor—murmuró, preguntándose de nuevo por qué se lo habría pedido.

No era el tipo de mujer que volviera locos a los hombres, ni de las que tenían relaciones promiscuas.

Y a pesar de su impetuosa proposición de matrimonio de unos días atrás, no quería estar casada con un ranchero. Deseaba ser libre.

Dos minutos después, Josh entraba en el aparcamiento adyacente a Robbie's. El lugar estaba lleno de gente para ser un miércoles por la noche. Pero aun así encontraron una mesa sin problemas. Becca conocía a muchos de los que trabajaban allí.

Consciente de la curiosidad de sus miradas, ella se sentía orgullosa. Sabía que la gente especularía acerca de su acompañante, pero no deseaba ponerse a charlar con nadie. Quería pasar la noche

a solas con Josh.

Becca se empeñó en hacer que Josh no olvidara nunca aquella cita. Después de pedir, le contó historias de su infancia, algunas graciosas y otras de las que había aprendido importantes lecciones. Compartió con él algunos episodios de su vida que raramente había comentado antes.

Él a su vez le contó sobre la vida en el rancho de Colorado, sobre la competición en los rodeos y le habló del Océano Pacífico. Eligió las palabras con cuidado, intrigado por el brillo de sus ojos mientras hablaba de un lugar con el que ella soñaba. Por un momento pensó en la posibilidad de acompañarla en sus viajes. El mundo a través de sus ojos se veía de otra forma, de una manera distinta. Pero él ya se había movido bastante. Ya no era un niño y tenía también sus propios sueños que perseguir. Por mucho que deseara ver aquel brillo en los. ojos de Becca, sabía que tenía que trabajar para conseguir su rancho. Aquello era demasiado importante para él como para relegarlo a un segundo plano.

Becca tuvo cuidado de no mancharse con la salsa barbacoa. Los téjanos elásticos eran muy cómodos y la blusa nueva le hacía sentirse sensual y femenina. Acarició el recuerdo de la mirada de Josh cuando la había visto salir de casa aquella tarde. Se había sentido como nunca. Por un instante deseó, que las cosas no fueran como eran, que no tuviera tantas ganas de viajar y que él ya tuviera su propio rancho.

—¿Preparada para ir a bailar? —preguntó mientras la camarera se llevaba el cheque.

A Becca le cambió la cara y se puso nerviosa. —No bailo demasiado bien —dijo lentamente—. Suzanne tiene razón. No salgo mucho y no he practicado desde hace años.

Él se encogió de hombros.

—No vamos a participar en ningún concurso. Estoy seguro de que sabes bailar un poco. Luego nos sentaremos el resto del tiempo, si quieres.

Se levantó a la vez que él. No quería que la noche terminara, pero tampoco ir al Corral Musical donde Suzanne estaría rodeada de admiradores. Suzanne era rubia y muy linda, justamente un tipo de mujer parecida a Margot.

—No quiero cortarte las alas. Si quieres bailar, puedes hacerlo

—dijo mientras iban hacia la camioneta.
—¿Qué quieres decir?
—Estoy segura de que has bailado con muchas mujeres.
Asintió.
—Después de los rodeos siempre echaba unos cuantos bailes. Las chicas a las que les gustan los vaqueros están siempre disponibles.
—En más de una forma —murmuró.
—¿Cómo? —Josh aminoró el paso y la miró—. Repite eso. Becca.
Ella sacudió la cabeza.
—No era nada. Sólo quise decir que probablemente tienes más experiencia en todo esto que yo.
—¿En bailar? —se volvió y la agarró la barbilla.
La luz del atardecer había desaparecido y el manto nocturno estaba a punto de caer.
—Sí en bailar, entre otras cosas.
—¿Cómo por ejemplo?
Sus miradas se unieron y Becca sintió aquel calor invadiéndola. El corazón le empezó a latir a toda prisa. Él le tenía la mano colocada sobre el hombro y ella no deseaba moverse.
—Sabes perfectamente bien a qué me refiero.
—Sí, pero quiero oír cómo lo dices —le rozó los labios con los suyos sin dejar de mirarla, al tiempo que la besaba suavemente una y otra vez.
Se puso derecho y le dio la mano, entrelazando los dedos, y empezó a caminar hacia la camioneta.
—Bailaremos juntos. Hemos salido a celebrar la venta, ¿no? ¿Y qué es una celebración si no nos relajamos y nos divertimos un rato?
Resignada a ir al local más popular de la zona, Becca asintió con la cabeza. Sólo serían un par de horas; podría soportarlo.
Desde el aparcamiento del Corral Musical se oía tocar al grupo de música country. La canción era tan animada que Becca ya se estaba moviendo antes de bajar de la camioneta. Josh se colocó el sombrero y le puso a Becca la mano en la espalda mientras se dirigían a la entrada del local.
En el interior, numerosas parejas ocupaban la pista de parqué. La música estaba bastante alta en el interior, pero a Becca no le

importó. Se comportaría como la cita perfecta y le haría creer que le gustaba aquello. La música era muy pegadiza y enseguida Becca tuvo ganas de moverse al ritmo, olvidarse de las preocupaciones del rancho y pasárselo lo mejor posible.

—Vamos —tomó a Becca de la mano y la arrastró a la pista de baile.

En cinco segundos estaban bailando juntos, taconeando con los pies y moviendo las caderas muy sonrientes.

Josh bailaba muy bien. Su cuerpo se movía al compás, suave pero masculino. No dejó de mirarla a los ojos y toda su expresión era de lo más viril. Él la deseaba y no quería ocultar el hecho. Su cuerpo se cernía sobre Becca, rozándose con ella, tocándola, tentándola hasta el punto en que le entraron ganas de echarse a sus brazos y exigir que no la soltara jamás.

El ritmo se hizo más fuerte, el ambiente se volvió húmedo y caluroso. La sangre le fluía a toda prisa por las venas, y sintió un calor tremendo, pero muy agradable. Josh la miraba con fuego en los ojos. No podía dejar de mirarlo y sólo podía responderle con su propia mirada de deseo, que estaba segura de que él habría notado.

La canción terminó bruscamente, pero Josh no se movió. Su respiración se tornó irregular y su mirada caliente e intensa. Becca levantó la cabeza para poder respirar mejor. Le apetecía sentarse o salir afuera, hacer algo para calmar el calor.

El grupo empezó a tocar una pieza de blues lenta. Las luces, que ya eran tenues, se apagaron un poco más, dejando el local casi en penumbra. Josh le echó el brazo por la cintura y la estrechó contra su cuerpo lentamente. Becca sintió los músculos firmes y fuertes. Las piernas de Josh se movían entre las de ella y colocó la mejilla contra su sien. El ritmo era tan lento que casi podían quedarse inmóviles y no perder el compás. Jamás se había sentido tan maravillosamente viva.

Levantó los brazos para rodearle el cuello. Sonrió feliz y se pegó más a él.

—Estás guapa esta noche —le murmuró al oído—; suave, femenina, casi virginal.

Aquella última palabra le hizo tropezar y se apoyó contra él con fuerza. Las mejillas le ardían.

Josh se apartó y la miró, dándose cuenta de lo que le pasaba.

—Di una palabra, Randall, y te vas a enterar —lo avisó al ver cómo la miraba.

—Cariño, creo que estoy encantado. ¿Hoy en día y a tu edad? ¿Cuántos tienes?

¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Veintiséis. ¡No quiero ni hablar de ello!

—Sabía que no eras el tipo de chica que va a pasar el rato. Tú estás hecha para el amor, la familia y los niños.

—No. Estoy hecha para ser libre como el viento y viajar a donde se me antoje —protestó.

—Bien —dijo, como si no creyera ni una palabra de lo que estaba oyendo.

Cuando paró la música, el grupo se retiró a hacer una pausa. Se encendieron las luces y Becca dio un paso atrás, pestañeando bajo la clara luz de la sala. Miró a su alrededor buscando una mesa donde pudieran sentarse y tomar algo.

—¡Becca! ¡Aquí!

Se volvió al oír la voz conocida y de pronto se descorazonó. Suzanne había reservado unos asientos en la mesa que compartía con muchos amigos. Había dos sillas libres.

—Te toca salir a escena —dijo Josh, sin quitarle la mano del hombro.

Becca se dio cuenta de que no había dejado de agarrarla en toda la noche, como si la reclamara para sí o como si no soportara el estar separado de ella. A Becca le encantaba; nunca había salido con alguien que estuviera tan pendiente de ella.

Pero aquello cambiaría una vez que estuvieran con Suzanne.

—Me imagino que deberíamos sentarnos con ella, nos ha guardado sitios y todo.

—Te toca salir a escena —repitió, pero cuando echó a andar hacia la mesa se inclinó y la besó en la boca.

—¡Sí! —gritó un vaquero que vio cómo la besaba.

—Estoy marcando el territorio —dijo Josh en voz baja.

Les presentaron a los que estaban sentados con Suzanne, pidieron unas copas y se pusieron a charlar con la gente. La mayoría de los chicos y todas las chicas eran más jóvenes que Becca. Aquellos eran los amigos de Suzanne.

Cuando la conversación se desvió hacia otros temas, Suzanne se

inclinó sobre Josh, prácticamente montándose sobre sus rodillas.

—Vaya pareja más acaramelada —comentó.

Llevaba desabrochados varios botones de la blusa roja de manera que se le veía arte del encaje negro del sujetador al echarse hacia delante.

Becca quería abrocharle la blusa hasta arriba y pedirle a su hermana pequeña que se marchara a casa. Miró el vaso de su hermana preguntándose qué estaría bebiendo.

No cumpliría veintiún años hasta dentro de...

Su cumpleaños era el sábado siguiente.

De pronto se dio cuenta de que no había hecho nada para preparar la fiesta que le había prometido. ¿Cómo podía haber olvidado el veintiún cumpleaños de Suzanne?

Era una fecha muy señalada, un acontecimiento que celebrar. ¿Podría organizar algo con tan poco tiempo? Sólo quedaban tres días. ¿Dios mío, cómo podía haberse olvidado del cumpleaños de su hermana?

—¿Pasa algo? —preguntó Josh y echó la silla hacia atrás, como si quisiera poner más distancia entre él y las dos hermanas.

—Suzanne, tu cumpleaños es el sábado —empezó a decir Becca.

—¿Se supone que es una novedad? Ya lo sé.

Suzanne frunció el ceño mirando a Josh y arrimó su silla a la de él.

—Quería dar una fiesta para ti —dijo Becca.

—Te dije que no quiero ninguna fiesta. Tengo otros planes —miró a Josh y luego a su hermana—. En realidad, voy a estar fuera todo el fin de semana.

Antes de que Becca pudiera preguntarle acerca de sus planes el grupo empezó de nuevo a tocar. La gente saltó a la pista y se colocó en fila, dispuesta para el famoso baile tejano.

—Venga, Josh, baila conmigo —dijo Suzanne.

—No necesitas pareja para este baile —dijo, mirando hacia los grupos que se iban formando.

—Venga, será divertido. No te importa, ¿verdad Becca? Sé que no te sabes los pasos, pero me juego el cuello a que Josh sí —insistió Suzanne.

Él le sonrió y asintió.

—Entonces, ve a bailar. Yo me acabaré la copa. Vamos, Josh —

dijo Becca, deseando de todo corazón que no se levantara.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó, acercándose a ella.

—Para nada —mintió y sonrió forzadamente.

—¡Venga! —Suzanne se levantó, le agarró del brazo y fueron hacia la pista. Al momento se escucharan los primeros compases de la conocida música y la hilera de gente empezó a moverse al mismo tiempo. Contemplar aquel espectáculo tan bonito era una delicia.

Becca miraba a Josh con envidia. Tenía la cara sonriente y feliz; se sabía todos los pasos y no se equivocó ni una sola vez. A veces Suzanne estaba a su lado, otras de frente y otras detrás. Su esbelto cuerpo llevaba a la perfección los movimientos de Josh como si llevaran años practicando. Hacían una pareja perfecta. Ambos eran altos, ella tan rubia y él tan moreno...

El baile duró tanto que Becca tuvo ganas de irse. Pensó en marcharse a casa, pero no tenía manera de hacerlo y no le apetecía montar un numerito. Además, pronto se irían y nunca volvería a salir con él.

Cuando la canción terminó, Suzanne se lanzó sobre Josh y automáticamente él la agarró para que no se cayera. Inclinó la cabeza para oír lo que le dijera. Becca apretó el vaso que tenía en la mano, aguantándose para no lanzárselo a la pareja.

Apartó la mirada adrede, pero no sin antes ver a Josh mirando por encima del hombro de Suzanne.

—¿Quieres otra cola, cielo? —la camarera se detuvo junto a ella.

—Sí, por favor.

—Están tocando una para nosotros, Becca —Josh se acercó a ella.

—Me van a traer otra bebida —dijo, mirando a los que bailaban.

Le agarró del brazo, levantándola de la silla.

—No te enfurruñes. Sólo he bailado una con Suzanne.

Rabiosa, levantó la vista.

—¡No estoy enfurruñada!

Él sonrió.

—Pues lo disimulas muy bien. Venga, éste sí que lo sabes bailar.

Suavemente la llevó hasta la pista donde muchas parejas iniciaban otro animado baile tejano.

Becca y Josh cerraron el local. Josh bailó todo el tiempo con ella, incluso le enseñó un poco del complicado baile de Tejas. Rió y

la provocó, demostrando que aquella noche ella era su pareja. Se negó a volver a bailar con Suzanne o con ninguna de las demás chicas que estaban a la mesa.

Becca estaba felizmente agotada cuando la ayudó a subir a la camioneta. Después del duro trabajo de los días pasados y la larga velada, tenía ganas de irse a la cama. No le había costado olvidar el baile entre Josh y Suzanne, ya que el resto de la noche se lo había dedicado a ella. Sonrió al recordarlo.

Durante el camino a casa no hablaron. La luna, muy alta en el cielo, iluminaba las montañas bañándolas de plata. Josh encendió la radio y escucharon música country.

—Me lo he pasado de maravilla —dijo Becca cuando se detuvo junto a la puerta de atrás de la casa y apagó el motor. Cuando apagó las luces la oscuridad fue completa.

No había ninguna luz en la casa y los hombres se habían ido a la cama hacía horas.

—Me alegro de que haya sido así, Becca. Eso era lo que yo quería —Josh se colocó de lado en el asiento y empezó a acariciarle la nuca.

—Si la venta de otoño sale tan bien como ésta, podremos salir otra vez y celebrarlo —dijo sin aliento.

No sabía exactamente qué hacer. A lo mejor debería darle un beso de buenas noches y marcharse. Se lo había pasado tan bien que la mejor manera de terminar la noche sería con otro de sus besos.

Pero no tenía ganas de que aquella noche terminara.

—No hace falta que esperemos tanto, ¿no crees? —dijo suavemente.

Mientras le acariciaba la nuca, la atrajo hacia sí.

—Supongo que no.

—Muy bien.

Se quitó el sombrero y lo colocó sobre el salpicadero. Al momento sus labios buscaron los de ella. La estrechó contra su cuerpo y empezó a besarla.

La luz de un vehículo iluminó el interior de la camioneta y Becca se separó de él, entrecerrando los ojos para ver quién acababa de entrar.

—Vaya momento que ha elegido tu hermana para llegar —gruñó

Josh.

Se puso el sombrero y salió para abrirle la puerta a Becca. En ese momento, Suzanne y Mick aparcaban junto a ellos.

—Nos habéis ganado por unos minutos —dijo Suzanne alegremente—. ¿Quieres entrar a tomar una última copa, Josh?

Él miró a Becca.

—Esta noche no —le rozó los labios y se volvió para conducir hasta el barracón—. Te veré por la mañana.

Suzanne despidió a Mick y esperó a Josh junto a la camioneta. Cuando llegó junto a ella, Suzanne murmuró unas palabras. Becca se quedó en la puerta, intentando oír lo que le decía, pero no fue capaz. Irritada consigo misma Becca se volvió y entró en la oscura cocina.

No se entretuvo en encender la luz y subió directamente a su dormitorio. Cuando llegó a la ventana, la camioneta de Josh iba ya de camino a los barracones. Bueno, al menos no habían estado charlando largamente, pensaba mientras se desvestía Quizá debiera hablar con Suzanne y decirle que a juzgar por su comportamiento hacia Josh parecía que fuera detrás de él.

Se metió bajo las mantas sabiendo que nunca iba a decirle nada a su hermana. Él había bailado con ella toda la noche, excepto un baile. Cerró los ojos, sonriendo plácidamente al recordar los bailes lentos.

Era inevitable que a la mañana siguiente hubiera un ambiente algo decepcionante. La venta de primavera había dejado exhausto a todo el mundo. La alegría inicial de los beneficios conseguidos ya se había pasado. Becca preparó un cheque a cada uno de los vaqueros y uno de más cuantía a Josh. Nunca hubiera ganado tanto dinero si no hubiera sido por su insistencia en hacerlo mediante el sistema de apuestas.

Tras firmar su cheque, se preguntó cuánto le faltaría para comprar el rancho. Era casi como una traición a sí misma darle más dinero, pues no haría más que adelantar su marcha.

Aquella marcha que parecía tan inevitable.

Capítulo 9

El color del cielo era de un azul brillante. Becca se caló el sombrero para evitar el resol. La brisa que olía a pino y a álamo de Virginia, le acariciaba las mejillas. El principio del verano en Wyoming era maravilloso. Se detuvo un momento y aspiró el perfumado aroma del aire.

Las colinas estaban cubiertas de abundante hierba verde, que la convertía en alimento de primera calidad para el ganado. Las recientes lluvias habían limpiado todo el polvo y tanto la casa como el barracón estaban brillantes.

Becca se sentía en paz consigo misma. Su padre había adorado aquel rancho y ella hacía lo mismo con tal pasión que se sorprendía a sí misma. Amaba aquel lugar,

¿pero era suficiente para ella? Había tantos sitios por conocer y llevaba tanto tiempo deseando salir de Wyoming. ¿Se estaría resignando a no moverse de allí?

Lentamente volvió a los establos. Llevaba los cheques con la bonificación metidos en el bolsillo de la camisa, pues quería repartirlos aquella mañana. Al día siguiente algunos de los hombres irían a la ciudad después de terminar su trabajo y el sábado se marcharían todos. El fin de semana sería más agradable si se los entregaba en ese momento.

Al entrar en el silencioso edificio Becca se detuvo un instante, hasta que sus ojos se hicieran a la oscuridad.

—Hola Becca. ¿Puedo hacer algo por ti? —Jason salió del cuarto de los aperos con una maraña de riendas en la mano.

—Estoy buscando a Josh —él era el capataz y quería que entregara él los cheques—.

¿Está por aquí?

—Está con los demás en la pradera. Sé que envió a Trent a que fuera a ver cómo estaba la valla junto al río.

—Lo buscaré —dijo y se dirigió al compartimiento de Stoney.

Todavía notaba los músculos algo entumecidos de la cantidad de horas que había pasado a caballo, sin embargo, lo arreó para que cabalgara con rapidez. El viento le golpeaba la cara y una sonrisa se le dibujó en el rostro. Tenía muchas ganas de volver a ver a Josh.

Una hora después vio a Mike y le preguntó si sabía dónde estaba el capataz. Nada más decírselo se dirigió hacia el oeste de la finca.

Lo vio al coronar una colina. Estaba arrodillado haciendo algo. Su caballo estaba pastando allí cerca de él. Aminoró al paso y de pronto sintió una tremenda timidez.

Tenía que verlo, pero más bien porque ella notaba esa urgencia, no porque realmente le fuera preciso. Él iba a volver al rancho a cenar y podría haberle entregado los cheques entonces.

Cuando oyó el ruido del caballo levantó la vista. Al ver a Becca se puso de pie, observando cómo se acercaba. El sombrero le ocultaba parte del rostro, con lo que Becca no pudo leer su expresión.

—¿Ocurre algo? —preguntó cuando Becca estuvo más cerca.

—En realidad, no. ¿Qué estás haciendo? —se detuvo pero no bajó del caballo.

Al mirarlo, el corazón empezó a latirle muy deprisa y por un momento se preguntó si él era capaz de adivinar lo que sentía. Ciertamente tenía que sospechar el por qué de su llegada. Becca se ruborizó.

—He encontrado esta maraña de alambre oxidado y lo estoy atando para poder llevármelo. No quiero que el ganado se corte con él —había un trozo de alambre espinoso junto a sus pies.

Becca desmontó del caballo con facilidad.

—¿De dónde ha salido? —preguntó mirando a su alrededor con el ceño fruncido—.

La valla más cercana esta a más de quinientos metros.

—¿Quién sabe? —se encogió de hombros—. A juzgar por el óxido debe de llevar años aquí. Quizá se cayera de alguna camioneta la última vez que se reparó esta sección.

—Puede ser —siguió mirando el alambre retorcido, deseando tener el valor de andar hasta él dándose aires y decirle lo bien que se lo había pasado la noche anterior. Le encantaría sonreírle hasta que él se inclinara y la besara.

—¿Becca?

—¿Sí? —se atrevió a mirarlo brevemente.

El color de sus ojos hacía juego con el del cielo. Entonces dejó de pensar.

—¿Es que me estás vigilando? —se adelantó un paso y la miró

con ojos perspicaces.

—Claro que no. ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—No sé, pero la cara que has puesto es como si algo no fuera bien.

Intentó componerse para ocultar las emociones que la embargaban. Pestañeó y lentamente se volvió hacia el caballo.

—¿Recuerdas lo que te dije del póquer? —dijo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Qué no puedo disimular mis sentimientos?

—Simplemente no se te da muy bien esconder las cosas. Estoy seguro de que podrás hacerlo con algo de práctica.

—¿Y es que necesito ocultarte algo? —le preguntó.

Poco a poco la atrajo hacia sí, cerrando cada vez más el espacio entre los dos.

—No sé, Becca. ¿Qué quieres ocultarme?

Ella vaciló. Temblando entre sus manos, bajó la vista hasta su boca, como invitándole a que la besara de nuevo. Necesitaba proteger sus sentimientos, su corazón, y levantar una barrera entre los dos. Él le había dicho que no era para ella. Pero deseaba sus besos mucho más que protegerse de ellos.

—Quizá quiera esconder el hecho de que quiero estar contigo más que con ninguna otra persona.

—No —dijo mientras la abrazaba.

—¿No?

—Es la novedad. Eso es todo.

Ella sonrió tímidamente.

—¿Estás intentando convencerme a mí o a ti mismo?

—A los dos, creo —le apretó el abrazo—. A mí también me gusta estar contigo.

Demasiado, pensaba al tiempo que abrazaba su menudo cuerpo. Durante un rato la agarró sin soltarla mientras miraba las colinas vacías. Los otros estaban trabajando y no había razón para que fueran hacia allí, pero quería asegurarse de que estaban solos antes de ceder al deseo que se revolvía dentro de él.

Becca le acarició tímidamente la nuca, entonces Josh empezó a besarla. El fuego que se prendió entre los dos hizo que Becca abriera la boca dándole la bienvenida. Él aguantó la respiración; la deseaba con una intensidad que lo sorprendió.

El sombrero de Becca cayó al suelo y el de Josh lo hizo al segundo. El tacto de sus dedos acariciándole el pelo hizo que Josh deseara sentirlos paseando por todo su cuerpo. Igual que ansiaba recorrer el de ella, palpar la suave textura de su piel.

Josh sintió que ella empezaba a acariciarle la cara. Lentamente fue bajando hasta la mandíbula y el cuello. Se volvió sin separarse de ella. Si iban a echarse sobre la hierba, no quería que fuera junto al alambre oxidado. Así fueron dando vueltas, repitiendo los movimientos de la noche anterior, y se alejaron un poco del alambre, los caballos y los sombreros. Así, si las piernas le fallaban, sólo la cálida hierba de verano sería su colchón.

Becca encontró el primer botón de la camisa y empezó a desabrochárselo torpemente.

A Josh le subió la temperatura cuando le metió la mano por debajo de la tela y sintió que le acariciaba el musculoso pecho.

Sonriendo sin dejar de besarla, hizo lo propio con ella y empezó a desabrocharle también la camisa. Su piel era como terciopelo caliente. Sus dedos hicieron una pausa en la base de su cuello, donde encontró el rápido latido del pulso. Pero no era suficiente. Dejó de besarle la boca para hacerlo en aquel punto, para sentir el latido de su corazón contra sus labios.

Becca gimió con sensualidad y echó hacia atrás la cabeza.

Josh sabía que tenía algo más de práctica que ella. Con agilidad le desabrochó los botones de la camisa, apartándola hacia los lados y deslizando ambas manos sobre su piel.

—Josh —murmuró.

—¿Sí?

Becca sabía dulce como la miel. Le estaba volviendo loco. La cabeza parecía darle vueltas; su aroma lo envolvió con frescura.

—Quiero sentir tu cuerpo contra mi piel —dijo Becca con impaciencia.

Se separó un poco y se abrió la camisa sin desabotonarla. Un botón salió volando hacia un lado, pero a Josh no le importó. Ella tenía los ojos febriles, vidriosos por el deseo que la quemaba, mirando extasiada las curvas de sus músculos. Le empezó a acariciar delicadamente, como si fuera de porcelana.

Josh le agarró una mano, presionándola con fuerza contra el pecho.

—Yo también deseo sentirte, cariño.

La empezó a besar otra vez y en dos segundos encontró y desabrochó el cierre del sujetador. Cuando sus senos estuvieron al descubierto, Josh la apretó contra su pecho. Era una mujer dulce, femenina, y los suaves gemidos que emitía le encantaban.

Se agachó para recostarse en la mullida hierba y su fresca fragancia a tierra los rodeó.

La acariciaba por todas partes con la punta de los dedos y seguía con la lengua.

Se metió uno de sus pezones en la boca, deseándola cada vez más. Quería absorber cada centímetro de su cuerpo y hacerla suya para siempre.

¡Maldición!

Josh se apartó. Ella lo volvía loco. Había estado a punto de olvidarse de todo en su necesidad de amarla.

¿Amarla? No, imposible.

Se sentó, apartando las manos de aquel cuerpo tentador.

—¿Josh? —Becca se incorporó, sorprendida por las emociones que se agolpaban en su interior. Había tocado el cielo y lo sabía. Sus besos la habían dejado casi inconsciente y le abrieron las puertas a las maravillosas sensaciones que marcaban cada centímetro de su cuerpo. Cuando le había lamido los pezones, Becca supo que era lo más exquisito que había sentido en su vida.

Pero en ese momento Josh estaba sentado junto a ella, con la cara entre las manos.

Vio los surcos de sus costillas y el estómago liso. Estiró el brazo y tímidamente se lo acarició. Él se apartó bruscamente.

—¿Josh? ¿Qué te ha pasado? —se incorporó del todo, cerrándose la camisa sobre los pechos desnudos.

—Dios, Becca, puedes volver loco a cualquier hombre —murmuró al tiempo que se peinaba con los dedos—. Hasta un santo perdería el control estando contigo.

—¿Y es eso malo? —preguntó atemorizada.

¿Qué era lo que había pasado? Por un glorioso instante pensó que le iba a hacer el amor. Deseaba que lo hiciera, para poder sentir su cuerpo junto a ella y el éxtasis que sabía que podría proporcionarle. Pero en ese momento se comportaba como si no quisiera ni verla.

—Sí, es malo —dijo, volviéndose por fin a mirarla.

—¿Por qué? —dijo sin entenderlo.

¿Cómo podía ser que algo tan maravilloso y especial fuera malo?

Al ver la angustia reflejada en el rostro de Becca, la expresión de Josh se suavizó. Fue a acariciarla, pero al darse cuenta de lo que estaba haciendo retiró la mano. Se puso de pie con agilidad. Se ajustó los téjanos, caminó hasta donde estaban los sombreros y levantó el suyo del suelo. Aunque estaba de espaldas a ella se dio cuenta de que se estaba abrochando la camisa.

—No lo entiendo, Josh. ¿He hecho algo malo?

Era tan novata en el tema que podría haber hecho miles de cosas mal. Pero si él se lo dijera, lo aprendería y la próxima vez lo haría bien.

—No —se agachó a por el alambre enrollado.

—Si te vas así sin más, nunca te lo perdonaré.

Se abrochó el sujetador y la camisa todo lo aprisa que pudo.

Josh se volvió y la miró fijamente.

—¿Qué quieres Becca? ¿Que me disculpe?

—No. Quiero una explicación —con mucha rabia fue a donde estaba su sombrero.

Lo miró a los ojos, pero él había adoptado su cara de jugador de cartas.

—Debería ser evidente —dijo.

—Bueno, pues resulta que estoy un poco confundida.

Él aspiró profundamente.

—Becca, eres una mujer muy bella.

Becca tragó saliva y se quedó mirándolo. Era la primera vez en su vida que le decían que era bella. Lo más que le habían dicho era bonita, pero Josh pensaba que era bella.

—Pero quieres cosas que yo no quiero y yo necesito otras que tú no puedes darme.

No pienso entablar otra relación con una mujer que es dueña de un rancho y que necesita a alguien que la ayude a llevarlo. Quiero un lugar sólo para mí.

Ella se volvió, pues no deseaba oírle decir eso. ¿Qué tenía que ver aquello con lo que había estado a punto de ocurrir? Miró la hierba aplastada y por un segundo se estremeció al recordar lo que acababa de pasar allí.

—No necesitas que un vaquero que está de paso te arruine la vida tontamente —continuó Josh.

—No, es cierto.

—Siento haber perdido el control.

Becca miró al cielo pensativa. Tenía ganas de llorar, pero se contuvo con resolución.

—La culpa ha sido tan tuya—como mía —dijo con franqueza.

—Me mantendré alejado de ti.

—No hace falta. ¿Qué quieres de mí, Josh? ¿Tendrá Suzanne razón al decir que quieres parte del rancho? ¿Quieres que te ceda una parte?

La miró rabioso, abrió la boca para decir algo y la cerró al instante, luego se dio media vuelta.

A Becca le entró miedo pues le gustaba estar con Josh. Aprendía mucho de él y lo necesitaba, durante el tiempo que fuera a quedarse.

—No te vayas —sollozó suavemente.

Querría decir más cosas, clamar contra un destino que le había hecho ver el cielo y luego se lo arrebataba. Pero no lo hizo y sabiamente se quedó callada. Se caló el sombrero con fuerza y fue hacia el caballo. Al fin y al cabo, él no había negado su acusación.

—Oh, casi se me olvida —dijo, metiendo la mano en el bolsillo. Sacó un fajo de cheques y se los entregó con la cabeza bien alta—. Se me ocurrió que, como eres el capataz, debes repartirlos tú.

Agarró los cheques, teniendo andado de no tocarla.

—Los repartiré esta misma noche.

—Cuando quieras.

Se montó y arreó su caballo. Quería irse lo más lejos posible de él y proteger sus maltrechos sentimientos. Había pasado de las altas cumbres del placer a las profundidades de la vergüenza en sólo cinco minutos.

Nunca le había gustado nadie tanto como Josh Randall. Lo encontraba atractivo en más sentidos que físicamente. Él la escuchaba y le enseñaba cosas que jamás hubiera aprendido ella sola. Le gustaba su suave forma de hablar y cómo trataba a los hombres. Ellos también lo respetaban. La noche anterior se había portado maravillosamente con ella, haciéndole olvidar las responsabilidades del trabajo. Se había preguntado si volverían a

salir alguna vez, aunque ya no parecía probable.

Había sido una imbécil al exponer su corazón al dolor. Pero la verdad era que no comprendía a aquel hombre. ¿Estaría intentando conseguir parte del rancho? No lo creía. No podía creerlo, pero aun así no había negado su acusación.

Su mente voló hasta la pradera donde habían estado a punto de hacer el amor.

Frunció el ceño. Había conocido a muchos hombres, pero no se podía imaginar que hubiera deseado que ninguno de ellos la acariciara ni la besara los pechos.

En cuanto guardó el caballo se dirigió al despacho. Sacó los folletos de viaje y se sentó para hacer planes muy serios. El dinero de la venta de primavera la mantendría durante mucho tiempo, y tenía bastante para hacer un viaje.

—Esta noche friego yo —se ofreció Becca mientras rebañaba del plato la salsa de la carne asada.

—Si quieres —contestó Suzanne, recostándose en la silla.

—La cena estaba riquísima.

—Gracias.

Becca apuró el vaso de té helado observando a su hermana. Ciertamente tenían mucho más de qué hablar que las forzadas palabras que habían cruzado durante la cena.

Pero Suzanne estaba todavía disgustada por no ser propietaria de una parte del rancho y no le importaba demostrárselo a Becca a cada oportunidad.

Mientras aclaraba la vajilla y la iba colocando en el escurreplatos, Becca se preguntó por qué las cosas no habían salido según sus planes. Si Marc hubiera vuelto al rancho le habría cedido una parte. Quizá Suzanne se hubiera quedado y ella le hubiera entregado también algo.

O bien, como dijo Josh, su hermana se podría haber casado y no necesitar así ninguna parte del rancho.

Si Marc hubiera vuelto jamás habría contratado a Josh. Pero mientras colocaba el último vaso se preguntó si hubiera deseado perder la oportunidad de no conocer a Josh Randall.

Como si le hubiera llamado con el pensamiento, Josh apareció a la puerta. Suzanne lo vio primero.

—Pasa, Josh. Llegas a tiempo para el café —le sonrió con

dulzura y se puso de pie, como si le fuera a echar los brazos al cuello. Becca se volvió, sorprendida.

—No me puedo quedar mucho, Suzanne. Gracias de todas formas. Tenemos una partida de póquer dentro de un rato —miró a Becca—. ¿Tienes un momento?

—Me encantaría jugar con vosotros. Marc me enseñó a jugar —dijo Suzanne, coqueteando como siempre. Josh sonrió y asintió.

—Baja al barracón y diles a los hombres que te den cartas a ti también. Estaré ahí dentro de un momento; necesito hablar con Becca.

—No tardes o quizá no quede nada por ganar —Suzanne miró a su hermana triunfante y se marchó.

—¿Para qué me necesitas? —preguntó Becca, agarrando un paño para secarse las manos.

—Es por esto —se metió la mano en el bolsillo y sacó un cheque. Ella lo miró. —¿Qué ocurre?

—Eso quisiera saber yo. Mira la cantidad. —Sé cuál es la cantidad. Es un porcentaje de la diferencia en ingresos de lo que esperaba de la venta —dijo tranquilamente.

—Es demasiado —continuaba con el cheque en la mano. —No hubiera hecho tanto dinero si se lo hubiera vendido de nuevo a Sam. Te lo has ganado. Has hecho cambios en el rancho que a mí jamás se me hubieran ocurrido. Necesito aprender de ti el tiempo que te quedes. Tú sabes mucho acerca de un rancho.

—Es parte de mi trabajo, Becca. No necesito que me sobornen para quedarme a trabajar en un sitio.

—No es un soborno.

—¿Entonces qué es? No te aclaras. Por una parte me dices que quieres que me quede, pero si sigues dándome un par de cheques más así tendré más que suficiente para comprarme un rancho.

—Y eso es muy importante para ti, ¿no? —preguntó—. El estar sólo, quiero decir.

Ten cuidado, Josh, no es tan bueno como lo pintan.

—¿A qué te refieres?

—Yo estoy sola ahora. Marc no va a volver y Suzanne se marchará pronto. Tengo más tierra de la que necesito y nada más. Estoy un poco sola. Por eso te digo que tengas cuidado con lo que ansias, porque quizá lo consigas. Y a lo mejor no va a ser

exactamente lo que buscabas.

—Es lo que busco, estoy seguro. —Muy bien, entonces toma el cheque. Yo creo que te lo has ganado. Así te falta menos para conseguir tu precioso rancho.

—Y tú, con el dinero de esta venta, tienes suficiente para viajar.

—Eso es —dijo alegremente.

Parecía como si Josh quisiera decirle algo más, pero no le importaba.

—Será mejor que vuelvas al juego. Vaciló un instante.

—¿Quieres venir?

—No. Tengo otras cosas que hacer. Como por ejemplo desear poder jugar al póquer con él. Deseaba que no le tuviera tanto miedo a las mujeres propietarias de un rancho.

Josh se dio media vuelta y salió. Becca se quedó un buen rato apoyada contra la encimera. Luego subió lentamente a su dormitorio pues se sentía cansada, agotada.

Quizá lo que le hacía falta era irse a dormir pronto.

Pero no se durmió. Se quedó tumbada en la cama, contemplando cómo el cielo iba oscureciendo, al igual que sus propios pensamientos. Estaba confundida. Más tarde oyó a Suzanne riendo y el murmullo de voces bajo su ventana. No entendió lo que decían, pero reconoció la voz de Josh. Su hermana volvió a reír y le dio las buenas noches.

A pesar de ello, Becca no pudo dormir. Al final se dio por vencida y bajó a la oficina.

No había nada mejor que la contabilidad para aburrir a cualquiera. Cuando por fin le entró sueño, era ya bien tarde.

El viernes Becca fue a la ciudad para comprarle un regalo de cumpleaños a Suzanne.

Por ser su veintiún cumpleaños buscó algo especial. Cuando vio un pasador dorado con un pequeño diamante en el centro, supo enseguida que a su hermana le encantaría.

Al volver a casa, Becca montó en su caballo y fue a ver cómo iba el vallado de la parte sur. Necesitaba mantenerse ocupada y no tenía ganas de ver a nadie. Se sentía inquieta. Sabía que esa misma tarde Josh tenía planeado marcharse a Cheyenne a pasar él fin de semana. Aquel fin de semana que le había pedido que compartiera con él.

¿Sería demasiado tarde para cambiar de opinión? Quizá alejarse durante un fin de semana de las responsabilidades del rancho fuera precisamente lo que necesitaba.

Podrían relajarse de la tensión de los dos últimos días. Ella le demostraría que no esperaba más de él que una amistad. No esperaba que la amara o se casara con ella.

Eso le aterrorizaba y la verdad era que lo comprendía después de su experiencia con Margot.

Y ella también tenía sus propios sueños. Iba a salir de Wyoming a ver mundo. Pero primero tenía que decidir si se atrevía a arriesgar un fin de semana.

Cabalgaba cada vez más lejos de la casa, deseando poder dejar de pensar.

Becca se quedó por los campos todo el día y ya estaba bien avanzada la tarde cuando entró en los establos. Desmontó de su caballo y lo cepilló bien: después lo dejó suelto en el corral y se dirigió hacia la casa. Le hacía falta una ducha. Después de cenar se sentaría un rato en el porche. Hacía una temperatura muy agradable y la puesta del sol era el momento del día que más le gustaba para sentarse y pensar.

Becca se secó el pelo con una toalla y se puso los téjanos nuevos. Sonrió al mirarse al espejo al ver lo bien que le ceñían las caderas y las piernas. Buscó una parte de arriba algo diferente a su atuendo habitual. No quería ponerse la blusa de encaje para estar por allí, pero le apetecía ponerse algo que no fueran las camisas de algodón.

Encontró una blusa rosa y se la puso, encantada con lo bien que le sentaba.

—Adiós, Becca, nos veremos el domingo por la noche —gritó Suzanne desde el piso de abajo.

—¿Suzanne? —Becca corrió a las escaleras, pero sólo consiguió escuchar el portazo de la puerta de la cocina. Corrió a la ventana de su habitación, y al mirar se quedó helada. Suzanne estaba con Josh, dándole su bolsa de viaje. Josh le abrió la puerta, riendo por algo que Suzanne le había dicho.

Becca no podía moverse. ¿Suzanne se iba con Josh? ¿A pasar el fin de semana? Se quedó mirando mientras Josh daba la vuelta por delante de la camioneta y se metía en el vehículo. Segundos después se habían marchado y sólo quedó el suave ronroneo del

motor que se alejaba. Minutos después reinaba el más absoluto silencio.

El dolor que le atravesó el corazón no tenía nada que ver con el dolor físico. ¿Josh se había llevado a Suzanne a Cheyenne a pasar el fin de semana? ¿El mismo fin de semana que en principio la había invitado a ella? No podía creerlo. Lentamente se dio la vuelta y se sentó en el borde de la cama. ¿Qué había pasado?

Creía que le gustaba estar con ella, pero que temía encariñarse con otra ranchera por lo de Margot. O a lo mejor sólo le había hecho caso para conseguir hacerse con parte del rancho y ya se había dado por vencido.

Cuando Becca se levantó de la cama era totalmente de noche. Bajó a la cocina y se preparó algo de comer, pero acabó tirando a la basura más de la mitad del sándwich.

Debería haber aceptado cuando Josh se lo propuso.

El fin de semana se le hizo eterno. Becca no hacía más que mirar el camino de entrada a la finca para ver si llegaba la camioneta de Josh, aunque no sabía con qué cara iba a recibirlos. Suzanne tendría expresión triunfante y Josh sonriente por haber pasado un fin de semana fabuloso. No podría soportarlo, en parte porque quería a Josh para ella sola y en parte porque había rechazado la oportunidad de pasárselo bien.

Ni sus queridos folletos y revistas de viajes lograron acaparar su interés.

—Eres una imbécil y una cobarde —murmuró para sí mientras intentaba ocuparse con el trabajo del rancho.

La mayoría de los hombres se habían tomado el fin de semana libre. Algunos se quedaron descansando en el rancho y otros fueron a la ciudad. Pero Becca se negaba a relajarse ni un minuto. Incluso mientras trabajaba no podía dejar de imaginarse a Suzanne y Josh juntos. No quería arriesgarse a saber qué pasaría si se sentara un momento.

Ya era tarde cuando volvieron el domingo por la noche. Becca oyó la camioneta y se quedó tumbada en la cama, como anestesiada. No tardaron mucho en despedirse pues Suzanne entró en la cocina un par de minutos después. Tarareando una canción, subió las escaleras con rapidez y se metió en su dormitorio.

Becca tiró de la manta hasta arroparse la cabeza e intentó

olvidar todo lo que no le dejaba conciliar el sueño.

Capítulo 10

Becca se preparó para lo peor cuando a la mañana siguiente oyó a Suzanne saliendo de su dormitorio. Había preparado el desayuno lo más rápidamente posible para que no se despertara. No tenía ninguna gana de escuchar a su hermana contándole lo bien que se lo había pasado el fin de semana.

Suzanne entró en cocina con un conjunto de bata y camisón de lo más sensual. Becca se la quedó mirando.

—Bonito, ¿verdad? —dijo casi susurrando—. Es un regalo de cumpleaños, claro. ¿No te parece maravilloso? —empezó a bailar, dando vueltas para que la diáfana tela flotara a su alrededor—. Gracias por el pasador. Lo encontré sobre mi almohada cuando llegué anoche.

—¿No crees que es un poco transparente para llevarlo por aquí? —le preguntó, pensando que en vez de un pasador debería haberle comprado un pijama de franela

—. Podía entrar alguno de los hombres.

Becca sintió algo de envidia. Ella nunca había tenido nada tan sexy y femenino.

—Es raro a estas horas —dijo Suzanne con los ojos brillantes—. Y si entrara alguien, probablemente no vería nada que no hubiera visto antes.

Becca se puso colorada. ¿Estaba sugiriendo su hermana que… ?

—Tengo que trabajar —dejó la taza en la encimera con rabia y fue hacia la puerta.

—Pues claro que tienes que trabajar, Becca querida. Es todo lo que tienes, ¿no? Tu trabajo —Suzanne lo dijo en tono dulce, pero Becca sabía que sus intenciones eran las contrarias.

Se volvió y se encaró con ella.

—Siento que tu madre no quisiera conservar la parte del rancho que tenía. Yo le pagué bastante dinero por ella. Debería habéroslo dicho hace muchos años. No tienes por qué pagar tu frustración conmigo.

Suzanne fingió sorprenderse.

—No tengo por qué estar enfadada, Becca. Después de todo acabo de pasar un maravilloso fin de semana en Cheyenne. Me

alegro de no ser dueña de un rancho. Si un hombre me pide que vaya con él a pasar el fin de semana, soy libre para hacerlo.

¡Puedo pasármelo bien y no convertirme en una mártir por un maldito pedazo de tierra!

Becca tragó saliva y no supo qué decir. Se quedó mirando a la chica que había compartido su hogar con ella durante años, la joven que había sido la hermana que Becca siempre deseó. Pero en esos momentos sólo veía a una mujer egoísta, con una sonrisa llena de rencor y los ojos llenos de odio.

Sin decir ni una palabra, Becca se dio media vuelta y fue hacia los establos. Se tropezó una vez y se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se detuvo y se las limpió con impaciencia. No quería que ninguno de los hombres la viera llorar y tampoco podía volver a la casa y mirar a Suzanne a la cara. Pero su hermanastra tenía algo de razón. Se sentía un poco como una mártir, intentando aferrarse a un lugar que no interesaba a nadie excepto a ella. Le hubiera gustado marcharse el fin de semana pero el miedo se lo había impedido.

Estaba dolida y disgustada y no sabía a quién acudir. Lo que en realidad deseaba era que Josh saliera a buscarla, la estrechara entre sus brazos y le dijera que el fin de semana no había significado nada para él.

Becca casi sonrió al imaginárselo. Pero no era eso lo que quería oírle decir. Deseaba que le dijera cuánto la amaba.

De pronto se quedó inmóvil, sorprendida de sí misma. ¿Amor? ¿Desde cuándo quería amor de ese vaquero?

«Desde siempre», oyó a una vocecita en su interior.

Desde que lo vio por primera vez y luego, el primer día que la besó.

Se dio cuenta, ahogando un gemido, de que se había enamorado de él a pesar de los avisos de Josh o de sus propias dudas sobre las razones de su atención. Por eso le dolió tanto cuando vio que se llevaba Suzanne a pasar el fin de semana fuera. Y por eso mismo no quiso que parara de besarla aquel día en el prado. También por la misma razón la noche que la invitó a cenar y a bailar había sido tan especial para ella.

Lo amaba.

Se dio media vuelta y fue hacia la camioneta. En ese momento

no era capaz de ver ni hablar con nadie. Necesitaba pensar un rato. No podía amar a un hombre que no la correspondía. Y qué mala suerte enamorarse de un hombre que, desde el principio, le había dejado claro que no quería volver a tener nada que ver con la propietaria de un rancho.

Becca condujo sin rumbo fijo hasta que se metió por una desviación que daba al Río Wind. Deslizó el vehículo hasta la orilla y allí lo detuvo. El agua salpicaba y chocaba contra las rocas en su loca carrera río abajo. Aparte de algún coche que cruzaba por la autopista de más arriba, Becca estaba totalmente sola. El viento golpeaba con fuerza el rocoso peñasco y se colaba por las ventanas de la camioneta.

Le costaba reconocer sus propios sentimientos. No quería enamorarse de un vaquero; deseaba ir a la aventura, sentir la emoción y ver sitios nuevos.

Pero a pesar de ello se había enamorado. Decidió que no revelaría a nadie sus sentimientos; ni a Josh, ni a Suzanne, ni a nadie.

A lo mejor no era más que un capricho pasajero, por ser el primer hombre que la había atraído físicamente.

Quizá necesitara algo que la hiciera ver las cosas desde una perspectiva más real.

Llevaba toda la vida diciendo que quería viajar y ya era hora de que hiciera algo al respecto. En cuanto volviera al rancho haría las reservas. Se podía permitir hacer un viaje y lo haría. Podría ausentarse durante al menos tres o cuatro meses, que era el tiempo que faltaba para el rodeo de otoño. Y aunque no volviese a tiempo, sabía que Josh lo haría bien. Él podía casi con cualquier cosa.

Sería ya media tarde cuando Becca se sintió lo suficientemente fuerte para ver a Josh.

Cuando aparcó detrás de la casa, él salía de los establos.

—¿Dónde diablos has estado? —gruñó cuando Becca bajó del camión.

A Becca le entraron ganas de decirle que no era de su incumbencia, pero se contuvo y se encogió de hombros. Si no lo miraba a los ojos, no lo adivinaría.

—Tenía que hacer algunos recados. ¿Qué pasa? —miró hacia los establos.

—Quería hablar contigo. Suzanne me ha dicho que te marchaste temprano esta mañana.

Ella asintió.

—Una de tus yeguas está en celo. ¿Quieres que Rampage la cubra?

Estuvo a punto de mirarlo, pues la verdad, era difícil de evitar. Además, estaba deseando pasear la mirada por su rostro, sus anchos hombros y su arrogante forma de andar.

—Lo haré si pago por ello —dijo secamente.

—Quinientos dólares.

—¿Cómo? —lo miró sorprendida—. Estás loco. Ése es el precio del pienso de los pollos.

La miró a los ojos y la estudió un instante.

—Ése es el precio.

—Lo acepto. Gracias.

Sabía que estaba buscando respuestas en su mirada y no pensaba quedarse hablando con él toda la tarde. Se dio la vuelta; tenía que alejarse de él.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A la oficina; tengo que hacer unas reservas.

—¿Becca?

Ella volvió sólo la cabeza, pero no lo miró directamente.

—Voy a hacer lo que me aconsejaste, Josh; voy a viajar durante un tiempo —dijo y siguió andando hasta la casa.

Al llegar a la oficina vio a Suzanne sentada en el borde de la mesa, hablando por teléfono muy emocionada. Cuando vio a Becca, hizo una pausa.

—Es Marc. Acaba de invitarme a que me vaya con él a California. ¡Me marcho por fin!

—Espero que los dos os lo paséis bien.

Suzanne le entregó el auricular.

—Marc quiere hablarte —dijo.

Becca vaciló, aspiró profundamente y agarró el teléfono.

—Hola, Marc.

—Mira, Becca he hablado con mi madre y me lo ha contado todo. Yo... bueno, ella me ha dicho lo mucho que has hecho por nosotros, cuando en realidad no tenías obligación. No creo que yo me haya portado demasiado bien. Pero es que temía volver a casa y

hablarte con franqueza. Creí que una vez ahí harías cualquier cosa para que me quedara, y la verdad es que no quiero ser ranchero.

—Siento que no te hayas atrevido a decírmelo antes —dijo lentamente.

—Sí, yo también lo siento. Yo, esto, Becca, tú siempre has sido una persona estupenda —vaciló un momento—. Creo que lo que estoy intentando decirte es qué te considero como mi hermana y yo... te quiero.

Becca pestañeó y asintió con la cabeza. De momento se le hizo un nudo en la garganta y no pudo hablar.

—Gracias, Marc. Yo también te quiero.

—Ven a vernos a California algún día.

—Quizá pasé por allí alguna vez —dijo Becca.

Luego se despidió de él y colgó despacio.

—Me marcho mañana —dijo Suzanne en tono desafiante.

Becca asintió, entristecida por el curso que habían tomado los acontecimientos. Pero la vida era así y, además, tenía también algunos planes emocionantes. Quizá a la larga pensara en ello como una bendición, más que como una tragedia.

—Me viene bien. Yo misma me voy en un par de días. Así no tendré que preocuparme por dejarte sola.

—¿Adónde te vas?

De pronto la expresión de Suzanne cambió totalmente y la cautela sustituyó al triunfalismo.

—A Nueva York para empezar. Luego bajaré a Cayo West y después aún no lo sé.

Suzanne la miraba con los ojos como platos.

—Quiero ir contigo.

—No —dijo Becca con firmeza—. Voy a hacer lo que quiero para variar. Josh tenía razón; tu madre se aprovechó de mí. Ella debería haberse hecho cargo de Marc y de ti durante los seis últimos años, no yo. Soy demasiado joven para estar metida en un rancho durante el resto de mi vida. Lo hice por nuestra familia, sólo que no me ha servido para nada. Tú te marchas y Marc ni siquiera ha vuelto para llevarse sus cosas. Estoy cansada de todo esto.

Suzanne estaba sorprendida.

—Becca, tú siempre has amado el rancho.

—Tú no sabes nada de mí, Suzanne —dijo—. Siempre he

querido viajar y para mí fue una gran decepción tener que dejar la facultad. Quiero hacer muchas más cosas que estar entre vacas el día entero. Pero tú nunca lo has sabido, nunca has querido averiguarlo.

—A lo mejor no le diste una oportunidad. Quizá siempre te vio tan fuerte e independiente que pensó que te gustaba el rancho —Josh se acercó por detrás de ella.

—No me extraña nada que la defiendas —murmuró Becca, cruzando la habitación para detenerse junto a la ventana.

Suzanne no era propietaria de un rancho. Era alta, rubia y le encantaba pasárselo bien; mucho más el tipo de Josh que una mujer menuda con unas ganas locas de viajar.

—¿A qué te refieres con ese comentario socarrón? —Josh se acercó a ella.

Se volvió y estuvo a punto de chocarse con él. Dio un paso atrás y sintió cómo el borde del alféizar se le clavaba en la espalda.

—Sólo que al menos me alegro de que haya un poco de lealtad aquí. Quizá no seas tan frío, duro y despreocupado como pareces.

—No soy ni duro ni frío. Y no sé qué quieres decir con eso de la lealtad, pero tú no estás en tus cabales ahora mismo.

Suzanne empujó a Josh hacia un lado.

—Quiero irme contigo de viaje, Becca. Estás utilizando el dinero que sacaste de la venta y yo ayudé. ¿No es cierto, Josh? Salí a caballo todos los días y coordiné el trabajo de la cocina. Me merezco parte de ese dinero; quiero ir contigo.

—Bueno, pues yo no quiero que vengas, ni tú ni nadie —dijo Becca tranquilamente y miró a Suzanne sin pestañear—. No pienso llevarme a nadie conmigo.

—Pero yo...

—Déjalo, Suzanne. Becca se merece estar un tiempo a solas y hace mucho que está esperando este momento —dijo Josh, que ni por un instante dejó de mirar a Becca—.

Tú tienes que hacer tu propia vida. Ve a California a ver si te gusta aquello. Si no, estoy seguro de que siempre podrás volver.

Becca no podía apartar la mirada de sus profundos ojos azules. Quería tocarlo, que él la abrazara y le diera algo de su fuerza. Pero no podía.

—Bueno, ¿querías verme para algo más que para lo de la yegua?

—Suzanne, quiero hablar con tu hermana en privado, si no te importa —le pidió Josh

—. Quizá deberías ir a hacer la maleta si es que te vas mañana.

Cuando estuvieron solos, Josh se acercó más a ella, empujándola contra el alféizar.

—Hoy estás diferente, Becca —le dijo.

No le podía mirar a la cara; sólo pensaba en apartarse de él y escapar.

—Estoy igual que siempre.

Excepto que era consciente de que estaba enamorada. ¿Acaso se le notaba tanto?

—Entonces, ¿por qué estás tan huidiza? Mírame.

Ella levantó la vista y estudió el bien dibujado contorno de sus labios.

—No estoy diferente —repitió—. Quizá estés viendo cosas que no son reales. A lo mejor un fin de semana lleno de emociones ha sido demasiado para ti.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

Ella le apartó la mano.

—Significa lo que tú quieras que signifique.

—¿Te gustaría haberme acompañado? —dijo sonriendo.

—¿Para cortarte las alas? ¡Dios me libre! Estoy segura de que Suzanne fue capaz de entretenerte mucho mejor de lo que yo lo hubiera hecho.

—Suzanne no ha pasado el fin de semana conmigo. ¿Es que pensabas que lo había hecho? —dijo tranquilamente, intentando que lo mirara a los ojos.

—Salisteis juntos y volvisteis juntos de Cheyenne. Tú querías llevarte a alguien para pasar el fin de semana. ¿Qué crees que pensé? —por un momento brilló un rayito de esperanza.

—Quería pasar el fin de semana contigo, no con Suzanne. La llevé hasta Cheyenne y volvió conmigo el domingo. Pasamos unas cinco horas en el coche juntos, eso es todo.

Becca sintió un alivio tan grande que estuvieron a punto de fallarle las rodillas. No habían pasado el fin de semana juntos como ella se había imaginado.

—Suzanne es muy guapa —dijo Becca tontamente.

—También es muy joven y tiene ganas de pasárselo bien. Déjala que se marche a California.

—Yo no quiero detenerla.

—Bueno, tú también estás a punto de irte, ¿no?

—Sí. Si te quedas al mando del rancho, podré hacer un viaje.

—No hay problema. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Tres meses, o quizá más. Todavía no lo sé.

—¡Tres meses! —exclamó, muy sorprendido.

—A lo mejor más; lo decidiré sobre la marcha.

—Quizá te guste tanto que no quieras volver al rancho.

Tenía razón. Mientras se sintiera así, quería estar lejos de él. Deseaba que él la amara y confiara en su amor por él. Pero nunca lo haría. Margot le había hecho demasiado daño. Por eso Becca no quería quedarse.

—Si decido vender, tú serás el primero al que se lo ofrezca.

Él frunció el ceño.

—¿Y si decido marcharme ahora?—preguntó.

—Entonces, me quedaría sin viaje.

El dolor era cada vez más intenso. No quería ni pensar ni sentir.

Josh dio un paso atrás, se volvió y fue hacia la puerta.

—Vete de viaje, Becca, te lo has ganado. Yo cuidaré del rancho en tu lugar.

Sola ya se quedó mirando a la puerta abierta. No le había pedido que se quedara.

Lentamente fue hasta la mesa y marcó un número de teléfono. A los pocos segundos tenía a un empleado de una agencia de viajes al aparato.

Ella iba a marcharse. Debería haberse imaginado algo semejante. Desde que la conoció había estado hablando de hacer un viaje y la verdad era que lo tenía ganado.

Después de criar a sus hermanastros, merecía estar durante un tiempo a sus anchas y hacer lo que siempre había soñado. Marc y Suzanne estaban preparados para vivir solos y eso liberaba a Becca. Ya era hora de que persiguiera sus sueños.

El también perseguía un sueño. Sin darse cuenta se preguntó qué diría Becca si le ofreciera comprarle la mitad del rancho. Quizá si esperaba más tiempo podría comprarlo todo, si es que ella no volvía.

Se quitó el sombrero y se echó el pelo hacia atrás, contemplando la maravillosa hacienda. ¿Cómo podía Becca marcharse de allí?

Conocía el atractivo de las ciudades, de los lugares exóticos y de las diferentes gentes que los poblaban. Margot había sucumbido enseguida, al poco de dejar el rancho. Se había marchado a Nueva York y lo último que había oído de ella era que estaba encantada. No quería que Becca fuera igual, pero lo era.

Si hubiera conocido a Becca después de comprarse el rancho, las cosas podrían ser diferentes. Cuando fuera propietario de una hacienda, podría viajar también pues no tendría que ahorrar cada centavo como hacía en ese momento.

Llevaba demasiados años persiguiendo un sueño como para darse por vencido por una mujer que quería cosas diferentes.

La dejaría marchar y rezaría para que no conociera a otra persona antes de volver a casa. Quizá en unos años… ¿A quién estaba intentando engañar? Con lo guapa que era Becca, tendría suerte si el primer hombre que la viera no se la quitara. Y si ese hombre viviera en Nueva York o Cayo West, tendría muchas más oportunidades que un vaquero itinerante que iba detrás de un sueño.

Suzanne se marchó a la mañana siguiente. Becca insistió en llevarla a la ciudad a tomar el autobús que la llevaría a Denver, donde esperaría un vuelo hacia la costa de California. Casi no hablaron durante el trayecto, y a Becca le dolió haber perdido esa facilidad para conversar juntas de la que gozaban en el pasado.

El tiempo todo lo variaba.

El autobús estaba esperando cuando llegaron a la parada. Suzanne compró el billete, metió el equipaje en el maletero y fue a entrar en el autocar. Miró a Becca y le echó los brazos al cuello.

—Gracias por todo, Becca. Espero que encuentres lo que buscas. Ven a vernos y te enseñaremos lo mejor de California.

Becca la abrazó con fuerza y se apartó un poco de ella. Los ojos le brillaban, pero no lloró.

—Espero que te guste, Suzanne. Vas a dejar tontos a los hombres de allí.

—Si no piensan que soy una paleta. Puedo aprender deprisa. Adiós —subió al autobús, pero al segundo volvió a bajar con una expresión extraña en la cara—.

Becca, acerca del fin de semana pasado, te dejé creer que me fui con Josh, pero solamente me acercó a Cheyenne. Allí había quedado con Marilee Chapman.

Comimos juntas, nos fuimos de compras y por la noche a un concierto. Pasé el fin de semana con ella. Un día oí cómo Josh te invitaba y, cuando lo rechazaste, decidí aprovechar la oportunidad para devolverte la pelota por lo del dinero —aspiró profundamente —. Creo que le gustas. A mí, desde luego, me trata como a una niña.

—Pero tú me dijiste que tuviera cuidado con él.

Suzanne la abrazó con premura.

—Es cierto, pero lo dije por fastidiar. Nunca ha intentado convencerte para nada,

¿no?

—No.

Pero tampoco había negado nunca que no tuviera interés en el rancho.

—Tengo que irme. Becca. No creo que escriba mucho, pero llamaré de vez en cuando. Te enviaré las señas en cuanto las tenga.

—Adiós, Suzanne.

Becca agitó la mano hasta que el autocar se puso en movimiento y se perdió al final de la calle. Ya echaba de menos a Suzanne. Había vivido con ella durante diez años, excepto durante un par de meses cuando estuvo en la facultad.

—Yo también me voy —se dijo a sí misma de vuelta a la furgoneta—. Será el primero de muchos viajes.

Sin saber por qué, la emoción no era tan grande como había pensado.

Josh la estaba esperando cuando volvió. Al detenerse le abrió la puerta para que saliera.

—¿Suzanne se ha ido bien? —preguntó.

Becca asintió y salió del coche.

—¿Cuándo te vas tú?

—El viernes por la mañana —dijo—. Iré a Denver y esa misma tarde tomaré un vuelo.

Josh cerró dando un portazo tan fuerte quería camioneta se tambaleó.

Becca se volvió y lo miró extrañada.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, pero si te vas dentro de un par de días, entonces tenemos mucho trabajo. Será mejor que me enseñes los libros y me digas lo que tengo que hacer mientras estés fuera.

—Entonces, pongámonos manos a la obra.

Los días siguientes pasaron rápidamente. Josh y Becca pasaron la mayor parte del tiempo juntos. El aprendió su sistema de archivos y de contabilidad. Discutieron planes a largo plazo y algunos proyectos a corto plazo también. Hablaron de los empleados del rancho y de sus sueldos. Josh tenía algunas ideas muy innovadoras para la alimentación del ganado y las técnicas de mercado. Le explicó a Becca algunos de sus planes para la reproducción y cría de las reses y Becca accedió a que lo intentara con algunos ejemplares.

Cada rato que pasó con Josh lo guardó en su corazón como si fuera algo muy valioso.

Por las noches se quedaba mucho tiempo despierta recordando todas las palabras que le había dicho él durante el día. Recordaba cómo lo había pillado mirándola cuando estaba desprevenida.

Una noche fue a jugar al póquer al barracón. No dejó que él la mirara de frente, no para que no adivinara sus cartas, sino el secreto que guardaba su corazón. De todas formas, le molestó que volviera a ganar. Intentaría practicar cuando estuviera fuera y, cuando volviera a casa, podrían jugar juntos de nuevo. Si es que volvía, claro.

Al día siguiente era ya viernes. Becca metió las últimas cosas en la única maleta que pensaba llevarse. Una de sus fantasías era renovar totalmente su vestuario. No quería que la llamaran ranchera durante su viaje. Pensaba comprarse sofisticados vestidos en Nueva York y atrevida ropa de playa en Cayo West. Pero se llevaría dos pares de téjanos para los días en que quisiera ser ella misma.

—¿Becca?—era Josh.

Salió al rellano de la escalera.

—Estoy aquí arriba haciendo la maleta.

Enseguida, Josh se acercó al pie de las escaleras.

—Trent me ha dicho que le has pedido que te lleve mañana al autobús. Te voy a llevar yo —dijo.

—No tienes por qué hacerlo; a Trent no le importa.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Una cosa era poder escabullirse del rancho temprano, sin tener que ver a Josh y otra muy diferente que fuera a despedirla.

—Quiero hacerlo.

Lo miró desde arriba, temerosa que la soledad a la que tanto temía se notara en su cara. ¡Lo iba a echar tanto de menos! Se había convertido en un ser muy importante para ella en poco tiempo. Pero era mejor así. El hecho de estar con él era una tortura que no deseaba sufrir. Sí, lo echaría de menos durante el viaje, pero al menos no correría el peligro de delatarse a sí misma. Nunca le había dicho nada, sólo la había besado como si fuera el fin del mundo. Pero nunca dijo que ella le importara ni nada parecido.

Josh subió las escaleras hasta que se detuvo a su lado. Sin decir nada, le puso las dos manos en la cara, le echó la cabeza hacia atrás y la besó con delicadeza.

Ella le agarró con fuerza de las muñecas y entreabrió la boca para que Josh la besara apasionadamente. Becca tenía ganas de llorar porque lo amaba y él no lo sabía. De enterarse, tampoco le hubiera hecho mucha gracia. Lo malo era que sabía que no dejaría de amarlo; sólo podía pasar que su amor por él aumentara.

Él se separó de ella y Becca bajó la cabeza, escondiendo las lágrimas.

—¿Becca?

—Estaré lista sobre las siete. Podemos marcharnos a esa hora —dijo, mirándole las botas.

Josh se quedó allí quieto un buen rato.

—A las siete, entonces. Buenas noches.

Bajó las escaleras y salió de la casa.

Becca estaba vestida de manera informal, con una falda corta azul marino y una camiseta amarilla. Llevaba zapato plano y se sentía extraña después de pasar años calzando botas. Normalmente no se vestía así y, por un momento, le complació que Josh la viera vestida diferente.

Abrió la puerta y se detuvo. Josh estaba de pie apoyado en la pared de enfrente.

—He venido por tu maleta —dijo y entró directamente en su dormitorio.

—Podría haberla bajado yo. Gracias de todas formas.

Dio una última vuelta por la habitación. No volvería hasta pasados varios meses y sintió una sensación extraña.

Se volvió y empezó a bajar las escaleras. Llevaba años esperando ese momento. ¿Por qué entonces no estaba feliz?

El trayecto en coche lo hicieron en silencio. Había un montón de cosas que quería decirle, pero ninguna parecía importante.

Lo más importante era decirle que lo amaba, pero eso no podía hacerlo.

El autobús estaba allí cuando llegaron. Al verlo, Becca tragó saliva. La gran aventura de la vida la llamaba y deseó que Josh la besara, le dijera que la quería y le pidiera que se quedase.

—¿Tienes todo? —preguntó.

—Sí. Te llamaré cuando sepa dónde voy a hospedarme. Si pasa algo, no dudes en llamarme.

—Creo que me las arreglaré, Becca. Pásatelo muy bien.

Le entregó la maleta al conductor y le puso la mano en la cintura.

—Yo cuidaré del rancho, cariño. Tú cuida de ti misma.

—Lo haré.

No podía mirarlo porque sintió que se le partía el corazón.

Cuando él la abrazó, Becca se agarró a él con fuerza. No quería decirle adiós.

«Te quiero», pensó.

—No vayas a enamorarte de algún hombre en Nueva York o en Cayo West. Eres una chica de Wyoming. Vuelve a casa —le susurró al oído.

Ella asintió. Eso era imposible.

—Adiós. Josh. Gracias por traerme.

—Becca... —la besó apasionada pero brevemente.

Dio un paso atrás, mirándola de manera extraña mientras se subía al autobús. La siguió con la mirada cuando ella fue buscando un asiento. Sonrió y agitó la mano, esperando que los cristales ahumados ocultaran sus lágrimas.

—Adiós, mi amor —dijo suavemente.

Capítulo 11

Becca se paseaba impaciente por el pequeño vestíbulo. Trent no tardaría en llegar. Lo había avisado para que fuera a buscarla al menos hacía ya una hora. ¿Dónde estaba?

Aspiró profundamente, mirando por la ventana.

Le sorprendió lo bien que se sentía al estar de vuelta en Wyoming. Nueva York le había encantado; claro está, la primera semana. Más que encantarla, la había fascinado e impresionado. Pero luego empezó a agobiarse entre tanta gente y se sintió insignificante. Los edificios de cemento y cristal no ofrecían la misma libertad que las praderas de Wyoming. Hacía calor y había mucha humedad. Olía a gasolina y a humanidad en vez de a hierba seca, a flores silvestres y a ganado.

Cayo West le había parecido tal y como se lo había imaginado: tranquilo y muy bello.

El agua del mar estaba a una temperatura muy buena, limpia y clara. Le resultó una delicia nadar allí, no como en los fríos afluentes del Río Wind. Disfrutó mucho de la semana que pasó allí. En realidad, se lo había pasado muy bien las tres semanas que estuvo fuera.

De nuevo, le sonrió a la recepcionista y se apoyó contra el alféizar de la ventana. Lo más probable sería que la mujer se estuviera preguntando por qué Becca no podía quedarse tranquilamente sentada. Pero estaba demasiado nerviosa y tenía también algo de miedo. Sabía que se estaba jugando mucho a una sola carta.

La vieja camioneta del rancho se detuvo delante de la oficina del abogado.

—Ya han venido a buscarme. Adiós.

Becca agarró las maletas y fue hacia la puerta. Trent estaba esperándola, y metió el equipaje en la parte trasera de la camioneta.

—Nadie te esperaba, Becca; tu llamada me ha sorprendido mucho —dijo mientras abría la puerta para que ella entrara.

—No le has dicho a nadie más que he llamado, ¿verdad?

No se lo habría dicho a Josh, ¿no? Contaba con el elemento sorpresa para ver si él le iba a decir algo que necesitaba saber.

—No, señorita, no se lo he dicho a nadie. Me he metido en la camioneta y he venido para acá. ¿Qué ha pasado con el viaje? Pensamos que estarías fuera unos meses.

—Me entró mucha nostalgia —dijo brevemente.

Tocó el bolso que contenía los valiosos documentos. Tenía tantas ganas de volver a casa. Nada había sido como ella había pensado que sería. Había echado de menos todo, a todos y, sobre todo, a una persona.

—La verdad es que no hay un lugar en el mundo más bonito que la comarca del Río Wind —dijo Trent, convencido.

No pensaba discutírselo, pero no sólo se trataba del rancho o de la zona. En cualquier sitio donde Josh Randall colgase el sombrero sería para ella el lugar más bonito del mundo. En las últimas tres semanas había estado bien segura de ello. Al marcharse se dio cuenta de que su amor por él no era un capricho. Su bien ansiado viaje se le había antojado insulso; los lugares que había visitado eran interesantes, pero sin nadie especial a su lado con quien compartir su emoción, no le parecieron tan importantes.

Durante el trayecto observó el conocido paisaje. Trent conducía como todos los vaqueros, muy rápido, como si los baches de la carretera fueran algo por lo que había que pasar lo más aprisa posible.

—¿Has sabido algo de Suzanne? —preguntó Trent.

—Envió una carta que Josh me leyó por teléfono. Dice que le gusta California y que se está poniendo morena en la playa.

Becca sonrió al recodar las llamadas a última hora del día. Primero llamó ella para darle a Josh el número de teléfono del hotel. Le había dicho que por si surgía una emergencia, pero en realidad le apetecía hablar con él; era su segunda noche en Nueva York y se sentía sola.

Josh la llamó un par de noches después para leerle la carta de Suzanne y hablar del rancho. Dos noches más tarde la volvió a llamar. Antes de que Becca se diera cuenta, la empezó a llamar todas las noches. A veces habían charlado un par de minutos, otras estaba tan emocionada por lo que había visto ese día que le hubiera gustado hablar durante horas.

A él parecía gustarle hablar con ella, incluso en una ocasión le había dicho que la echaba de menos, aunque después lo transformó

en una broma. Pero más de una vez le dijo que no se le ocurriera enamorarse de un tipo de esos de ciudad. El tono ronco y sensual de su voz le daba esperanzas.

Becca se apoyaba en todas esas señales, pero quizá estuviera equivocada. No tenía experiencia previa con la que contar, sólo el instinto, y el suyo estaba influido por el amor.

—¿Está Josh por aquí? —preguntó a Trent mientras éste se detenía a la puerta de la casa.

—Mike y él salieron antes de llamar tú esta mañana. Volverán más tarde. Va a la oficina la mayoría de las tardes, después de la cena, con lo cual supongo que irá hoy también.

—No le digas que he vuelto —lo avisó.

Trent la miró y empezó a sonreír.

—No se me ocurriría —le guiñó un ojo y salió de la furgoneta.

Le subió las maletas a su habitación y salió de allí sonriéndole de nuevo.

Becca deshizo las maletas. Se dio una ducha rápida y se puso los pantalones vaqueros elásticos y la blusa de encaje. Se cepilló el pelo y lo dejó suelto. Se puso un poco de rimel y se pintó los labios de un color claro. Entonces sonrió.

Le encantaba vestirse de nuevo con la ropa de siempre. Se lo pasó bien poniéndose más elegante en Nueva York y con ropa de playa en Cayo West, pero los téjanos y las botas le recordaban que estaba en casa.

Abrió un poco la ventana y miró la pradera. Al día siguiente ensillaría su caballo e iría a cabalgar un rato. Pero en ese momento le bastaba con contemplar la vista. Se dio cuenta de que lo había echado más de menos de lo que pensaba.

Josh llegó por la tarde. Lo oyó entrar en la casa y seguir hasta el despacho. Sin hacer ruido se llevó los papeles y bajó las escaleras. Se quedó a la puerta parada unos minutos deleitándose mientras lo miraba. Josh estaba de espaldas ojeando uno de los libros de contabilidad. No se había dado cuenta de la presencia de Becca.

Parecía cansado, pero aun así seguía tan guapo como siempre. Dejó el sombrero sobre la mesa e, inmediatamente, Becca se dio cuenta de que se había cortado el pelo.

—Hola —dijo Becca, entrando sin miedo en el despacho.

—¿Becca? —se volvió.

Por un momento juraría que estaba asombrado, aunque luego su expresión fue de alegría. Se acercó a ella y la levantó en brazos. Inclinó la cabeza y la besó larga y apasionadamente.

Becca se agarró a él encantada, saboreando el roce de su cuerpo junto al de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo aquí —dijo, contenta de su recibimiento y más aún al notar que no la había soltado del todo.

Sintió la hebilla del cinturón contra el estómago y le acariciaba la espalda sin parar.

Con un recibimiento de aquel tipo quizá, sólo quizás, el riesgo que había corrido acabaría siendo un acierto. Esperaba que así fuera.

—Pensaba que estabas en Cayo West —dijo estudiándole la cara —. Estás bien morena.

—Casi por todo el cuerpo —dijo con picardía.

Josh gimió y apoyó la frente contra la de ella.

—No me digas más —murmuró, mirándola a los ojos fijamente —. ¿Qué ha pasado en Cayo West?

—Salí ayer.

—¿Por eso no pude dar contigo ayer por la noche? —preguntó.

—Supongo. ¿Qué tal todo por aquí?

—¿Estabas preocupada porque no pudiera llevar todo esto solo?

—No —vaciló, pero esa actitud no le valdría para nada: lo mejor era lanzarse—. Es sobre todo que no he podido pasarme tanto tiempo lejos de aquí.

—Creía que querías limpiarte el polvo de Wyoming de los zapatos y no volver nunca más.

—¿Quieres decir vender el rancho? Tú pensaste que haría eso, pero yo te dije que no era mi intención.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Lentamente se separó de ella y apoyándose contra el borde de la mesa se cruzó de brazos. La cara que ponía jugando al póquer apareció otra vez.

—Depende —contestó, intentando no ponerse nerviosa.

—¿De qué?

—Pues de ti —carraspeó—. Me imagino que te has alegrado de verme.

Él asintió.

—Me he alegrado de verte.

Josh esperó. Los segundos se arrastraban con lentitud. Becca se limpió el sudor de las manos en los tejanos; estaba nerviosa. Echó una mirada al bolso que había dejado caer al suelo cuando él la besó. Lo levantó y lo colocó sobre la mesa.

—No me lo he pasado tan bien viajando sola como yo pensaba —dijo.

Tenía ganas de acariciarlo, pero no sabía cómo iba a reaccionar.

—Los mejores momentos eran cuando hablaba contigo por la noche y te contaba lo que había hecho ese día.

—A mí también me gustaba hablar contigo —dijo lentamente.

Josh extendió el brazo y le tomó de la mano.

—Te hemos echado de menos en la M Gandula.

—¿Hemos?

—Los hombres.

—Ah.

Entrelazó los dedos con los de ella y con la otra mano le levantó la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Te he echado de menos mucho más de lo que imaginaba; más de lo que creía posible, Becca —vaciló un instante.

Ella le apretó la mano.

—¿Qué?

El corazón le latía con tanta fuerza que apenas oía más allá del sonido de la sangre golpeándole las sienes. No quería hablar, sólo deseaba besarlo, verter sobre él todo el amor que sentía hasta que no pudiese hacer otra cosa aparte de amarla.

—He estado pensando que formamos un equipo estupendo —dijo Josh.

—Supongo que sí.

¿Un equipo? ¿Eso era todo?

—Tengo mucho dinero ahorrado. De modo que dentro de dos o tres años como mucho podré comprarme un rancho.

—Oh, Josh, yo no...

—Calla. Déjame hablar —dijo rozándole los labios suavemente con la punta del dedo índice—. He estado casado una vez y pensaba que no querría volver a casarme. Pero sí que quiero. Quiero casarme contigo. Tendremos que esperar unos años para hacerlo.

¿Querrás esperarme?

Ella se quedó sin respiración. ¿Lo había oído bien? ¡Quería casarse con ella! De pronto explotó y le echó los brazos al cuello. No se había equivocado con lo que había hecho.

—Te quiero, Josh Randall. Hace mucho que te quiero. Me encantaría casarme contigo, pero no quiero esperar. ¡Tenemos que casarnos enseguida! Te he echado mucho de menos durante estas últimas semanas.

Él la abrazó con ternura y hundió la cara en su cuello, besándola por todas partes. La besó hasta llegar a la boca, zambulléndose para deleitarla hasta que a Becca le pareció que perdía el conocimiento.

Cuando se separaron, ambos respiraban irregularmente. Becca se estiró y se apoyó contra él, echándole los brazos al cuello. En ese momento, sintió contra su cuerpo la firme evidencia de su deseo.

—No podemos hacerlo enseguida. ¿Crees que podrás esperar?

—No quiero esperar.

—Becca, nada ha cambiado. Sigo siendo un empleado. Hasta que no sea dueño de un rancho, no tengo nada que ofrecerle a mi esposa.

Esposa…

Becca sonrió.

—No me importa.

—Pero a mí sí.

Se apartó, sintiendo miedo. Los minutos siguientes serían determinantes para saber si había conseguido o no lo que deseaba de todo corazón.

—Josh, yo no soy Margot. No voy a hacer que te pases los próximos dos años arreglando la M Gandula para luego venderla.

—A lo mejor —contestó.

—Eso es lo que tú crees. Debe de ser difícil confiar en alguien después de la experiencia que tuviste. Sobre todo cuando nuestras circunstancias son tan similares.

Pero a mí no me importa si eres dueño de una hacienda; te amo y quiero casarme contigo inmediatamente.

De pronto se sintió angustiada porque él no le había dicho que la amara; sólo que quería casarse con ella.

¿Tendría Suzanne razón? ¿Querría casarse con ella porque era dueña de la M

Gandula?

—¿Y tus viajes?

—Podremos viajar juntos de vez en cuando. No me lo he pasado bien sola.

—¿Y la universidad?

Ella vaciló.

—Me gustaría volver a la universidad —dijo lentamente—. A lo mejor puedo estudiar desde casa.

—Puedes ir a la universidad de Laramie.

Ella asintió.

—Y volver a casa los fines de semana.

Él no dejaba de mirarla a los ojos. No sabía lo que estaba pensando. ¿Quería que se quedara con él? ¿O que se marchara? ¿Por qué no le decía que la amaba?

Becca se volvió y fue a la ventana. Contempló las colinas mientras reunía fuerzas para dar el paso siguiente. Sus sentimientos hacia Josh eran demasiado fuertes como para que él no sintiera nada a cambio.

—Entonces, no vamos a casarnos todavía. ¿Supongo que no te importará si salgo con otros chicos mientras estoy en la facultad?

¿Se daría cuenta Josh de lo absurdo del comentario? ¿Cómo podría desear eso cuando lo amaba de aquella forma?

Al momento cruzó la habitación y agarrándola por los hombros, hizo que se volviera.

—Quiero que seas mía, no que salgas por ahí con nadie. Pero si no puedes esperar al matrimonio, entonces...

Becca sonrió.

—Espera un momento, Josh. Déjame que te dé un regalo que tengo para ti.

Se separó de él y fue por el bolso. Sacó un sobre y se lo entregó. Lo observó mientras sacaba los documentos y los leía. Entonces, sintió un calor en el pecho como no lo había sentido nunca.

Josh levantó la cabeza, con expresión de sorpresa.

—¿Qué demonios has hecho?

—Cederte la mitad del rancho —dijo tranquilamente— Es tuya para siempre. Pase lo que pase, tienes tu rancho! Josh. Nadie puede arrebatártelo.

—No puedo aceptarlo. Recuerda que me acusaste un día.

—Tú nunca lo negaste. Pensé que al tener una parte del rancho te sentirías definitivamente seguro.

Se acercó a ella muy enfadado.

—¡Me dolió tanto cuando me acusaste que decidí marcharme para no explotar! ¡No necesito tu rancho! —le tiró los papeles hecho una furia.

Ella se encogió de hombros, pero no hizo ademán de recogerlos del suelo.

—Esa parte ya no es mía. No puedo decirte lo que debes hacer con tu propiedad.

—Lo pondré de nuevo a tu nombre.

—Es tuya y puedes hacer lo que quieras con ella.

—¿Por qué, Becca? No comprendo nada.

—Porque, vaquero cabezota, quería darte algo que fuera suficiente para que probases de nuevo con el matrimonio —hizo una pausa y continuó—. Me importas mucho más que el rancho. No estoy esperando a que hagas mejoras para luego venderlo.

Quiero a alguien para compartir lo que tengo para toda la vida.

—No tengo nada que ofrecerte.

—Esperaba que un día pudieras llegar a amarme —dijo tímidamente.

—Dios mío, Becca, te amo con locura. ¡Tienes que saberlo!

La abrazó con fuerza, besándole en el cuello como si fuera el fin del mundo.

Becca sonrió, con el corazón henchido de felicidad.

—Entonces, me estás ofreciendo más de lo que jamás podría desear. Tú estás pensando en bienes materiales, pero yo estoy pensando en ti. Tú me has ayudado a sobrellevar el peso del rancho. Estar contigo es para mí lo más emocionante que me pueda pasar en la vida. Tú me haces feliz. Serás mi familia, y sabes las ganas que tengo de tener una familia. Espero que tengamos muchos hijos, pero si no los tenemos me bastará contigo. Te quiero, Josh.

—Yo también te quiero, Becca —la miró a los ojos—. Te has arriesgado mucho transfiriendo parte de tu propiedad. ¿Y si no te amara? ¿Y si…?

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

—Contaba con que tuvieras sentimientos. Lo que me dijiste cuando me marché me animó.

—¿Qué te dije? —frunció el ceño.

—Me pediste que no me enamorara de otro. Tengo que reconocer que confié bastante en la palabra otro. Esperaba que quisiera decir que yo te importaba. Después de todas las llamadas y del tiempo que pasamos charlando por teléfono, supe que te amaba más que nunca.

Volvió a levantarla en brazos y la besó con todas sus fuerzas.

—Me importas mucho, mi amor. Te quiero, más que a un rancho o a cualquier otra cosa. Cásate conmigo y haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

—Sí, enseguida.

—Enseguida. Pero pienso devolverte la tierra —murmuró mientras la besaba de nuevo.

Ella no protestó. Ya tendrían tiempo de discutirlo después. Lo único que le importaba en ese momento era que había encontrado el verdadero amor. Lo demás podía resolverse. Daba igual quién fuera el propietario de la tierra, vivirían allí juntos. Y formarían una familia juntos. Tenía a alguien con quien viajar, con quien explorar todos los lugares maravillosos cuando se fueran de vacaciones. Todos sus sueños se harían realidad.

Tenía a Josh para el resto de su vida.

Fin.